



Amor de Alianza

INTRODUCIENDO LA VISIÓN GLOBAL DE LA BIBLIA



**CENTRO SAN PABLO
DE TEOLOGÍA BÍBLICA**

Leyendo la Biblia en el corazón de la Iglesia



Descripción del Curso

“Alianza” es el concepto principal que abre el significado de la Biblia. La Biblia cuenta la historia del amor de Dios Padre por sus hijos y Su Plan de llevar a todas las personas a formar parte de una familia santa. Dios realiza su plan de salvación a través de una serie de alianzas, culminando en la Nueva Alianza que hace con Jesús.

En este curso vemos el plan de alianza de Dios. Estudiamos las cinco alianzas claves que Dios hace en el Antiguo Testamento para poder ver cómo se cumplen en Jesús y la Iglesia. La meta es que los estudiantes logren entender la importancia crucial del concepto de alianza para interpretar la Biblia y entender el plan paternal de Dios.

Objetivos del Curso

1. Aprender la importancia de las alianzas de Dios para comprender e interpretar la Biblia.
2. Entender la diferencia entre la idea bíblica de “alianza” y las nociones modernas de “contrato”.
3. Aprender las cinco alianzas claves del Antiguo Testamento, ser capaces de localizarlas en la Biblia, y entender cómo son cumplidas en Jesús y en la Iglesia Católica.

Materiales del Curso

El texto primario será la Biblia. Y cada lección proveerá enlaces a los pasajes bíblicos citados. En adición a esto, los instructores recomiendan el libro de Scott Hahn *A Father Who Keeps His Promises*, el cual cubre mucho del material que se estudiará en este curso.



Lección 1

La llave maestra que abre la Biblia

Objetivos:

1. Conocer la visión global de la Biblia – la historia que la Biblia cuenta.
2. Entender el concepto de “alianza” y su importancia para leer e interpretar la Biblia.
3. Conocer de una manera general las seis principales alianzas en la Biblia.

Contenido:

- I. Introducción al curso y visión de conjunto
 - A. Cómo leer la Biblia de principio a fin
 - B. El principio de la Alianza: Testimonio de la Escritura y la Tradición
- II. ¿Qué es una alianza?
 - A. Diferencia entre contrato y alianza
 - B. Significado de Alianza en la Biblia
- III. Introducción a las alianzas de la Biblia
 - A. Número de alianzas bíblicas
 - B. Carácter de las alianzas bíblicas
- IV. Mirada general de la Biblia
 - A. Leyendo la Biblia como “el Libro de la Alianza”
 - B. Siguiendo la lección
- V. Preguntas de estudio

I. Introducción al Curso y Visión General



Cómo Leer la Biblia de Principio a Fin



¿Cuántos de ustedes han empezado a tratar de leer la Biblia de principio a fin, pero al llegar a los últimos capítulos del Éxodo se sienten perdidos, y casi hundidos a mediados del Levítico?

No están solos. Muchos lectores bien intencionados de la Biblia han encallado en las rocas de los detalles del Antiguo Testamento –verso tras verso de especificaciones sobre el arca y la morada sagrada, la vestimenta de los sacerdotes, las reglas elaboradamente detalladas para el ofrecimiento de los sacrificios y aspectos similares. Si lograron pasar este punto, todavía tienen por delante todos los jueces y reyes y los personajes adicionales y las batallas.

Muchas personas piensan que es más fácil adelantarse hasta Proverbios y Salmos, tomar una desviación alrededor de los Profetas (que son difíciles de entender, de todas formas) y retomar de nuevo la historia en el Nuevo Testamento.

En esta clase vamos a hablar de cuál es el compás que se necesita para navegar la Biblia de principio a fin.

Este compás es una palabra – *Alianza*.

Alianza es la respuesta a la pregunta: ¿De qué trata la Biblia? La *alianza* explica por qué Dios hace y dice las cosas que hace y dice en la Escritura.

Si entendemos el concepto de alianza, entonces todo lo demás se acomoda en su lugar. Los detalles que una vez parecieron oscuros empiezan a hacer sentido.



El principio de la Alianza: Testimonio de la Escritura y la Tradición

¿Una respuesta de una palabra a la pregunta tan compleja de cómo leer la Biblia? Pudiera parecer demasiado simple, pero no es una idea novedosa ni una idea que queramos “imponer” sobre la Escritura.

En la Última Cena, Jesús se identificó a sí mismo como la *Nueva Alianza*, en las palabras que nosotros recordamos durante la celebración de cada Misa – “Esta es mi Sangre de la Nueva Alianza, que es derramada por muchos para remisión de los pecados” (Ver Mateo 26,28; Marcos 14,24; Lucas 22,20).



De hecho, como el gran estudioso de la Biblia y la liturgia, el Cardenal Jean Danielou, S.J. ha hecho notar: “No debemos olvidar el hecho de que uno de los nombres de nuestro Señor en la cristiandad primitiva era ‘la Alianza’, siguiendo el texto de Isaías: ‘...te he destinado para alianza del pueblo...’ (Is 42,6)” (ver “Sacraments and the History of Salvation”, Jean Danielou, S.J.).

San Ireneo, quien fue Obispo de Lyon, Francia a finales del siglo II, dijo que para entender “el programa y economía divinos para la salvación de la humanidad” debemos entender “las alianzas de Dios con la humanidad” y también “el carácter especial de cada alianza” (Against the Heresies, Libro I, capítulo 10, no. 3).

Esta comprensión antigua de la historia de la salvación bíblica se refleja en nuestra Oración Eucarística IV:

“...Padre santo... A imagen tuya creaste al hombre y le encomendaste el universo entero... Y cuando por desobediencia perdió tu amistad, no lo abandonaste al poder de la muerte... Una y otra vez ofreciste tu alianza a los hombres y... al cumplirse la plenitud de los tiempos, nos enviaste como salvador a tu único Hijo...”

Este sería el resumen más conciso que pudiéramos hacer respecto a lo que trata la Biblia.

Como escribe el P. Yves Congar, O.P. en su monumental libro “Tradition and Traditions”, para los Apóstoles, la Escritura trata acerca “de la relación vital de alianza que Dios quiere establecer con los hombres”. Y agrega: “El contenido y significado de la Escritura es el plan de alianza de Dios, finalmente realizado en Jesucristo... y en la Iglesia”.

Finalmente, podemos citar el Catecismo de la Iglesia Católica que llama a Dios “el Dios de la Alianza” (no. 401) y lo describe como el Dios que “sale al encuentro del hombre con sus alianzas” (no. 309).

El amor de alianza de Dios es revelado en la misma creación del mundo (no. 288), nos dice el CIC, y cada uno de nosotros es “llamado, por la gracia, a una alianza con su Creador, a ofrecerle una respuesta de fe y de amor que ningún otro ser puede darle en su lugar” (no. 357).

Esta alianza personal es ofrecida a nosotros en los sacramentos de la Iglesia. Como dice el Concilio Vaticano II: “la renovación de la Alianza del Señor con los hombres en la Eucaristía



enciende y arrastra a los fieles a la apremiante caridad de Cristo.” (Sacrosanctum Concilium, no. 10).

II. ¿Qué es una Alianza?



Diferencia Entre Contrato y Alianza

Hemos establecido que la alianza es la clave para leer y entender la Biblia. Es también el concepto central que necesitamos para entender y vivir las realidades que la Biblia nos revela y que la Iglesia nos trae en los sacramentos.

Pero, ¿qué es una alianza?

Empecemos con la palabra. “Alianza” viene del latín “*convenire*” (“concurrir” o “acordar”).

Hoy en día usamos la palabra “alianza” casi indistintamente con la palabra “contrato”.

Pero esto nos puede desorientar cuando tratamos de comparar nuestra noción de contrato con las nociones bíblicas de “alianza” expresadas en la palabra hebrea “*berit*” y la palabra griega “*diateke*”.

La diferencia entre alianza y contrato en el Antiguo Testamento y a todo lo largo de la Biblia es profundo. Es tan profundo que casi pudiéramos decir que es la diferencia entre prostitución (contrato) y matrimonio (alianza). O entre poseer un esclavo (contrato) o tener un hijo (alianza).

Existen dos grandes diferencias entre la noción de contrato y la noción bíblica de alianza.

- Primera, *los contratos implican promesas, las alianzas implican juramentos.*

Cuando se firma un contrato, digamos, para comprar una casa, tú haces una promesa al comprador: “Te doy mi palabra que pagaré esta cantidad de dinero por tu casa”. El vendedor hace una promesa también: “Yo te doy mi palabra que si tú me pagas la cantidad de dinero pactada, yo te daré a cambio la propiedad de mi casa”.



La “palabra” que cada una de las partes compromete no es ninguna otra que su nombre. Y cada uno firma su nombre en el contrato como “signo” de que cumplirá su parte del trato, mantendrá su promesa.

Las alianzas son muy diferentes. En una alianza se eleva el nivel de la promesa. Ahora no solamente das *tu* palabra, sino que haces un juramento, invocas una autoridad superior – llamas a Dios a que sea tu testigo.

Pensemos en el juramento que nos es más familiar, el juramento que hacemos en un tribunal antes de testificar: “Prometo decir la verdad y solamente la verdad, que Dios me ayude”.

En este caso tú has hecho una promesa, has dado tu palabra de que dirás la verdad. También le has pedido a Dios que te ayude a mantener tu promesa. No son sólo el juez y tú. Ahora son tú, el juez y Dios. Si tú mientes bajo juramento, no sólo podrías ir a la cárcel, también eres responsable ante Dios. En el momento en que pides la ayuda de Dios en un juramento, te estás rindiendo ante el juicio de Dios. En efecto estás diciendo, “Seré condenado si no digo la verdad”.

En tiempos atrás, se usaba que los políticos juraran sobre la Biblia, y la Biblia se abría en el libro del Deuteronomio, capítulo 28, donde aparecen las bendiciones y maldiciones. Se les pedía que juraran que cumplirían la constitución o sufrirían las maldiciones contenidas en esas páginas.

Aún ahora en nuestra sociedad secularizada retenemos elementos de esta antigua comprensión de los juramentos. Hacemos que los doctores, oficiales de policía, personal militar y oficiales públicos hagan juramentos. ¿Por qué? Porque dependemos de ellos; literalmente nosotros ponemos nuestras vidas en sus manos. Queremos que hagan un juramento ante Dios de que harán su trabajo. No podemos simplemente tomar su palabra, queremos que sepan que tendrán que responder ante una autoridad superior.

Incidentalmente, ¿saben que la palabra “juramento” se traduce del latín *sacramentum*, de donde viene la palabra “sacramento”? En un curso futuro, veremos a los sacramentos como juramentos. Pero por ahora, sólo recuerden, como mencionamos anteriormente, que la noción de alianza y juramento es crucial para entender los sacramentos y nuestra relación con Dios.

- La segunda gran diferencia entre contrato y alianza es esta: *los contratos intercambian propiedades, las alianzas intercambian personas.*



En un contrato tú prometes que pagarás una cierta suma de dinero y la persona con la que estás pactando promete entregarte algún producto o servicio.

Las alianzas son muy diferentes. Cuando las personas entran en una alianza, ellas dicen: “Yo soy tuyo y tú eres mío”. En un contrato tú intercambias algo que tú tienes –una habilidad, una propiedad, dinero. En una alianza tú intercambias tu ser, te estás dando tú mismo a otra persona.

El matrimonio es una alianza. El hombre hace un juramento a la mujer: “Yo soy tuyo para siempre”. La mujer hace un juramento al hombre: “Yo soy tuya para siempre”.



Significado de Alianza en la Biblia

Ahora ya estamos listos para ver cómo funcionan las alianzas en la Biblia.

Tenemos ejemplos de cómo se hacían las alianzas en el mundo antiguo. Existen ciertas similitudes entre los tipos de alianzas que realizaban, por ejemplo, los antiguos hititas y otros pueblos y las alianzas que encontramos en la Biblia.

Se puede mencionar, por ejemplo, que las alianzas antiguas tomaban una cierta forma: Existe un especie de preámbulo que introduce la alianza, seguido de una revisión histórica de la relación entre las dos partes; luego aparecen una serie de estipulaciones que describen las obligaciones de cada parte, seguida de una serie de bendiciones y maldiciones por mantener o incumplir la alianza. Generalmente, la alianza es “ratificada” en una ceremonia religiosa donde se hace la lectura del documento que contiene la alianza y se come y se bebe. (Para mayor detalle sobre este tema consultar “The Meaning of Covenant” en la biblioteca bíblica de salvationhistory.com).

Queremos centrarnos aquí, no tanto en cómo se hacían las alianzas, sino en lo que Dios está haciendo al realizar las alianzas en la Biblia.

¿Cuál es propósito de Dios al realizar estas alianzas? Está forjando relaciones de parentesco sagradas. Le está diciendo a Su pueblo: “Yo seré su Dios y ellos serán Mi pueblo... Yo seré un padre para ustedes y ustedes serán hijos e hijas para Mi” (ver 2 Corintios 6,16).



Por medio de sus alianzas, Dios está tomando a las “criaturas” que hizo y las está elevando al estatus de hijos. A través de sus alianzas, el Creador está engendrando una familia. La raza humana está siendo transformada de algo físico y natural a algo espiritual y sobrenatural. Los humanos están siendo cambiados de una simple especie que comparte rasgos y características comunes a una hermandad, a una familia de Dios.

La línea de historia y el drama de la Biblia se desarrollan con este telón de fondo, Dios formando una familia.

La Biblia empieza con la alianza de Dios con Adán y Eva (aunque la palabra *alianza* no se usa, como veremos en la siguiente lección). En las páginas finales de la Biblia, vemos que la Nueva Alianza hecha en Jesús ha abrazado al mundo entero.

¿Recuerdan todos los detalles de la Biblia que parecía muy difícil encontrarles sentido –las leyes y los mandamientos, las reglas rituales; los juramentos que Dios hace a Su pueblo y Su pueblo le hace a Él; los episodios históricos de pecado y traición y arrepentimiento y perdón; los castigos y liberaciones; los salmos y las enseñanzas de los sabios, las profecías de una nueva y final alianza redentora?

Todo esto hace sentido cuando las comprendes como parte del plan divino de Dios de hacer de todos los hombres y mujeres sus hijos e hijas a través de alianzas, las cuales culminan en la Nueva Alianza, donde Dios nos envía “un Espíritu de hijos de adopción, en el que clamamos: ‘Abbá, Padre’” (ver Romanos 8,15; Gálatas 4,5; Efesios 1,5).

III. Introducción a las Alianzas en la Biblia



Número de Alianzas Bíblicas

Siguiendo a San Irineo, ahora estamos listos para ver el *número* de alianzas que Dios hace en la Biblia y el *carácter* especial de cada una. Dios hace seis alianzas importantes en la Biblia, con:

1. Adán y Eva (Génesis 1,26 – 2,3)
2. Noé y su familia (Génesis 9, 8-17)
3. Abraham y sus descendientes (Génesis 12,1-3; 17,1-14; 22,16-18)



4. Moisés y los israelitas (Éxodo 19,5-6; 3,4-10; 6,7)
5. David y el reino de Israel (2 Samuel 7,8-19)
6. Jesús y la Iglesia (Mateo 26,28; 16,17-19)

Es importante conocer bien estas alianzas –lo que Dios promete y lo que se pide de aquellos que entran a las alianzas.



Carácter de las Alianzas Bíblicas

Ahora destacaremos algunas de las características especiales de cada una de estas alianzas. Conforme avancemos en el curso estaremos estudiando cada una de las alianzas con mayor detalle. Para cada una de estas alianzas, trata de aprender y recordar las cinco características especiales:

- el *mediador* de la alianza (la persona con la que Dios hace la alianza) y su *rol* (a quién representa el mediador)
- las *promesas de bendición* en la alianza
- las *condiciones* (o *maldiciones*) de la alianza
- el “*signo*” por el cual la alianza será celebrada y recordada
- la “*forma*” que la familia de Dios toma como resultado de la alianza.

La Alianza con Adán (Génesis 1,26 – 2,3)

La palabra “alianza” no es usada, pero como veremos a detalle en nuestra siguiente lección, la historia de Adán y Eva es narrada en lenguaje “de alianza”. Adán es el *mediador* de la alianza en su *rol* de esposo. Dios promete *bendiciones* –que su unión será fecunda y sus hijos llenarán la tierra y reinarán sobre ella. Dios establece un *signo* por el cual la alianza será celebrada y recordada –el Sabbat, el séptimo día de descanso.

Y Dios impone una *condición* que deben observar para cumplir su obligación bajo la alianza – que no coman del Árbol del Conocimiento del Bien y del Mal. Dios acompaña una *maldición* a la desobediencia –que morirán. Por esta alianza, la familia de Dios asume la *forma* de un matrimonio entre el esposo y la esposa.

La Alianza con Noé (Génesis 9,8-17)



La palabra “alianza” es usada en el caso de Noé. Dios promete nunca volver a destruir el mundo con un diluvio. La alianza es hecha con toda la humanidad, a través del *mediador* Noé, en su *rol* de padre de su familia.

La alianza incluye *bendiciones* a Noé y su familia (que ellos serán fecundos y llenarán la tierra) y *condiciones* que deben obedecer (no deben beber la sangre de los animales, no deben derramar sangre humana). El *signo* de la alianza es el arcoíris en el cielo. Por esta alianza, la familia de Dios asume la forma de una unidad familiar, una familia extendida.

La Alianza con Abraham (Génesis 12,1-3; 17,1-14; 22,16-18)

Dios promete darle a Abraham una gran tierra y bendecir a sus descendientes, quienes se convertirán en una gran nación. Dios hace la alianza con el *mediador* Abraham en su *rol* de representante y de jefe de tribu. Dios promete las *bendiciones* de tierra y una gran nación para sus descendientes, y a través de ellos bendecir a todas las naciones de la tierra.

El *signo* de la alianza es la marca de la circuncisión. La circuncisión es también la *condición* que Abraham y sus descendientes deben obedecer para cumplir la alianza. Por medio de esta alianza la familia de Dios toma la *forma* de una tribu.

La Alianza con Moisés (Éxodo 19,5-6; 3,4-10; 6,7)

Por medio de esta alianza, hecha con el *mediador* Moisés en su *rol* representativo de juez y libertador de Israel, Dios promete ser el Dios de Israel e Israel promete adorar a Dios y a nadie más. Las *bendiciones* prometidas son que ellos serán el pueblo precioso y escogido de Dios.

Las *condiciones* de la alianza son que ellos deben guardar la Ley y los mandamientos de Dios. El *signo* de la alianza es la Pascua, que cada año conmemora el nacimiento de Israel como una nación. Por esta alianza, la familia de Dios asume la *forma* de una “nación santa, reino de sacerdotes”.

La Alianza con David (2 Samuel 7,8-19)

El *mediador* de la alianza es David. Dios promete establecer la “casa” o reino de David para siempre, a través de su heredero, quien también construirá un templo para el nombre de Dios. A David, en su *rol* de rey, Dios le promete hacer de su hijo (del hijo de David) Su hijo (hijo de Dios), castigarlo si hace mal pero nunca retirarle el trono real.

“Tu casa y tu trono permanecerán para siempre” y a través de las *bendiciones* de este reino Dios promete dar sabiduría a todas las naciones. El *signo* de la alianza será el trono y el



Templo que Salomón, el hijo de David, construirá. Por esta alianza la familia de Dios crece a tomar la *forma* de un imperio real, un reino nacional.

La Nueva Alianza con Jesús (Mateo 26,28; 16,17-19)

La sexta y última alianza es hecha por el *mediador* Jesús, quien por Su Cruz y Resurrección asume el *rol* de sumo sacerdote real y cumple todas las promesas que Dios hizo en las anteriores alianzas.

Los profetas, especialmente Isaías y Jeremías, habían enseñado a Israel que esperaran un Mesías que les traería “una nueva alianza”, a través de la cual la ley de Dios sería escrita en los corazones de los hombres y mujeres (ver Jeremías 31,31-34; Hebreos 8,8-12).

Las *condiciones* de la alianza son que los hombres y mujeres crean en Jesús, se bauticen, coman y tomen su cuerpo y su sangre en la Eucaristía, y vivan de acuerdo a todo lo que Él enseñó. La Eucaristía es el *signo* de la Nueva Alianza. Por esta alianza, Dios establece Su familia en su *forma* final como un reino universal (*katholikos* o “católico” en griego), que Cristo llamó Su Iglesia.

IV. Mirada General de la Biblia



Un libro de Alianzas

En estas seis alianzas pudimos tener una mirada general de toda la Biblia y la historia del origen y el destino de la raza humana.

Si vemos la Biblia como el “libro de la alianza” nos da una nueva perspectiva.

La Biblia, entonces, no es simplemente una colección de poemas, historias y profecías separadas, escritas durante el curso de los siglos. Es un libro que narra una sola historia. Esta historia es la historia del amor que Dios tiene por Su pueblo. Es la historia de cómo Él, despacito y pacientemente desplegó su plan para el mundo, cómo Él enseñó a su pueblo la razón por la que fueron creados –para compartir su vida con Él, ser parte de Su familia, ser Sus hijos.



Al leer la Biblia de principio a fin como “el libro de la alianza”, vemos que con cada nueva alianza Dios revela un poco más acerca de Él mismo y un poco más acerca de la relación que Él quiere tener con su pueblo, hasta que finalmente en Jesús Él nos enseña que quiere que nosotros compartamos Su Vida misma, que entremos al corazón de la Santísima Trinidad.



Siguiente Lección

En las siguientes cinco lecciones leeremos toda la historia, alianza por alianza. Para cuando terminemos habrán dado una ojeada a cada libro de la Biblia y tendrán un marco de referencia para continuar su propio estudio.

Recuerden, sin embargo, que este curso no es solamente un ejercicio de lectura. La intención de Dios es que al leer la Biblia, tengamos un cambio en nuestra vida. Conforme lean la Biblia y prosigan en este curso, traten de tener en mente la dignidad que tienen como hijos e hijas de Dios, y el privilegio maravilloso que tienen de estar en total comunión con Dios y Su familia, la Iglesia Católica.

V. Preguntas de Estudio

1. ¿De acuerdo con el P. Yves Congar, cuál es el “contenido y significado” de la Escritura?
2. ¿Cuáles son las dos principales diferencias entre contrato y alianza?
3. ¿Qué es lo que Dios hace a través de Sus alianzas?
4. ¿Cuáles son las seis principales alianzas de la Biblia?
5. ¿Cuáles son las cinco características que necesitamos recordar acerca de cada una de las alianzas bíblicas?
6. ¿Cuál es la palabra griega para “universal”? ¿Qué nos dice esta palabra acerca de la Iglesia que Jesús estableció?



Para la oración y reflexión:

Lee y haz oración sobre las nueve Escrituras y Responsorios que tradicionalmente se leen en la Misa de la Vigilia Pascual el sábado por la noche. Pide a Dios que te ayude a comprender cómo la liturgia concibe el cumplimiento de las promesas del Antiguo testamento en el Nuevo Testamento, usando esta oración que se reza durante la Vigilia después de la lectura del Génesis y del Salmo:

Oh Dios, que has iluminado los prodigios de los tiempos antiguos con la luz del Nuevo Testamento: el mar Rojo fue imagen de la fuente bautismal y el pueblo liberado de la esclavitud imagen de la familia cristiana; concede que todos los pueblos, elevados por su fe a la dignidad de pueblo elegido, se regeneren por la participación de tu Espíritu. Por Jesucristo Nuestro Señor.

Las lecturas de la Vigilia Pascual son como siguen:

1. Génesis 1,1 – 2,2
Responsorio: Salmos 104,1-2.5-6.10-14.24.35
2. Génesis 22,1-18
Responsorio: Salmos 16,5.8. 9-11
3. Éxodo 14,15 - 15,1
Responsorio: Éxodo 15,1-6.17-18
4. Isaías 54,5-14
Responsorio: Salmos 30,2-6.11-13
5. Isaías 55,1-11
Responsorio: Isaías 12,2-3.4.5-6
6. Baruc 3,9-15.32;4:4
Responsorio: Salmos 19,8-10.17
7. Ezequiel 36,16-17.18-28
Responsorio: Salmos 42,3.5; 43,3- 4
8. Romanos 6,3-11
Responsorio: Salmos 118,1-2.16-17.22-23
9. Mateo 28,1-10 (Año A) o Marcos 16,1-7 (Año B) o Lucas 24,1-12 (Año C)



Lección 2

Del Sabbat al Diluvio

Objetivos:

1. Leer Génesis 1-12 con comprensión.
2. Entender el significado de las primeras dos alianzas de la historia de la salvación – el Sabbat y la alianza realizada con Noé.
3. Empezar a comprender los “patrones” de la historia bíblica.

Contenido:

- I. Repaso y visión de conjunto
- II. Cómo leer el Génesis
- III. Creando una Alianza de amor
 - A. La historia de amor de Dios y la humanidad
 - B. La boda en el jardín
 - C. La imagen del hombre como hijo
- IV. Una nueva creación, una nueva alianza
 - A. Cayendo hacia el diluvio
 - B. Empezando con la lluvia
 - C. La historia de los dos nombres
- V. Preguntas de estudio

I. Repaso y Visión de Conjunto

En la lección pasada introdujimos el concepto central de “la alianza”. En esta lección empezaremos a estudiar los primeros 11 capítulos del “Libro de la Alianza”, la Biblia.



II. Cómo leer el Génesis

¿Cómo debemos leer el Génesis como católicos modernos?

Debemos leer el Génesis en sus propios términos –los cuales son religiosos, no científicos ni históricos en el sentido moderno, secular y racionalista. El Génesis no fue escrito como si fuera un libro de texto de ciencias o antropología. Podemos aprender mucho de la Biblia acerca de física, evolución, geología, cosmología, etc.- pero no fue para eso que el Génesis fue escrito.

Todo lo que la Biblia tiene que decirnos –desde moral hasta historia- es verdad. Pero es verdad en la manera que tiene la Biblia de decir la verdad, la cual es la verdad de Dios, una verdad religiosa. Esta respuesta no es una manera de evadirse. No se lee un libro de matemáticas buscando verdades religiosas. De la misma manera, no se lee este libro religioso con la intención de encontrar pruebas matemáticas y científicas.

La Escritura nos ofrece historia religiosa, verdad religiosa, y nos proporciona esta verdad e historia a través de símbolos y figuras y diferentes estilos literarios.

Así es como está escrita la Biblia, especialmente el Antiguo Testamento.

Si leemos el capítulo siete del libro de Daniel, encontraremos que describe 400 años de la historia de Israel en términos de bestias, cuatro animales horribles que oprimen al pueblo de Dios, uno detrás del otro. Ahora, a través de la investigación, podemos ver que esas “bestias” representan naciones –Babilonia, Medo-Persia, Grecia y Roma- que oprimieron a Israel. Daniel nos está presentando historia sólida, pero a través de símbolos.

Por tanto, el objetivo al estudiar el Génesis no es discutir si Dios creó el mundo en seis días de 24 horas, o si el relato bíblico apoya una de las teorías de la evolución. (Para información de estos temas se puede consultar el libro del Dr. Scott Hann “One Holy Tribe”).

Lo que vamos a hacer es acercarnos al Génesis tal como éste fue escrito –como una narración hebrea antigua que nos cuenta una historia desde el punto de vista religioso, no secular. Ésta es una historia familiar. No es una historia de naciones y ejércitos y economías como nosotros las conocemos. Es una historia desde la perspectiva de Dios.



III. Creando una Alianza de Amor



La Historia de Amor de Dios y la Humanidad

El punto de estos tres capítulos de Génesis es mostrarnos que la creación fue un acto de amor deliberado y decidido. El mundo no simplemente ocurrió. Dios quería el mundo –no porque se sintiera solo, no porque hubiera algo que le faltara o necesitara.

Dios creó el mundo porque Dios es amor (Ver 1 Juan 4,16). Y el amor es creativo, dador de sí mismo, dador de vida.

Dios hizo el mundo como un regalo puro de Su amor. Creó al mundo como Su hogar, una especie de templo cósmico en el cual los cielos son el techo y la tierra –con sus vastos continentes, ríos, océanos, montañas- es el piso. El mundo fue creado para ser el templo donde Él moraría con los descendientes del hombre y la mujer, la joya de la corona de Su creación.

El mundo fue creado para ser el lugar donde Dios viviría en comunión con las personas que Él creó. Esto es lo que significa el séptimo día, el Sabbath (ver Génesis 2,1-3).

El séptimo día marca la terminación del trabajo de Dios en Su morada, y éste es el día en el que Él hace una alianza con las personas que creó. Como comentamos en la lección anterior, “alianza” es la manera que tiene Dios de hacer de su pueblo una familia. En el séptimo día Dios hace a Adán y Eva parte de su familia.

La alianza de la creación, por tanto, es el primer signo que muestra las intenciones que tiene Dios para el mundo y para la raza humana. Es verdad que la palabra “alianza” no se menciona en la narración del Génesis. Pero se encuentra por todos lados entre líneas.

Algunos estudiosos creen que el Génesis registra la creación en siete días porque la raíz de la palabra hebrea para “jurar-una-alianza” –*sheba*- proviene de la palabra “siete”. Hacer un juramento significa, literalmente, “hacerse siete” (ver Génesis 21,27-32). Podemos decir que Dios hizo el mundo en siete días como un acto de juramento cósmico, un “hacerse siete Él mismo” con Su creación –Él creó para hacer alianza.



Más tarde, Dios le revela a Moisés que el Sabbat se debe observar como “una perpetua alianza” (ver Éxodo 31,16-17). El Sabbat se convierte en el día de adoración, cuando Dios y las personas que Él creó a Su imagen descansan juntos en amor. (ver Éxodo 20,8-11; 31,12-17; Deuteronomio 5,15; 12,9; Ezequiel 20,12).

El CIC nos dice en su no. 288: “La revelación de la creación es inseparable de la revelación y de la realización de la Alianza del Dios único, con su pueblo. La creación es revelada como el primer paso hacia esta Alianza, como el primero y universal testimonio del amor todopoderoso de Dios”. Por eso Jesús dice: “El sábado ha sido instituido para el hombre y no el hombre para el sábado” (ver Marcos 2,27-28).

Es muy importante que entendamos esta alianza de la creación porque es el arquetipo –el origen y modelo- de todas las alianzas que estudiaremos en este curso. Cada una de las siguientes alianzas –con Noé, Abraham, Moisés, David y la Nueva Alianza con Jesús- es una remembranza y renovación de esta primera alianza de la creación.

En otras palabras, en esas siguientes alianzas encontraremos a Dios recordando, re-dedicando y re-comprometiéndose Él mismo, pudiéramos decirlo así, con su alianza original. Así es como los antiguos judíos veían las alianzas. Podemos ver esto en alguna de la llamada “literatura intertestamentaria” –libros y comentarios religiosos judíos escritos entre el cierre del Antiguo Testamento y el principio del Nuevo (ver Libro de los Jubileos 36,7; 1 Enoc 69,15-27).

Así como las alianzas del Antiguo Testamento son descritas como renovando la alianza de la creación, la Nueva Alianza –la última y eterna alianza- es descrita como trayendo consigo una nueva creación.

Jesús, “el primogénito de toda la creación” se convierte en “el primogénito de entre los muertos” y la “primicia” de la humanidad renacida (ver Colosenses 1,15-20; 1 Corintios 15,20). Aquellos que entran a la Nueva Alianza a través del Bautismo se convierten en “nuevas creaciones” (ver 2 Corintios 5,17; Gálatas 6,15). Finalmente, la Carta a los Hebreos nos dice: “Queda un descanso sabático para el pueblo de Dios” (ver Hebreos 4,9).

Lo que estamos diciendo aquí ha sido bellamente resumido por el Papa Benedicto XVI:

“La creación se dirige hacia el Sabbat... El Sabbat es el signo de la alianza entre Dios y el hombre; éste resume la esencia interna de la alianza... La Creación existe para ser el lugar de la alianza que Dios quiere hacer con el hombre. El propósito de la creación es la alianza, la historia de amor de Dios con el hombre” (ver “El Espíritu de la Liturgia” pp.25-27).



Recuerden esta línea: El propósito –la razón por la que Dios creó el mundo “en el principio”- es *la alianza*, la comunión de amor que Él desea tener con la raza humana.



La Boda en el Jardín

El “signo” de la alianza de amor de la creación es el matrimonio.

Tenemos el capítulo que inicia con Dios instituyendo el Sabbath, bendiciéndolo y consagrándolo (Génesis 2,1-3), y termina con Dios instituyendo el matrimonio –en el cual el hombre y la mujer se hacen una sola carne (Génesis 2,23-24).

De nuevo, para entender lo que estamos leyendo aquí, necesitamos leer la Biblia como un único libro, con unidad de contenido. También necesitamos leer este pasaje del Antiguo Testamento a la luz de como es leído en el Nuevo Testamento.

No encontramos aquí el texto literal diciéndonos que Dios está “instituyendo el matrimonio” y que está haciendo del matrimonio una alianza permanente e irrevocable entre el esposo y la esposa. Tampoco encontramos el texto literal diciéndonos que esta alianza de matrimonio entre Adán y Eva simboliza la alianza permanente e irrevocable entre Dios y la raza humana y toda la creación.

Pero cuando leemos este pasaje a la luz del Nuevo Testamento y a la luz de los profetas, entendemos que eso es precisamente lo que está pasando aquí.

Esta es la manera en que Dios trabaja en la Biblia. Esta es Su “pedagogía” –Su estilo divino de enseñar. Él despliega las cosas despacio. Frecuentemente nos da el “signo” primero y después nos revela el significado total (ver CIC nos. 53; 122; 1145).

Esto es lo que está haciendo aquí en el Génesis. Dios nos está dando el “signo” del matrimonio. Más tarde en la Escritura será revelado que el matrimonio se trata no sólo de la relación entre el esposo y la esposa. Está previsto por Dios también a ser un signo de la relación que Él desea tener con toda la humanidad.



La palabra “matrimonio” no se usa aquí en el Génesis. Nosotros sabemos que se refiere al matrimonio porque Jesús dijo que así era (ver Marcos 10,2-16). Jesús dice que este texto refleja la voluntad de Dios “desde el principio de la creación” y que “lo que Dios ha unido, no lo separe el hombre”.

Más adelante a lo largo del Nuevo Testamento, Dios nos muestra más plenamente lo que este texto significa. En la carta de Pablo a los Efesios, él cita este texto y explica que esta alianza de matrimonio en el jardín es una referencia a la alianza entre “Cristo y la Iglesia” (ver Efesios 5,21-33).

Pablo no dice que nuestro texto del Génesis no se refiere a los esposos y esposas. De hecho, él da una hermosa enseñanza del amor que los esposos y las esposas comparten. Pero él nos está diciendo que el matrimonio es también un símbolo de un amor aún mayor –el amor que Cristo tiene por Su esposa, la Iglesia, el amor que Dios tiene por sus hijos.

Finalmente, nos vamos al libro del Apocalipsis. ¿Qué encontramos en las últimas páginas de la Biblia? Una boda. Tal como encontramos una boda aquí, en las primeras páginas de la Biblia. ¿Coincidencia? Difícilmente.

Lo que el Apocalipsis “revela” es la consumación final, el matrimonio de Cristo con Su novia (Apocalipsis 19,9; 21,9; 22,17). ¿Y qué más? Una nueva creación –un nuevo cielo y una nueva tierra (Apocalipsis 21,1).

Los profetas siempre exhortaron a Israel a esperar por una renovación de la alianza, a reformar sus vidas de acuerdo a la alianza. Y una de sus descripciones favoritas es la de Dios o el Mesías viniendo como un novio a tomar a Su pueblo como su esposa o su novia (ver Oseas 2,16-24; Jeremías 2,2; Isaías 54,4-8). Es por eso que cuando Jesús viene se llama a sí mismo el “novio” y aquellos que son unidos a Él por el Bautismo son llamados “desposados” (ver Juan 3,29; Marcos 2,19; Mateo 22,1-14; 25,1-13; 1 Corintios 6,15-17; 2 Corintios 11,2; ver también CCI no. 796).

Hablaremos más de esto en la última sesión de nuestro curso. Pero necesitamos ver aquí – desde el principio- que este matrimonio en el Jardín del Edén, junto con el Sabbat que Dios instituye, son signos que apuntan a realidades mucho mayores.

El Papa Juan Pablo II dice que la historia del Sabbat “revela algo sobre la dinámica esponsal de la relación que Dios quiere establecer con la criatura hecha a su imagen, llamándola a



comprometerse en un pacto de amor”. (Ver la Carta Apostólica *Dies Domini* de JP II, nos. 11-12).



La Imagen del Hombre como Hijo

La imagen “nupcial” del novio y esposo es solo una de las imágenes que la Biblia usa para describir la relación de Dios con su pueblo. La otra imagen es la del Padre y Sus hijos. Encontramos esta imagen también en la narración del Génesis.

Muchas veces se ha dicho que la Biblia se contradice a sí misma al tener dos narraciones de la creación aparentemente diferentes dentro de los dos primeros capítulos del Génesis.

Pero no son contradicciones. Existe una perfecta complementariedad entre las narraciones.

En Génesis 1, tenemos a Dios el Creador trayendo a la existencia al cosmos –haciendo un “hogar” cósmico para Él mismo. Al final de la creación, lo vemos creando a la persona humana “a su imagen... en su divina imagen... hombre y mujer”.

En Génesis 2, vemos a Dios trabajando personalmente, como un Padre, modelando amorosamente al hombre del barro de la tierra, creando un jardín, un paraíso para él, y finalmente creando una esposa para él de su mismo costado.

No hay dos “dioses” trabajando aquí o dos historias en conflicto. No sólo es Dios el creador de todo lo visible y lo invisible. Él es también el Padre que ama a su pueblo tiernamente, como un padre divino.

En el lenguaje de la Biblia, el nacer “a imagen y semejanza” de alguien, significa ser el hijo de esa persona. La expresión “imagen y semejanza” expresa la relación Padre-hijo de Dios con su pueblo (ver Génesis 5,1-3; Lucas 3,38). Desde el mero principio, entonces, vemos que Dios tenía la intención de hacer de su pueblo Sus hijos, Su divina prole.

Pero como vimos anteriormente, existe también lo que el Papa describe como la dimensión “nupcial” de la relación que Dios quiere con su pueblo.

Estamos aprendiendo, en las primeras páginas de la Biblia, una muy importante lección –los límites de nuestro lenguaje humano para describir el amor de Dios por nosotros. Las palabras



no pueden ni remotamente describir el amor que Dios tiene por nosotros. Por lo tanto aquí, en las primeras páginas de la Biblia, se nos dan las dos imágenes más poderosas del amor humano imaginables –aquella de un padre y su hijo y la de un esposo y su esposa (CIC no. 219).

En un sentido, podemos decir que la Biblia que estamos por leer de principio a fin, narra la historia de Dios criando Su familia desde la infancia hasta la adultez. Él los prepara poco a poco para que estén aptos para la cena nupcial del Cordero en el cielo, para la unión divina con Él que solo puede ser simbolizada por el matrimonio –la más extática e íntima de las relaciones humanas.

IV. Una Nueva Creación, una Nueva Alianza



Cayendo Hacia el Diluvio

Los capítulos que siguen en el Génesis (ver Génesis 3-5) nos muestran “la caída” de nuestros primeros ancestros humanos –de hijo e hija divinamente creados viviendo en el paraíso, a hijos caprichosos que rechazan la sabiduría de su Padre y dilapidan su progenitura, perdiendo su hogar.

El demonio, en la forma de la serpiente, los tienta y los llevan a extraviarse (ver CIC nos 391-395). Y el pecado –el rechazo de la Paternidad de Dios- entra en las generaciones de la humanidad.

Pero aún cuando Sus hijos se han exiliado a ellos mismos del paraíso por el pecado, Dios les promete redención, un regreso al hogar.

Él promete que a lo largo de la historia de la humanidad habrá “enemistad” entre la serpiente, Satán, y la mujer, “la madre de todos los vivientes”, y entre sus hijos (ver Génesis 3,15.20).

Ahí comienza la tensión que se desarrollará en el resto del Génesis y en el resto de la Biblia –entre la mala semilla del pecado y la semilla de la rectitud.

El primer hijo nacido del pecado original, Caín, se convierte en el primer asesino del mundo. Así como Adán y Eva, los primeros hijos de Dios, rechazaron la Paternidad de Dios, sus hijos



rechazaron la fraternidad del hombre, simbolizada en las palabras maliciosas que Caín le dice a Dios: “¿Soy yo acaso el guardián de mi hermano?” (ver Génesis 4,9).

Pero también hay una buena semilla nacida de Adán y Eva –Set. Fueron los hijos de Set, nacidos de su hijo Enós, los primeros en empezar a adorar a Dios, a “invocar a Dios por su nombre” (ver Génesis 4,26). La palabra para “nombre” en hebreo es *shem*. Solo hay que recordar esto por ahora, se volverá importante más tarde.

La violencia, anarquía e inmoralidad comenzaron a dispersarse sobre la faz de la tierra hasta que finalmente infectan a los “hijos del cielo”, es decir, a los hijos de Set (ver Génesis 6,1-4). Lo que sucede en Génesis 6 es que los descendientes de Set, seducidos por la belleza de las hijas de Caín, las toman como esposas. Peor aún, ellos toman más de una esposa, “tomaron por mujeres a las que más les gustaron de todas ellas”. Los hijos de Set violaron la santidad de la alianza del matrimonio instituida por Dios en el jardín.

Los frutos de la unión de los hijos de Set y las hijas de Caín fueron hombres de una violencia y maldad aún mayor –“hombres de renombre”, a quienes la Escritura se refiere en otros lugares como “gigantes orgullosos... adiestrados en la guerra” (ver Sabiduría 14,6; Baruc 3,26-27).

Finalmente, Dios es embargado de “dolor” y “arrepentimiento” al ver “lo corrupto que la tierra se había vuelto, ya que todos los mortales llevaban vidas depravadas” (ver Génesis 6,5; 7,12).



Empezando con la Lluvia

Segunda alianza –la alianza hecha con Noé.

En el relato del diluvio Dios es representado como queriendo reiniciar el mundo entero. La narración está llena de ecos de la historia de la creación del Génesis:

El mundo nuevo emerge de las aguas caóticas del “abismo” (comparar Génesis 1,2 y 7,11).

También notarán muchos “sietes” en la historia de Noé: pares de animales puros (ver Génesis 7,2); siete días antes del diluvio (7,10); en el mes séptimo el arca “descansa” sobre el Monte Ararat (8,4). Noé deja salir una paloma cada siete días hasta que una regresa con una vara de olivo (8,10-12).



Noé es descrito como el nuevo “primer hombre”. Como Adán, a Noé se le da autoridad sobre los animales (9,2). También recibe de Dios el mismo mandato que le dio a Adán: “sean fecundos, multiplíquense y llenen la tierra” (9,1). Finalmente, así como hizo con Adán, Dios hace una alianza con Noé y a través de él con todos los seres vivos (9,13).

Con esta alianza, Dios renueva Su alianza con la creación. Por medio de esta alianza, Dios también expande la “estructura familiar” de su pueblo de alianza –de una pareja de esposos a una unidad familiar. La familia de Noé –su esposa y sus tres hijos con sus esposas- es incluida en las bendiciones de la alianza.



La Historia de los Dos Nombres

La Escritura también representa a Noé, como Adán, cayendo del estado de gracia.

Aquí también encontramos ecos de la historia de Adán en la historia de Noé.

Así como a Adán (cuyo nombre en hebreo es casi idéntico a la palabra “terreno/suelo”, *adama*, permitiendo un juego de palabras entre las dos) se le fue dado un jardín para cultivar, Noé planta una viña y se convierte en “labrador” (ver Génesis 2,15; 9,20). Y así como la fruta prohibida del jardín fue la causa de la caída de Adán, también la fruta de la viña de Noé, el vino, se convierte en la de él. Y como ocurrió en la caída de Adán, la caída de Noé expone su pecado y su desnudez (ver Génesis 3,6-7; 9,21) y resulta en una maldición (ver Génesis 3,14-19; 9,25).

¿Qué significa que Cam, uno de los tres hijos de Noé, “vio su desnudez”?

En hebreo, la frase es realmente un modismo, una expresión del lenguaje, que describe el incesto. (Levítico 20,17; 18,6-18).

Descubrir la desnudez de tu padre significa cometer incesto con tu madre.

Para decirlo sin rodeos –mientras Noé estaba ebrio, Cam tuvo relaciones con su madre. En cuanto a los motivos, sólo podríamos especular. Es razonable, basados en otra evidencia en la Escritura, presumir que Cam quería hacerse de la autoridad de su padre. Dormir con su madre



era el último insulto y signo de falta de respeto (ver episodios similares en Génesis 35,22; 49,3-4; 2 Samuel 16,21-22).

El hijo nacido de este encuentro incestuoso es Canaán. Él llegará a ser el padre de una nación conocida e injuriada por sus prácticas abominables (ver Levítico 18,6-18; Éxodo 23,23-24).

Pero así como Adán tuvo tanto a Caín, el asesino de su hermano, como a Set, el hijo recto, Noé también tuvo una buena semilla: su primogénito Sem, quien “cubrió” la desnudez de su padre (ver Génesis 9,23).

Génesis 10 nos da los orígenes de las naciones y la genealogía de conflicto entre las dos semillas de Noé. Los descendientes de Cam se convierten en los grandes enemigos nacionales del pueblo de Dios –Egipto, Canaán, Filistea, Asiria y Babilonia. El gran patriarca Abraham, de quien leeremos en nuestra siguiente lección, es descendiente de la línea de Sem.

De esta línea vinieron las naciones que trataron de construir la Torre de Babel con el propósito de “hacerse un nombre (hebreo = *shem*) para ellos mismos” (hacerse famosos) (Génesis 11,1-9). En otras palabras, estaban tratando de construir una especie de “reino contrario” que se levantara en contra del nombre de Dios.

Dios los rechaza –los disemina en una confusión de lenguajes.

Recordemos lo que dijimos anteriormente: *Shem* es la palabra hebrea para “nombre”. Y por la línea de Sem Dios levanta a su pueblo elegido.

Los judíos son los “semitas”. Los judíos descienden del tataranieto de Sem, Abraham (ver Génesis 11,10-26), a quienes les promete: “Yo te bendeciré. Haré grande tu nombre (hebreo = *shem*)”.

Retomaremos a Abraham en nuestra próxima lección.



V. Preguntas de Estudio

1. ¿Qué significa cuando decimos que la Biblia nos enseña verdad “religiosa”?
2. ¿Cuál es el propósito de la creación, de acuerdo al Papa Benedicto XVI?
3. ¿Cuál es el “estilo divino” como Dios enseña?
4. ¿Cuáles son las dos imágenes que la Escritura usa para describir el amor de Dios y la relación que Él desea tener con los humanos?

Para la oración y reflexión:

Las lecturas de la Misa del primer Domingo de Cuaresma (Ciclo B) son: Génesis 9,8-15; Salmos 25,4-9; 1 Pedro 3,18-22; Marcos 1,12-15. Lee los textos en orden y pide al Señor su ayuda para poder entender las conexiones entre ellos, especialmente la conexión entre el Diluvio y el Bautismo.



Lección 3

Nuestro padre Abraham

Objetivos:

1. Leer el Génesis caps. 12-15 con comprensión.
2. Entender la alianza que Dios hace con Abraham y ver cómo esta alianza se cumple en la Nueva Alianza de Jesucristo.
3. Apreciar las figuras y los elementos claves en la historia de Abraham –Melquisedec, circuncisión, el sacrificio de Isaac- según son interpretadas en la tradición de la Iglesia.

Contenido:

- I. Repaso y visión de conjunto
- II. Nuestro padre Abraham
 - A. Grandes promesas
 - B. Hijos amados
 - C. Signos de la Carne y del Espíritu
 - D. La bendición de Sem
 - E. Primogénito Sumo Sacerdote
- III. Era de los patriarcas
 - A. Jacob el más joven
 - B. José y Judá
- IV. Preguntas de estudio

I. Repaso y visión de conjunto

Iniciemos esta lección con un repaso. Estamos estudiando la historia de la salvación –la historia que narra la Biblia- por medio del estudio de las alianzas, las cuales forman la “columna vertebral” de la Biblia.

En el mundo antiguo las alianzas establecían relaciones familiares. Las alianzas que Dios hace en la Biblia hacen lo mismo. Por medio de Sus alianzas, Dios establece relaciones de familia



con Sus criaturas, las personas humanas hechas a Su imagen y semejanza. Por sus alianzas Él estaba –y todavía está- engendrando una familia. A través de las alianzas de la Biblia, Él confiere su bendición –la participación de Su divina gracia y vida- a Su pueblo. Por medio de estas bendiciones nos hace más que simples criaturas. Nos hace verdaderos herederos divinos, hijos e hijas.

Estamos estudiando la historia para entender mejor y vivir mejor la Nueva Alianza, la cual se nos fue dada en la persona de Jesucristo y a la cual entramos a través del Bautismo. Todas las alianzas que leemos en la historia del Antiguo Testamento de la Biblia tienen la intención de prefigurar, anticipar y apuntar hacia la Nueva Alianza.

Regresando a la historia de la Biblia...

Como resultado del pecado original de Adán y Eva, la familia que Dios deseaba se fracturó y dividió. Entonces se inició una constante tensión entre aquellos que dudaban de las promesas de Dios y buscaban glorificar su propio nombre, es decir, vivir fuera de la familia de Dios, y aquellos que “invocaban el nombre de Yahveh”, es decir, aquellos que deseaban vivir como Sus hijos (ver Génesis 4,26).

La tensión alcanza su pico alto en el episodio de la Torre de Babel, donde los pobladores del mundo tratan de “hacerse un nombre para ellos mismos”. Así como Adán y Eva buscaron vivir sin Dios, ser “como dioses” ellos mismos, ahora los hombres y mujeres, actuando juntos como un solo pueblo, han empezado a hacer lo mismo (ver Génesis 11).

Pero en los versículos inmediatos al relato de la Torre de Babel, somos introducidos a Abram o Abraham. (Por simplicidad vamos a referirnos a él como Abraham, aunque él es llamado así hasta que Dios le cambia el nombre en Génesis 17,5).

Abraham es llamado a rechazar las maneras de aquellos que se exaltaban a ellos mismos y trataban de hacerse un nombre para ellos. Si sigue a Dios en fe y obediencia, Dios le promete exaltarlo a él –hacer *su nombre* grande (ver Génesis 12,2).

Con Abraham, la historia humana se convierte en historia de salvación. Hasta ahora, nuestra historia apuntaba a un callejón sin salida, un retorno al polvo del cual el hombre fue originalmente formado (ver Génesis 1,19; CIC no. 1079-1080). Por su fidelidad, Abraham se convierte en el padre de una nueva generación de hombres y mujeres, una generación que vive con fe en las promesas de Dios, como hijos e hijas confiados.



Abraham, Dios le promete, será “el padre de una multitud de pueblos” (ver Génesis 17,5). A través de sus descendientes, él será el portador de la bendición divina a todas las naciones de la tierra (ver Génesis 12,3). ¿Cuál es la bendición que Dios quiere otorgar? El regalo de la filiación divina. Estas promesas de Dios, en las cuales nos enfocaremos en esta lección, son cumplidas en Jesús, quien es, como leemos en la primera línea del Nuevo Testamento, “el Hijo de Abraham” (ver Mateo 1,1).

II. Nuestro Padre Abraham



Grandes Promesas

La alianza de Dios con Abraham tiene tres partes, y comienza con tres promesas: hacer de Abraham una gran nación (12,1); darle un gran nombre (12,2); y hacerlo fuente de bendición para el mundo (12,3).

Dios más tarde eleva estas tres promesas –convirtiéndolas en alianzas divinas. Dios jura no solo hacer de Abraham una gran nación, también hace una alianza en la cual promete liberar a los descendientes de Abraham de la opresión en un país extranjero y darles una porción específica de tierra (ver Génesis 15,17-21). No solo su nombre será grande, sino que Dios, a través de un juramento de alianza promete hacer a Abraham “padre de una multitud de pueblos”, una dinastía real –“reyes saldrán de ti” (ver Génesis 17,1-21).

Dios eleva Su tercera promesa jurando multiplicar la descendencia de Abraham “como las estrellas del cielo y como la arena de las playas”. En los descendientes de Abraham “serán bendecidos todos los pueblos de la tierra” (ver Génesis 22,16-18).

Por estos tres juramentos de alianza, Dios dirige nuestra mirada al futuro de la historia de la salvación.

Abraham se convierte en una gran nación en el Éxodo, cuando a través de la alianza que Dios realiza con Moisés, hace de los descendientes de Abraham una nación poseedora de la tierra prometida a Abraham (ver Génesis 46,3-4). Leeremos acerca de esto en nuestra siguiente lección, cuando veamos los libros del Éxodo al Deuteronomio.



El segundo juramento de Dios es cumplido cuando David es convertido en Rey y se le promete un gran nombre (ver 2 Samuel 7,9) y un trono eterno (ver Salmos 89,3-4; 132,11-12).

Y finalmente, estas alianzas apuntan a Jesús. Su Nueva Alianza cumple la promesa de Dios de hacer de los hijos de Abraham la fuente de bendición para todas las naciones. Es por eso que en la primera línea del Nuevo Testamento encontramos las palabras “Jesucristo... el hijo de Abraham” (ver Mateo 1,1).



Hijos Amados

En el famoso cántico bíblico de María y Zacarías, se nos dice que la llegada de Jesús cumple las promesas que Dios juró a Abraham (comparar Lucas 1,55.72.73 y Génesis 12,3; 13,5; 22,16-18).

Jesús es el descendiente de Abraham en quien las promesas de filiación divina (sonship) fluirán a todas las naciones del mundo. Jesús mismo nos enseñó a ver un símbolo de Su venida en el nacimiento de Isaac: “Vuestro padre Abraham se regocijó pensando en ver Mi día; lo vio y se alegró” (ver Juan 8,56). Por supuesto, Abraham no vio el día de Jesús literalmente. Él se regocijó con el nacimiento de su heredero, Isaac (ver Génesis 17,7). Pero Jesús nos está diciendo que en Isaac debemos ver una prefiguración de Su propio nacimiento.

Desde la Biblia hasta los escritos de los Padres de la Iglesia, como San Agustín, muchos han visto una conexión profunda entre la vida de Isaac y la de Jesús. El nacimiento de Isaac es un milagro –naciendo de un hombre de 100 años de edad y su esposa estéril. Así mismo Jesús nace de una divina concepción. Isaac es circuncidado para entrar a ser miembro del pueblo elegido, también Jesús (ver Lucas 2,21).

Existe un simbolismo aún más profundo en la terrible prueba que Dios le pide a Abraham –que le ofrezca a su único y amado hijo, Isaac, en sacrificio. Esta historia ha sido interpretada como prefiguración del ofrecimiento de Dios de su único y amado Hijo en la Cruz en el Calvario.

Primeramente, hay que notar en la historia cuántas veces son usadas las palabras “padre” e “hijo” (ver Génesis 22). Isaac es descrito como el único y amado Hijo de Abraham (ver Génesis 22,2.12.16). En el Nuevo Testamento encontramos a Dios usando las mismas palabras –“mi



hijo amado”- para referirse a Jesús en dos puntos cruciales de Su vida, en Su Bautismo y en la Transfiguración (ver Mateo 3,17; 17,5).

Este lenguaje no es coincidental. Es la clave de lo que está sucediendo en la historia de Abraham, la cual es una de las más difíciles de entender de toda la Biblia. Sin esta clave, nos veríamos orillados a deducir crueles conclusiones: ¿Cómo podría Dios pedirle a alguien que sacrificara a su único hijo –o a cualquier hijo? ¿Qué tipo de Dios demandaría tal prueba de lealtad?

Pero esta prueba, como muchas otras cosas escritas en el Antiguo Testamento, fue escrita como una “figura” para enseñarnos una lección acerca del plan amoroso de Dios (ver 1 Corintios 1,11; Romanos 4,23-24). Los autores del Nuevo Testamento claramente entendieron que esta historia no se trataba de un Dios cruel que les pide a sus creyentes que hagan cosas horribles para servirlo. Ellos sabían que en la historia del padre Abraham y su hijo Isaac, Dios estaba revelándonos algo del misterio de Su propia paternidad divina.

Dos veces Dios alaba la fidelidad de Abraham –“no me has negado tu hijo, tu único” (ver Génesis 22,12.15). San Pablo cita la traducción griega de estas palabras exactas cuando habla acerca de la Crucifixión –“El que no perdonó ni a su propio Hijo, antes bien le entregó por todos nosotros...” (ver Romanos 8,32). También podemos escuchar un eco de la alabanza de Dios en la famosa Escritura del Evangelio de Juan: “Porque tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo único” (ver Juan 3,16).

Existen otros paralelos más sutiles: Por ejemplo, la montaña donde Dios le pide a Abraham que realice el sacrificio, el Monte Moriá, está en el mismo lugar de donde venía Melquisedec – Salem. La tradición judía sostiene que Moriá es el lugar donde Salomón construyó el Templo de Dios (ver 2 Crónicas 3,1). De hecho, la tradición judía también sostiene que el nombre de “Jerusalén” viene de agregar la palabra de fe de Abraham – Dios “proveerá” (ver Génesis 22,8; hebreo = *yir’eh or jira*) a la palabra Salem.

El Calvario, donde Jesús fue crucificado, es una de las colinas de Moriá. Y así como Isaac cargó la madera para su propio sacrificio, y se sometió a ser atado a la madera, también Jesús cargó su Cruz y permitió que los hombres lo clavaran a ella. La tradición judía cree que Isaac tenía entre 27 y 35 años cuando sucede el episodio y que él voluntariamente permitió que Abraham lo atara y lo ofreciera. Esto sugeriría otro paralelo entre Isaac y Jesús –ambos ofreciéndose, aceptando libremente su propia muerte como una ofrenda a Dios.



Las palabra de Abraham a sus sirvientes: “el muchacho y yo vamos hasta allí, para adorar a Dios, luego volveremos con vosotros” (ver Génesis 22,5) puede ser interpretada como una promesa de resurrección. ¿Por qué dijo “volveremos” (en plural), si él esperaba que Isaac iba a ser sacrificado? La carta a los Hebreos explica que esto fue porque Abraham tenía fe en la resurrección: “Por la fe, Abraham, sometido a la prueba, presentó a Isaac como ofrenda, y el que había recibido las promesas, ofrecía a su unigénito, respecto del cual se le había dicho: Por Isaac tendrás descendencia. Pensaba que poderoso era Dios aun para resucitar de entre los muertos. Por eso lo recobró para que Isaac fuera también figura” (Ver Hebreos 11,17-19). De hecho Isaac es recuperado de la muerte, como Jesús lo será, “en el tercer día” (ver Génesis 22,4).



Signos de la Carne y el Espíritu

Abraham creyó que Dios le devolvería a su hijo. Y por esta fe, él cumplió su obligación a la alianza que había hecho con Dios.

Dios hizo que la condición de Su alianza con Abraham fuera la fe en Sus promesas. La Fe es igualmente la condición para aquellos que entrarían en la Nueva Alianza hecha en Jesús.

San Pablo, especialmente en sus cartas a los Romanos y a los Gálatas, dice que Abraham es “el padre de todos... los creyentes” (ver Romanos 4,11-12). Lo que la Escritura dice de Abraham – “a Abraham la fe se le contó como justicia”- es también la condición requerida de nosotros. Nosotros, también, debemos confiar en la promesa de Dios, “creemos en Aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos” (ver Romanos 4,9.23-24).

Las bendiciones que Dios prometió derramar sobre el mundo a través de los descendientes de Abraham llegan a nosotros a través de nuestra fe en la Cruz y Resurrección de Jesús. El sacrificio de Cristo nos trae “la bendición de Abraham” (ver Gálatas 3,14). Estas bendiciones de nuestro padre Abraham fluyen a nosotros en el Bautismo, el cual es el signo de la Nueva Alianza, tal como la circuncisión era el signo de la alianza de Dios con Abraham.

Dios hizo que la circuncisión fuera el signo de su juramento de alianza para hacer de los descendientes de Abraham una dinastía real: “de modo que mi alianza esté en vuestra carne como alianza eterna” (ver Génesis 17,1-14). Pero como San Pablo enseña, este signo de la



alianza en la carne estaba previsto para que simbolizara el signo espiritual y sacramental por el cual entramos nosotros a la Nueva Alianza, la familia real de Dios.

Ya en los profetas, la “circuncisión del corazón” se había convertido en un signo de dedicación de la persona entera a Dios (ver Deuteronomio 10,16; Jeremías 4,4; comparar Romanos 2,25-29; 1 Corintios 7,18-19). El profeta Jeremías dijo que la ley de la Nueva Alianza sería escrita en el corazón (ver Jeremías 31,31-34).

Y esto sucede en el Bautismo, el cual es la “circuncisión de Cristo” (ver Colosenses 2,11) y la verdadera circuncisión (ver Filipenses 3,3). Así como la circuncisión era el signo de pertenencia al pueblo de Abraham, la “nueva circuncisión” – el Bautismo- es el signo de pertenencia a la Iglesia, el nuevo pueblo de Dios.

Y es en estos bautizados en la Iglesia que la promesa de Abraham es cumplida –“que una gran multitud, quien nadie podrá contar, de cada nación, raza, pueblo y lengua” encontraría bendición y salvación en el Dios de Abraham (comparar Génesis 15,5 y Apocalipsis 7,9-10).



La Bendición de Sem

Dios promete bendecir a Abraham. Y nosotros sabemos que aquellas bendiciones vienen en sus descendientes, especialmente en Jesús. Pero durante el curso del Génesis, la única bendición real que Abraham recibe es del misterioso rey-sacerdote Melquisedec (ver Génesis 14,18-20).

Tenemos que hacer un poco de antecedentes, y tal vez un poco de matemáticas, para entender de qué se trata.

Si pueden notar, Dios tiene algo de problemas con sus hijos “primogénitos” en el Génesis – empezando con Adán, quien comete el pecado original. El primogénito de Adán, Caín, se convierte en asesino.

En el mundo antiguo, ser el primogénito significaba ser el heredero único de todos los activos, privilegios y poderes del padre. Recibir la bendición del padre era la meta de todo hijo. En la Biblia, este patrón “natural” recibe un giro sobrenatural.



Dios pretendía derramar Sus bendiciones sobre el mundo a través de Su “primogénito”, Adán. Pero Adán, por su soberbia y desobediencia, faltó al cumplimiento de las obligaciones de su primogenitura. Entonces, Dios levanta un nuevo primogénito, Noé. Como Adán antes que él, Noé cayó en pecado (ver Génesis 9,20-22). Sin embargo, a pesar de la infidelidad del hombre, Dios es siempre fiel a Sus promesas de alianza. Entonces se dirige a un nuevo primogénito, Sem, el primogénito justo de Noé.

Sem recibe una bendición cósmica de Noé “¡Bendito sea el Señor, el Dios de Sem!” –es la primera vez en la Escritura que Dios es identificado con algún ser humano (ver Génesis 9,26-27). Dios es designado como “el Dios de Sem” –un signo de la gran justicia y estatura de Sem ante Dios.

Sin embargo, Sem después desaparece. A diferencia de los otros primogénitos –Adán, Caín, Noé- no lo vemos caer en desgracia. De hecho, no escuchamos nada más acerca de él –excepto que él tiene hijos y que diez generaciones más tarde, uno de sus descendientes, Teraj, tiene tres hijos, el primogénito de los cuales es Abraham (ver Génesis 11,26-27). Es muy curioso, sin embargo, que nunca vemos a Sem –reconocido como el más justo de los hombres nacidos después del diluvio- ver que pase su bendición a su primogénito o a alguno otro de sus hijos.

Aquí es donde entran las matemáticas: Abraham nace 290 años después del primogénito de Sem, Arpacsad. Ahora, si Sem tiene 100 años cuando Arpacsad nace, esto significa que tiene 390 años cuando Abraham nace. Y, si Sem vivió 500 años después del nacimiento de Arpacsad, y Abraham vivió hasta los 175 años (ver Génesis 25,7), esto significa que Sem sobrevivió a Abraham por 35 años (vivió 35 años en vida de Abraham).

¿Esto por qué es importante? Para los rabinos antiguos y, por siglos, para los intérpretes cristianos, incluyendo probablemente al autor de la Carta a los Hebreos, sí era importante. Esto es también la clave para explicar qué está pasando entre Abraham y Melquisedec en Génesis 14.

De acuerdo a una larga tradición –Judía y Cristiana- el misterioso Melquisedec es realmente Sem, el gran patriarca, el recto heredero de las bendiciones prometidas por Dios después del Diluvio.

Veamos algunas de las claves en el texto bíblico. Notemos cuidadosamente los reinos que están representados al principio de Génesis 14, especialmente cómo puede seguirse su línea hasta la genealogía de los hijos de Noé –Cam, Jafet y Sem.



Sodoma, Gomorra, Admá y Seboim son todos reinos descendientes de Canaán, hijo de Cam, el perverso hijo de Noé (ver Génesis 10,6.19). Sinar es otro reino descendiente de Cam (ver Génesis 10,6; 10). Elam aparece descendiente de Sem (ver Génesis 10,22). Y el reino de Goim (en hebreo, literalmente “las naciones”) aparece descendiente de Jafet, padre de “las naciones marítimas” (ver Génesis 10,5).

Las líneas de batalla descritas en Génesis 14 son confusas, pero esto fue lo que sucedió: el reino de Elam, alineado con otros tres reinos, derrotaron una alianza de los reyes de Sodoma, Gomorra, Admá, Seboim y Soar, reduciéndolos a servidumbre (ver Génesis 14,17). Abraham derrota la alianza liderada por el rey Elam, para poder rescatar a su sobrino Lot, quien había sido capturado como prisionero de guerra en la batalla anterior.

Como resultado, el descendiente de Sem, Abraham, ahora domina sobre los descendientes de Cam y Jafet –tal como Noé había profetizado que sucedería (ver Génesis 9,25-27).

Precisamente en este momento aparece Melquisedec. ¿Y qué es lo que hace? Pronuncia una bendición sobre Abraham que suena mucho como la bendición que Noé pronunció sobre Sem (ver Génesis 14,19-20).



Primogénito Sumo Sacerdote

¿Qué significa todo esto?

Si Melquisedec, nombre que significa “rey de justicia” (ver Hebreos 7,2), es realmente Sem, el gran hijo de Noé, esto significa que la bendición que Dios le dio a Noé y que Noé a su vez dio a Sem, está siendo pasada ahora a Abraham. La bendición de este primogénito justo pasará de Abraham a Isaac (ver Génesis 25,5) y a Jacob (ver Génesis 27,27-29).

Pero con Melquisedec esta bendición del primogénito se convierte en algo real y algo sacerdotal. Y esto se convierte en un aspecto crucial para la trama y significado del resto de la Biblia.

Melquisedec es un sumo sacerdote y rey. Si él también es el hijo primogénito de Noé, entonces su bendición sobre Abraham es una especie de “ordenación”, una consagración, por



medio de la cual Abraham también se convierte, no solo en un primogénito justo, sino en sacerdote de Dios Altísimo.

Ya habíamos visto en el Génesis que Abraham construye altares e invoca el nombre de Dios (ver Génesis 12,8; 13,4). Pero con esta bendición, esta tarea sacerdotal se convierte en parte de su propia identidad y en parte del legado y dinastía que Dios le ha prometido. Veremos más adelante a Isaac siguiendo los pasos de su padre (ver Génesis 26,25).

Y, en nuestra siguiente lección, cuando leamos sobre la alianza con Moisés, veremos que la nación de Israel es concebida como “primogénito” de Dios (ver Éxodo 4,22) y “reino de sacerdotes” (ver Éxodo 19,6).

Cuando leamos sobre la alianza con David, veremos que David y su hijo, Salomón, son considerados hijos “primogénitos” (ver Salmos 89,6) y son reyes y sacerdotes (ver 2 Samuel 6,12-19); 1 Reyes 3,15; 8,62-63). Es interesante notar que, en el Antiguo Testamento, Melquisedec es interpretado como personaje que prefigura a David, quien es declarado “sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec” (ver Salmos 110,4).

Hay que notar que Melquisedec aparece de la nada. No tiene genealogía, y su capital, “Salem” no ha sido mencionada antes en el libro. Pero Salem, como veremos más tarde en la Biblia, es un nombre corto de Jerusalem, la capital real-sacerdotal del pueblo elegido (ver Salmos 76,2).

Finalmente, en la Nueva Alianza, Jesús es visto como primogénito, sumo sacerdote y rey (ver Hebreos 1,2-13; 5,5-6). Y Él es también visto como sacerdote en la línea de Melquisedec (ver Hebreos 7). Hay que notar que Melquisedec ofrece pan y vino en acción de gracias antes de pronunciar su bendición sobre Abraham. El texto asocia esta acción con su ser de “sacerdote del Dios Altísimo” (ver Génesis 14,18).

Jesús también ofrece pan y vino para simbolizar la Nueva Alianza. Los Padres de la Iglesia vieron fácilmente en la acción de Melquisedec una prefiguración de la Eucaristía. Y la liturgia de la Iglesia refleja esta tradición en su Oración Eucarística I, que se refiere a “el pan y el vino ofrecido por nuestro sacerdote Melquisedec” (ver CIC no. 1333).

Los hermanos y hermanas de Jesús en la Iglesia, “la asamblea de los primogénitos” (ver Hebreos 12,23), son también un pueblo sacerdotal y real (ver 1 Pedro 2,9; Apocalipsis 1,6).



Todo esto nos lleva de regreso al Jardín, al principio de la historia de la humanidad. Es muy interesante observar que Adán es colocado en el Jardín “para que lo trabajara y lo guardara” (ver Génesis 2,15). Algo importante se pierde en la traducción de estas palabras.

En el texto hebreo original, las palabras usadas son *‘abodah* y *shamar*. Y estas son palabras asociadas al servicio sacerdotal. De hecho, los únicos otros lugares donde aparecen en la Biblia, usadas juntas, es en el libro de Números, donde son traducidas como “servicio” y “encargo”, y son usadas para describir los deberes de los Levitas, los sacerdotes asignados de Israel (ver Números 3,7-8; 8,26; 18,5-6).

Adán, al parecer, está siendo descrito como un sacerdote primogénito. Al ordenársele que “sea fértil y se multiplique” (ver Génesis 1,28), se le está encomendando que sea el padre de un pueblo sacerdotal. Esta es el destino de la raza humana. Un destino que finalmente será alcanzado en Jesús –el “primogénito” Hijo real y sacerdote (ver Hebreos 1,6; 5,5-6).

III. Era de los Patriarcas



Jacob el más Joven

Con la historia de Abraham damos vuelta a una hoja en la historia de la salvación. El resto del libro del Génesis (capítulos 12 a 50) nos narra la historia de los “patriarcas”, los padres fundadores del pueblo elegido. En Génesis 12-25,18 leeremos acerca de Abraham y sus dos hijos, Ismael e Isaac. En Génesis 25,19 - 36,43 encontramos la historia de Isaac y sus dos hijos, Esaú y Jacob. Y el libro concluye, en los capítulos 37-50, con la historia de los doce hijos de Jacob, fundadores de las tribus de Israel, especialmente José.

Isaac crece y se casa con Rebeca. Como lo era su madre Sara, Rebeca es estéril. Pero Isaac, tal como su padre Abraham lo había hecho, apela a Dios para que les conceda hijos (ver Génesis 25,21; 28,1-3). Mientras sus gemelos están peleando en su seno, Dios le dice a Rebeca que cada uno de ellos será una nación, pero que el más joven de los dos, Jacob, dominaría al mayor, Esaú (ver Génesis 25,23).

Esta es otra sub-trama en Génesis, cercanamente conectada con lo que ya hemos comentado concerniente al “primogénito”. Hay que notar que después de la falla de Su primogénito en el Edén, Dios parece preferir al hijo menor: la ofrenda de Abel es preferida sobre la de Caín.



Isaac es elegido sobre Ismael. El hijo menor de Jacob, José, se convierte en el héroe en la parte final del libro de Génesis, mientras Rubén, el primogénito de Jacob, falla en defenderlo de sus hermanos (ver Génesis 37).

¿Por qué hace esto Dios? Él elige al joven, al débil y pecador para mostrar que la historia de la salvación está gobernada por Su gracia gratuita y Su amor. San Pablo nos da el principio general cuando dice que Dios escogió a Isaac sobre Esaú “...para que el designio de Dios permaneciese según la elección, y no en virtud de las obras sino del que llama...” (ver Romanos 9,11-13).

No debemos distraernos por el drama y las artimañas de cómo Jacob obtiene la bendición de Isaac. Esaú había probado que no era digno de la bendición, vendiendo su primogenitura por un plato de estofado. Y la Escritura dice: “Así malvendió Esaú la progenitura” (ver Génesis 25,29-34).

El engaño de Jacob es criticado por los profetas (ver Oseas 12,4; Jeremías 9,3), y él recibe su “desquite” en el texto del Génesis. Por ejemplo, él será engañado por su tío Labán para que se case con su hija primogénita Lía, cuando a quien él amaba era a Raquel (ver Génesis 29,5). Y más tarde, cuando su hijo José es vendido como esclavo, sus otros hijos lo engañan mojando el saco de José con la sangre de una cabra. La ironía no se pierde en la narración del Génesis —el engaño de Jacob a su padre había involucrado el uso de piel de cabra (ver Génesis 27,15-16; 37,31-33).

Pero la mentira de Jacob sirve para los propósitos de Dios. Dios escogió a Isaac sobre Esaú (ver Malaquías 3,1; Romanos 9,13). A través de Jacob, Dios extenderá la bendición que le dio a Abraham (ver Génesis 28,3-4). Dios mismo confirma esto al enseñarle a Jacob una escalera hacia el cielo (ver Génesis 28,10-15). Más tarde, Jesús aplicará este sueño a Él mismo, revelando que en Él el cielo y la tierra se tocan, lo humano y lo divino se encuentran. Él es lo que Jacob vio como “la puerta del cielo” (ver Juan 1,51; Génesis 28,17).

Dios le cambia el nombre a Israel después de una misteriosa lucha durante la noche. El nombre de Israel significa “el que ha luchado con Dios” (ver Génesis 35,10; Oseas 12,5).



José y Judá

Los doce hijos de Jacob –nacidos de sus dos esposas, Lía y Raquel- forman las doce tribus de Israel (ver Génesis 47,27; Deuteronomio 1,1).

Y en la historia de José y sus hermanos, vemos otra vez a Dios escogiendo al más joven para llevar a cabo su plan de salvación.

José es un tipo de Jesús. Lo que le sucede a él prefigura no solo lo que le pasará a los hijos de Israel, sino también los sufrimientos y la salvación ganada para nosotros por Jesús.

José es víctima de celos y rechazo por parte de sus hermanos, los hijos de Israel, y es vendido por el precio de un esclavo (comparar Génesis 37,28 y Mateo 26,14-15). Compara las palabras de los hermanos de José y las palabras de los labradores en la parábola de Jesús (ver Génesis 37,20; Mateo 21,38).

Aún así, tanto José como Jesús perdonan a sus hermanos y los salvan de la muerte. El Faraón les dice a sus sirvientes egipcios que hagan lo que José les diga. Y María hará eco de estas palabras, diciendo a los sirvientes de la fiesta de bodas que hagan lo que Jesús les pida que hagan (compara Génesis 41,55 y Juan 2,5).

Como José le explica a su hermano, su historia nos muestra que aún aquello que los hombres planean como maligno, Dios lo puede usar para los propósitos de Su plan salvador (ver Génesis 50,19-21).

El primer libro de la Biblia termina con Israel en su lecho de muerte dando su bendición a sus hijos. A uno –Judá, le promete una dinastía real que será eterna (ver Génesis 49,9-12). Él reinará sobre todos los pueblos del mundo –una Escritura que la Iglesia interpreta como una promesa de Jesús, el Mesías-Rey. La línea de Judá es la línea de los reyes David y Salomón (ver 2 Samuel 8,1-14; 1 Reyes 4,20-21).

Jesús vendrá como el hijo real de David (ver Mateo 1,1-16) y el León de Judá (ver Apocalipsis 5,5).



En nuestra siguiente lección, veremos cómo Dios cumple la promesa de Abraham, la promesa que su nieto, Jacob, repite cuando le dice a José: “Dios estará con vosotros y os devolverá a la tierra de vuestros padres” (ver Génesis 48,21).

Es importante recordar, sin embargo, que la “tierra” de la que hablamos tanto en estas alianzas “no pertenece exclusivamente a la geografía de este mundo”, como el Papa Juan Pablo II ha dicho en su extraordinaria homilía, *Conmemoración de Abraham*.

Cuando leemos la historia de Abraham y las historias que le siguen, necesitamos siempre tener en mente, como dice el Papa: “Abraham, el creyente que acepta la invitación de Dios, es alguien que se dirige hacia la tierra prometida que no es de este mundo... En la fe de Abraham, Dios todopoderoso realmente hizo una alianza eterna con la raza humana, y ésta se cumple definitivamente en Jesucristo”, quien por su Cruz y Resurrección nos guía “hacia la tierra de salvación que Dios, rico en misericordia, ha prometido a la humanidad desde el mero principio”.

IV. Preguntas de Estudio

1. ¿Cuáles son las tres partes de la alianza que Dios hace con Abraham?
2. ¿Cómo es el sacrificio de Isaac similar al de Cristo en la Cruz, según la antigua tradición de la Iglesia?
3. ¿Por qué son importantes los conceptos de “primogénito” y “sacerdote” para entender la trama y el significado de la Biblia?

Para la oración y reflexión:

La Liturgia de las Horas de la Iglesia ha incluido siempre el Cántico de Zacarías (ver Lucas 1,68-79) en las Oraciones de la Mañana, y el Magnificat (ver Lucas 1,46-55) en las Oraciones de la Noche. Ambas oraciones contemplan la venida de Jesús como el cumplimiento de la Alianza de Dios con Abraham. Reza estas oraciones bíblicas de la Iglesia pidiendo a Dios que te ayude a comprender más plenamente “su promesa a nuestros padres, a Abraham y sus descendientes por siempre”.



Lección 4

El Primogénito Hijo de Dios

Objetivos:

1. Leer el libro del Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio con comprensión.
2. Entender la alianza que Dios hizo con Israel en el Sinaí y ver cómo esta alianza apunta a y es cumplida en la Nueva Alianza de Jesucristo.
3. Apreciar las figuras y eventos clave –Moisés, la Pascua y la vocación de Israel como “reino de sacerdotes”- según son interpretadas en la tradición de la Iglesia.

Contenido:

- I. Repaso y visión general
 - A. Uno terminado, 72 por venir
 - B. La historia hasta ahora
- II. Fuera de Egipto, Hijo Mío
 - A. Moisés y Jesús
 - B. Hijo primogénito de Dios
 - C. Asediando con plagas al Faraón
 - D. La Pascua y “Nuestro Cordero Pascual”
- III. Realizando la antigua alianza
 - A. Imágenes del nuevo Éxodo
 - B. Prueba en el desierto
 - C. “Un reino de sacerdotes, una nación santa”
 - D. El asunto del becerro de oro
- IV. Después del becerro de oro
 - A. Leyendo el Levítico
 - B. Enumerando la segunda generación
 - C. Una “segunda” Ley
- V. Preguntas de estudio



I. Repaso y Visión General



Uno Terminado, 72 por Venir

Nos ha tomado tres lecciones –la mitad de este curso intermedio- para leer el primer libro de la Biblia. Uno terminado, ¡72 por venir!

Es un momento para revisar nuestro propósito en esta clase. Hemos identificado la serie de alianzas que Dios hace en la Biblia como la llave maestra que abre el significado de la Biblia. Recuerden, la Biblia narra la historia del amor de Dios nuestro Padre hacia Sus hijos y Su plan para hacer de todas las personas una familia santa. Dios despliega su plan de salvación a través de una serie de alianzas que hemos identificado –la alianza de la creación con Adán, la alianza del diluvio con Noé, la alianza con Abraham, la alianza con Moisés en el Sinaí, la alianza con David y la Nueva Alianza traída por Jesús.

Si entendemos bien estas alianzas, tendremos una muy buena comprensión de la “visión global” de la Biblia. Esto nos ayudará a ver cómo los diferentes libros de Biblia encajan juntos para formar un solo “libro”. Es por eso que hemos dedicado tanto tiempo en el Génesis, y es por eso también que dedicaremos esta lección a la experiencia de los Israelitas según las narraciones del Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio.

Pero regresemos y veamos estas primeras tres lecciones –notarán algo que probablemente no habrán notado la primera vez: Hemos estado moviéndonos a través de toda la Biblia para lograr comprender lo que hemos estado leyendo. Hemos visto cómo las diferentes historias del Génesis han sido entendidas e interpretadas en cerca de una docena de otros libros del Antiguo Testamento, en cada uno de los Evangelios, en las Epístolas del Nuevo Testamento y en el libro del Apocalipsis.

Asegúrense de consultar todas las citas y referencias que hacemos de otros libros de la Biblia. Primero, esto les ayudará a familiarizarse más con toda la Biblia. Pero además y más importante, esto les dará una lectura más profunda, ayudándoles a leer el Antiguo Testamento a la luz del Nuevo y el Nuevo Testamento a la luz del Antiguo.



En esta lección también, estén atentos a las conexiones, especialmente en el libro del Éxodo, donde encontraremos imágenes e ideas que surgen una y otra vez en el Antiguo y Nuevo Testamento –la figura de Moisés, la idea del “Cordero de Dios”, la Pascua y más.



La Historia Hasta Ahora

A manera de un repaso rápido, así es como la historia se ha desarrollado hasta ahora:

Dios creó el mundo de la nada y creó al hombre y la mujer “a su imagen y semejanza”, como Sus hijos, para que gobernaran sobre Su divino reino en la tierra. Dios hizo una alianza con ellos, prometiendo conferir Sus bendiciones sobre ellos, y a través de ellos, a todo el mundo.

Pero Adán y Eva rompieron la alianza, rechazando su progenitura real. Creciendo exiliados del santuario del jardín original, su descendencia llena el mundo con sangre y toda clase de maldad.

Entonces Dios crea el mundo de nuevo, en efecto, destruyendo a los malvados y salvando a los justos en un gran diluvio. Él inicia Su familia humana de nuevo con la familia de Noé. Pero Noé falla también, y los problemas llenan de nuevo la tierra, simbolizado en el esfuerzo que hacen todas las naciones del mundo de construir una torre que llegue al cielo para glorificar *su* nombre, no el nombre de Dios.

En Babel, Dios dispersa las naciones a los cuatro rincones de la tierra, dividiendo una sola familia humana en una multitud de idiomas y culturas, confundiendo sus lenguas y haciendo imposible que se entendieran y trabajaran juntos.

Dios de nuevo levanta un hombre justo, a través del cual Él espera establecer la familia de Dios que intentó desde el principio. Hace una alianza con Abraham y le promete una línea de descendientes que durará por siempre, una línea a través de la cual Dios derramaría Sus bendiciones a todas las familias y naciones del mundo.

Al final del Génesis, el árbol genealógico de Abraham es muy grande, consistiendo de doce tribus, cada una encabezada por un hijo de Jacob, quien era el Hijo de Isaac, hijo amado de Abraham. A través de muchas vicisitudes, el pueblo elegido de Dios, los hijos de Abraham,



ahora identificados como los hijos de Israel (el nuevo nombre que Dios le dio a Jacob), se encuentran en Egipto.

En esta lección veremos cómo la familia de Dios crece de ser una red tribal de patriarcas a ser una nación hecha y derecha, bajo el liderazgo de Moisés, instrumento que Dios designa como salvador y dador de leyes.

II. Fuera de Egipto, Hijo Mío



Moisés y Jesús

El principio del Éxodo debe sonarles familiar. ¿Cuál otra figura en la Biblia nace bajo una amenaza de muerte, encarando a un gobernante tiránico quien ha decretado que todos los primogénitos varones hebreos deben ser matados?

En la historia de Navidad, vemos a Herodes mandar tropas a Belén para matar a todos los primogénitos varones hebreos (ver Mateo 2,16). En el Éxodo, el Faraón trama un esquema más sutil de infanticidio, ordenando a las parteras egipcias que den muerte a cada varón primogénito hebreo (Éxodo 1,15-16).

Moisés, incidentalmente, es salvado al ser colocado en una “arca” (esta es la palabra literal que se ha traducido a “canasta de papiro” en Éxodo 2,3; la misma palabra es usada para el arca de Noé en Génesis 6,14).

Tanto el infante Moisés como el infante Jesús son salvados por miembros de sus familias – Moisés por su madre y su hermana (ver Éxodo 2,1-10) y Jesús por su madre y su padre (ver Mateo 2,13-15; Éxodo 2,5-10). Y ambos permanecieron en exilio hasta que murieron aquellos que buscaban su muerte.

Existen muchos más paralelos que pudiéramos trazar entre Moisés y Jesús. Por ejemplo, Jesús ayuna durante 40 días y 40 noches en el desierto, tal como Moisés lo hizo (ver Mateo 4,2; Éxodo 34,28), y tal como Moisés lo hizo, Jesús va a un monte y da a Su gente una ley de alianza (ver Mateo 5-7; Deuteronomio 5,1-21).



Moisés es el prototipo para todos los hombres de Dios acerca de los cuales leemos en el resto del Antiguo Testamento y en el Nuevo. Los autores de los Evangelios, especialmente San Mateo, describen a Jesús como el “nuevo Moisés”, un nuevo líder y rey, salvador y libertador, maestro, taumaturgo y profeta sufriente.

Y la historia de Moisés –especialmente la Pascua, las aguas que se parten, la estadía en el desierto, el diario pan del cielo- tiene un significado más profundo y simbólico para los lectores católicos de la Biblia.



Hijo Primogénito de Dios

Moisés es llamado por Dios para que libere a los Israelitas de su esclavitud en Egipto.

¿Qué motiva a Dios a actuar? Él “se acordó de su alianza con Abraham, Isaac y Jacob” (ver Éxodo 2,24, Salmos 105,8-11). Es por eso que Dios repetidamente se identifica como “el Dios de tu padre, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob” (ver Éxodo 3,6; 13,15; 6,2-8).

Dios le había advertido a Abraham en un sueño que ellos serían esclavizados y oprimidos durante cuatrocientos años, pero que Dios los liberaría (ver Génesis 15,13-15). Ahora los israelitas han estado en Egipto 430 años –los primeros 30 como huéspedes privilegiados, parientes del primer ministro José, los últimos 400 años como esclavos (ver Éxodo 12,40).

El tiempo ha llegado para Dios para cumplir la promesa que le hizo a Abraham –hacer de sus descendientes una gran nación y darles una hermosa y pródiga tierra propia (ver Génesis 28,13-15).

Dios envía a Moisés a decirle al Faraón: “Israel es Mi hijo, Mi primogénito” (ver Éxodo 4,22; Sirácida 36,11).

Aquí vemos a Dios de nuevo tratando de establecer Su familia santa. Vemos esto cuando renueva Su promesa a Moisés: “Os constituiré en pueblo mío, y seré vuestro Dios” (ver Éxodo 6,7). Esto anticipa la alianza que hará con ellos más tarde en el Sinaí (ver Éxodo 19,5).



Hay que notar el “carácter” de Dios a lo largo del Éxodo –lo que dice y hace. Dios no es un “Creador” distante.

En el Éxodo Dios verdaderamente se revela a Él mismo como el Padre divino de Israel (ver también Deuteronomio 32,6). Él salva a Sus hijos (ver Éxodo 12,29-31), los viste (ver Éxodo 12,35-36), los guía (ver Éxodo 13,21-22), los alimenta (ver Éxodo 16,1 - 17,7), los protege (ver Éxodo 14,10-29; 17,8-16), los enseña (ver Éxodo 20,1-17; 21,1–23.33), y vive con ellos (ver Éxodo 25,8; 40,34-38).

En pocas palabras, Él es un Padre para ellos (ver Oseas 11,1).

No quiere decir que Él es un Padre solo para Israel. Israel es su primogénito, no Su *único* hijo. Dios es el Dios de todas las naciones –y Él quiere ser un padre para todas las naciones también.

Pero Israel es Su primogénito. Su orgullo y alegría. Israel es llamado de Egipto para mostrar a las demás naciones la manera de vivir como hijos de Dios. Pero Israel –y su líder- deben ser rectos antes de que puedan predicar rectitud a las otras naciones. Esto es lo que está sucediendo en aquella extraña escena que sucede antes de su presentación con el Faraón – donde Dios trata *de matar* a Moisés (ver Éxodo 4,24-26).

Dios es serio en cuanto a su alianza, nadie puede quedar exento de sus disposiciones. Moisés estaba en violación de la alianza con Abraham. Su hijo no había sido circuncidado como Dios lo había mandado (Génesis 17,9-14). La esposa de Moisés, Séfora, toma el asunto por su cuenta y realiza la circuncisión, y la vida de Moisés de nuevo es salvada.



Asediando con Plagas al Faraón

El Faraón es castigado, su nación puesta bajo juicio, por haber faltado en respetar los derechos del primogénito de Dios.

El Faraón comete un gran error al burlarse del poder del Dios de Moisés (ver Éxodo 5,2). En las diez plagas que les envía, Dios castiga al Faraón y ejecuta un juicio sobre los varios dioses de Egipto (ver Éxodo 12,12; Números 33,4).



- El dios egipcio del Nilo, Hapi, es reprochado por la plaga de sangre en el Nilo (ver Éxodo 7,14-25).
- Heket, la diosa rana, es víctima de burla con la plaga de las ranas (ver Éxodo 8,1-15).
- El dios toro, Apis, y la diosa vaca, Hathor, son vilipendiadas por la plaga del ganado (ver Éxodo 9,1-17).
- Y la plaga de la oscuridad es un reproche al dios sol, Ra (ver Éxodo 10,21-23).

Los estudiosos creen que cada una de las plagas puede ser relacionada con una deidad específica de Egipto. Aún la última plaga que azota a los primogénitos egipcios puede ser vista como un ataque a los dioses políticos de Egipto, porque el Faraón era adorado como ser divino y sus hijos eran “divinizados” en ceremonias especiales.

Por estas acciones divinas, realizadas a través de Moisés, Dios estaba demostrando su poder – estableciendo que el Dios de Israel es un Dios “más grande que todos los dioses” (ver Éxodo 18,11; 9,16; 11,9).



La Pascua y “Nuestro Cordero Pascual”

Los primogénitos israelitas fueron “pasados por alto” en la última plaga. Esta historia tiene una gran influencia en la forma y significado del resto del Antiguo Testamento. Es también de vital importancia para entender las creencias católicas acerca del significado de la Cruz, la salvación ganada para nosotros en la Cruz, y el memorial de nuestra salvación que celebramos en la Misa.

La historia de la Pascua es uno de los dramas definitivos del Antiguo Testamento. Pero más que esto, éste nos apunta hacia adelante al drama definitivo de la historia de la salvación –el sacrificio de Cristo en la Cruz.

Desde los primeros días, la Iglesia ha entendido la Crucifixión y Resurrección como “la Pascua del Señor” (ver CIC nos. 557-559, 1174, 1337, 1364, 1402). La Eucaristía, a su vez, es el memorial de la Pascua del Señor.

Es por eso que durante la Misa el sacerdote nos presenta la Hostia consagrada y declara: “Este es el Cordero de Dios... Felices los invitados a esta cena”. La Liturgia está uniendo dos pasajes del Nuevo Testamento (ver Juan 1,29; Apocalipsis 19,9). Pero, ¿qué llevó a los autores del



Nuevo testamento a hablar de Jesús de esta manera, en primer lugar? La respuesta está en la historia de la Pascua.

La creencia antigua de la Iglesia está basada en la interpretación de la historia del Éxodo que hacen Jesús y los autores del Nuevo Testamento.

Leamos la narración de la Crucifixión de Juan (ver Juan 19). Mientras Cristo es condenado, Juan nota que era la “preparación de la Pascua, hacia la hora sexta”. ¿Por qué este detalle? Porque ese era el preciso momento cuando los sacerdotes israelitas mataban los corderos para la cena de Pascua (ver Juan 19,14).

Más tarde, los soldados burlones le dan a Jesús una esponja mojada en vino. Ellos se la acercan con una “rama de hisopo”. Ésta es el mismo tipo de rama que los israelitas debían usar para manchar el dintel de sus puertas con la sangre del cordero Pascual (ver Juan 19,29; Éxodo 12,22).

Y ¿por qué los soldados no le quiebran a Jesús las piernas (ver Juan 19,33.36)? Juan explica esto con una cita del Éxodo, diciéndonos que fue porque las piernas de los corderos Pascuales no debían ser quebradas (ver Éxodo 12,46; Números 9,12; Salmos 34,21).

Existen más paralelos que podemos trazar en el Evangelio de Juan y en los otros Evangelios. La crucifixión es presentada en el Nuevo Testamento como un sacrificio Pascual –en el cual Jesús es tanto el Cordero sin mancha, y el Sumo Sacerdote que ofrece al Cordero en sacrificio. Para los autores del Nuevo Testamento, lo que estamos leyendo aquí en el Éxodo es un signo que apunta a Jesús.

En la Pascua, Israel fue librado de morir por la sangre de un cordero sacrificial sin mancha, pintada en el dintel de las puertas. El cordero muere en lugar del primogénito, es sacrificado para que la gente pudiera vivir (ver Éxodo 12,1-23; 27). Sucede lo mismo con la Pascua del Señor, la Cruz y Resurrección. El Cordero de Dios muere para que el pueblo de Dios pueda vivir, salvado por “la sangre del Cordero” (ver Apocalipsis 7,14; 12,11; 5,12).

“Porque nuestro cordero pascual, Cristo, ha sido inmolado”, dice San Pablo (ver 1 Corintios 5,7). En la Cruz, San Pedro nos dice, Jesús era “un cordero sin tacha y sin mancilla”. Por su “Preciosa Sangre” nosotros somos “rescatados” de la cautividad del pecado y de la muerte (ver 1 Pedro 1,18-19).



Esto es lo que está sucediendo aquí en el Éxodo. Los hijos e hijas primogénitos de Dios están siendo “rescatados” o “redimidos” –sacados de la cautividad y esclavitud (ver Éxodo 6,6; 15,3; Salmos 69,18; Isaías 44,24; Génesis 48,10).

Los israelitas fueron instruidos para que recordaran la primera Pascua cada año comiendo la “carne” asada del cordero Pascual con “pan sin levadura”. Y en Su última cena, celebrada durante la Pascua, Jesús instruye a sus seguidores a que recuerden Su Pascua en la Eucaristía, donde nosotros comemos Su carne y bebemos Su sangre (ver Juan 6,53-58).

III. Realizando la Antigua Alianza



Imágenes del Nuevo Éxodo

El gran acto de liberación de Dios en el Éxodo moldeó la identidad y la imaginación de los israelitas. Vamos a encontrar referencias a este Éxodo a través del resto del Antiguo Testamento.

El Éxodo fue el signo divino, por encima de otros, que convenció a los israelitas de que ellos eran el pueblo escogido de Dios. ¿Cuál otro pueblo podía alardear de que Dios los había liberado personalmente en su tiempo de prueba?

Escuchamos esta fe en el cántico que Moisés canta cuando llegan al otro lado del Mar Rojo: “¿Quién como tú, Yahveh, entre los dioses?... Guiaste en tu bondad al pueblo rescatado... Oyéronlo los pueblos, se turbaron... hasta que pasó tu pueblo, oh Yahveh, hasta pasar el pueblo que compraste.” (ver Éxodo 15,11.13.14.16).

EL recuerdo de los hechos poderosos de Dios aquí en el Éxodo se vuelve el cimiento de la identidad de Israel como nación y la base para todas sus esperanzas para el futuro.

Más adelante en el Antiguo Testamento, cuando Israel, debido a su pecado, cae en cautiverio y exilio, los profetas predecirán un “nuevo Éxodo”, conducido por un Mesías, un nuevo Moisés, quien traerá una redención y liberación aún mayores para el pueblo de Dios (ver Isaías 10,25-27; 11,15-16; 43,2.16-19; 51,9-11). Este nuevo Éxodo, predice Jeremías, marcaría el inicio de una “Nueva Alianza” (ver Jeremías 23,7-8; 31,31-33).



En el Nuevo Testamento, Jesús es el nuevo Moisés, guiando un nuevo Éxodo, liberando al pueblo de Dios de su último enemigo –el pecado y la muerte. Veremos todo esto en nuestra última lección, cuando veamos el Nuevo Testamento en detalle.

Conforme leamos la historia del cruce del Mar Rojo y la prueba de Israel en el desierto más allá del mar, necesitamos tener en mente cómo se entienden estas escenas en el Nuevo Testamento. Ahí, y a través de la tradición de la Iglesia, estos eventos históricos son descritos como símbolos que prefiguran los sacramentos del Bautismo y la Eucaristía.

Tal como los israelitas pasaron a través de las aguas hacia la libertad y a una nueva identidad como el pueblo escogido de Dios, también el cristiano en el Bautismo es liberado del pecado y es hecho hijo de Dios. Y tal como los israelitas recibieron maná del cielo y agua de la roca, al cristiano se le da el pan del cielo y la bebida espiritual de la Eucaristía.

Pablo escribió: “Nuestros padres... fueron bautizados en Moisés, por la nube y el mar; y todos comieron el mismo alimento espiritual, y todos bebieron la misma bebida espiritual, pues bebían de la roca espiritual que les seguía; y la roca era Cristo” (ver 1 Corintios 10,1-4).



Prueba en el Desierto

Pablo también nos dice que debemos leer la narración de la prueba de Israel en el desierto como “figura... escritas para escarmiento nuestro, para quienes ha llegado la plenitud de los tiempos” (ver 1 Corintios 10,11).

A pesar de todos los signos y maravillas obrados por Dios, la historia de la travesía de los israelitas hasta el Sinaí después del Éxodo es una historia de testarudez y miopía, de la inhabilidad del pueblo de confiar en que Dios estaba con ellos, que el Dios que los había liberado los cuidaría todo el camino.

De buenas a primeras, renegaron en Mará de que el agua era muy amarga para ser tomada –y Dios les respondió dándole a Moisés el poder de hacer el agua dulce (ver Éxodo 15,22-25).

Un mes más tarde, se estaban quejando por la comida en el desierto del Sinaí. Dios los alimenta con maná del cielo, dándoles su pan cada día durante cuarenta años (ver Éxodo 16). Este es el maná que Jesús dijo que era un símbolo de la Eucaristía (ver Juan 6,30-59).



Pero ni siquiera esto fue prueba suficiente para ellos. Ellos estaban sedientos en Meribá y en Masá y pusieron a prueba a Dios: “¿Está Yahveh entre nosotros o no?” (ver Éxodo 17,2.7). Entonces Moisés golpeó la roca, como Dios le indicó, y brotaron las aguas para el pueblo.

Cuarenta años más tarde, en el Libro del Deuteronomio, Moisés explicó a los israelitas que Dios hizo todo esto “para humillarte, probarte y conocer lo que había en tu corazón: si ibas o no a guardar sus mandamientos... Date cuenta, pues, de que Yahveh tu Dios te corregía como un hombre corrige a su hijo” (ver Deuteronomio 8,2-5).

¿Por qué Dios prueba a Israel si Él ya sabe todo? La clave se encuentra en la última línea de Moisés –su prueba es una forma de “disciplina paternal”, por la cual hace a Su hijo más fuerte.

Dios no prueba a Israel para aprender algo que Él no sepa. Lo prueba para hacer más fuerte a Israel, para enseñar a su pueblo lo que ellos no saben –cuánto necesitan a Dios, cómo es que sin Él ellos no serían nada. Dios los probó, dijo Moisés, para que no se equivocaran creyendo que su libertad y prosperidad eran debido a su propia fuerza.

Entonces, les dijo, “acuérdate de Yahveh tu Dios, que es el que te da la fuerza para crear la prosperidad, cumpliendo así la alianza que bajo juramento prometió a tus padres, como lo hace hoy”. (ver Deuteronomio 8,17-18).



“Un Reino de Sacerdotes, una Nación Santa”

En el Sinaí, Dios revela Su propósito final para su pueblo elegido, por qué llevó a su pueblo sacándolo de Egipto sobre alas de águila, trayéndolos a Él mismo (ver Éxodo 19,4). Dios quiere que Su hijo primogénito, Su propio pueblo, sea “para mí un reino de sacerdotes y una nación santa” (ver Éxodo 19,6).

En la alianza del Sinaí, llegamos a un momento decisivo de la historia de la salvación. Recordemos lo que hemos estado diciendo a lo largo de nuestro estudio: Cuando Dios hace una alianza, Él está formando una familia, está haciendo de su pueblo familiares, Sus hijos e hijas.

Recordemos, también, que la imagería en el Antiguo Testamento está enraizada en imágenes antiguas de la familia. En la familia antigua, los padres eran “reyes” –gobernadores,



dadores de leyes y protectores de sus familias- y “sacerdotes” guiando a la familia en la adoración y el sacrificio. El hijo “primogénito” era el heredero de la autoridad y de los roles reales y sacerdotales del padre.

Desde Adán, Dios ha estado buscando un hijo “primogénito” digno de Su llamado –para custodiar y conservar la creación, para ofrecerle sacrificios de alabanza y acción de gracias, para ser luz para todos los pueblos, para morar con Él íntimamente.

Adán fue el padre fundador, hecho señor de la creación y le fueron dadas las funciones de custodiar y mantener la creación de Dios (ver Génesis 1,26; 2,15). Noé, también, fue padre de una familia, y su familia se convirtió en el “primogénito” a través del cual Dios poblaría la tierra de nuevo después del diluvio. Dios entonces escogió a Abram, cuyo nombre significa “padre venerado”, y le cambió el nombre a *Abraham* –nombre que significa “padre de una muchedumbre”.

A través de toda esta historia, sin embargo, vemos que Dios es orillado a dejar pasar a los primogénitos en varias ocasiones porque demuestran ser muy orgullosos, o muy injustos y violentos. Esto lo vemos en el caso de Caín, Ismael, Esaú, por nombrar solo tres. De hecho, entre los primogénitos del Génesis, solo la antigua línea de Sem fue fiel.

Pero Dios permaneció fiel a Su plan –y Su promesa. Con Israel, Su primogénito, Él está empezando de nuevo. Ellos serán Su familia, sus herederos reales. Ya Moisés ha indicado que los primogénitos de Israel deben ser consagrados a Dios, dedicados a Su servicio sacerdotal (ver Éxodo 13,2.15; 24,5).

Aquí en el Sinaí, Dios revela que quiere que Israel sea para la familia de naciones lo que el primogénito era en el sistema familiar antiguo –sacerdote y rey.

Dios está haciendo a Su familia una nación –pero no una nación como las otras naciones, Israel debe ser “una nación santa”, distinguida de las otras naciones, ejemplo de vida de santidad y rectitud, un instrumento por el cual Dios extiende Su salvación a todas las naciones.

Su alianza en el Sinaí, como hemos visto, estaba destinada a cumplir Su promesa de que a través de los descendientes de Abraham, Él bendeciría a todas las naciones del mundo. Entonces, Israel está siendo consagrada aquí en el Sinaí como “luz de las naciones”, dirigiéndolas en los caminos de la santidad (ver Isaías 42,6; 49,6).



Pero no hay que perder de vista el gran “sí” en todo lo que Dios está diciendo en el Sinaí: “Si de veras escucháis Mi voz y guardáis Mi alianza, vosotros seréis Mi propiedad personal... seréis para Mí un reino de sacerdotes...” (ver Éxodo 19,5).

La alianza de Dios tiene condiciones. Para experimentar las bendiciones, Israel debe *mantener* Su alianza, obedecer sus términos (que están escritos en Éxodo 20-23). Si ellos no cumplen Su alianza, ellos pueden ser “no pueblo”, su número borrado de la faz de la tierra (ver Deuteronomio 32,31; Oseas 1,9; 1 Pedro 2,10).

Hay que leer los Diez Mandamientos como una ley de alianza familiar, un código de familia. Estas leyes fueron primeramente dadas para gobernar las relaciones dentro de la creciente familia nacional de Israel –cubren cómo resolver disputas, cómo lidiar con los esclavos, cómo tratar los actos de violencia, cómo hacer una restitución de la propiedad dañada en caso de robo y cómo relacionarse con Dios y la autoridad humana.

Después de escuchar las palabras de Dios, Israel jura mantener la alianza (ver Éxodo 19,8; 24,3-7). Y Moisés construye un altar con doce pilares, simbolizando que todas las tribus de Jacob han aprobado la alianza (ver Éxodo 24,4).

Después Dios toma la sangre de los animales sacrificados y la rocía sobre la gente, llamándola “la sangre de la Alianza que Yahveh ha hecho con vosotros” (ver Éxodo 24,8). La sangre es un símbolo de las relaciones familiares. Esto es lo que esta alianza hace –convierte a Israel en los hijos e hijas de Dios.

Jesús usa estas mismas palabras en Su última cena, pero agrega la palabra “Nueva” –diciéndonos que por Su sangre derramada en la Cruz por muchos, Dios hace una Nueva Alianza (ver Marcos 14,24; Mateo 26,28).

Este es un signo para nosotros de que lo que estamos leyendo aquí en el Éxodo “prefigura” la Nueva Alianza –es un cumplimiento parcial del plan de Dios. El cumplimiento último vendrá con Jesús.

Esta Nueva Alianza será “para muchos” (lo que significa “para todos”). En la Nueva Alianza, Jesús promete, Sus doce apóstoles se sentarán a juzgar sobre las doce tribus de Israel (ver Lucas 22,30) y tal como el altar del Sinaí fue construido sobre los pilares de las 12 tribus de Israel, la Iglesia de Jesús será fundada sobre “los doce apóstoles del Cordero” (ver Apocalipsis 21,12.14).



Todas las alianzas son selladas con una comida ritual, es por eso que Moisés y los 70 ancianos se sientan a comer en la presencia de Dios (ver Éxodo 24,9-11).

Más tarde, cuando Israel esté en el exilio como consecuencia de haber roto la alianza, los profetas recordarán esta intimidad con Dios –comer y beber en Su misma presencia –y enseñarán al pueblo a esperar el día de un nuevo banquete sagrado, cuando ellos volverán a comer en Su presencia en Su montaña santa (ver Isaías 55,1-3; Proverbios 9,1-6).

Esta esperanza, también, es cumplida con la venida de Jesús, quien habla del Padre llamando a un banquete de bodas para Su Hijo (ver Mateo 22,1-14) y describe el reino de Dios como una gran fiesta (ver Lucas 14,12-24).



El Asunto del Becerro de Oro

Apenas había ratificado Israel su alianza con Dios, y la gente ya había caído en idolatría. Moisés sube a la montaña para recibir las elaboradas instrucciones acerca de la construcción del arca, la morada para Dios (ver Éxodo 25-31) y la gente abajo hace un becerro de oro y lo empieza a adorar.

Los antiguos rabinos solían decir que lo que la fruta prohibida fue para Adán, el becerro de oro lo fue para Israel. Es la segunda caída de la gracia. El becerro es una imagen de Apis, el dios egipcio de la fertilidad y la adoración que Israel le hace es una parodia de la alianza en el Sinaí. Tal como Moisés lo hizo, ellos construyen un altar, madrugan para ofrecerle sacrificios, comen y beben una comida ritual. Ellos también, dice la Escritura, “se levantaron para solazarse”, lo cual es una manera política de decir que realizaron orgías asociadas con el culto a Apis (ver Éxodo 32,1-6).

Dios repudia a Israel. Hay que notar el cambio en el lenguaje. Dios ya no se refiere a los israelitas como *Su* pueblo especial (ver Éxodo 3,10; 5,1; 6,7). Él le dice a Moisés que los israelitas son “*tu* pueblo, el que sacaste de la tierra de Egipto” (ver Éxodo 32,7).

Moisés intercede por el pueblo, inclusive se ofrece a cargar con la maldición que el pueblo merece –el ser borrado del libro de la vida (ver Éxodo 32,31-32).



Aunque ellos merecen morir por haber violado la alianza –y 3,000 son muertos por los Levitas– el pueblo es perdonado por el bien de la alianza. Pero la condición de Israel cambia para siempre. Nunca jamás en el Antiguo Testamento se habla de Israel como “reino de sacerdotes y nación santa”.

Será hasta la venida de la Iglesia que el plan de Dios de un reino de sacerdotes será realizado (ver 1 Pedro 2,5-9; Apocalipsis 1,6).

Los primeros cuatro capítulos de Números nos narra qué pasó inmediatamente después del incidente del becerro de oro. Moisés hace un censo muy elaborado (de ahí el nombre del libro de “Números”) y establece la autoridad de los Levitas.

Los Levitas, la única tribu que no adoró al becerro de oro y la única que respondió a la llamada de Moisés (ver Éxodo 32,26) son “dedicados” u ordenados como sacerdotes de la nación (ver Éxodo 32,26-29). Los primogénitos de cada familia ya no serán los que hereden de sus padres el rol sacerdotal. Los Levitas son escogidos en lugar de los hijos primogénitos (ver Números 3,11-13; 45).

Por primera vez, una distinción será hecha entre los sacerdotes y la gente laica. Cuando antes cada primogénito era un sacerdote (ver Éxodo 13,2.15; 24,5) ahora cualquier otro que no sea Levita que practique las funciones sacerdotales “será muerto” (ver Número 3,10).

IV. Después del Becerro de Oro



Leyendo el Levítico

La naturaleza de la relación de Dios con Su pueblo elegido ha cambiado. Dios no puede morar entre Su pueblo. Los levitas deben pararse entre Dios y su pueblo. Esto nos lleva al fin del Éxodo y nos introduce al Levítico.

El Levítico es parte de la renovación de la alianza necesaria debido a la rebelión del becerro de oro. El pecado de Israel fue tan grave que se requirió lo que equivalió a una segunda legislación.



Los Diez Mandamientos habían sido una ley moral, pero esta segunda ley es judicial y ceremonial, involucrando el castigo de criminales y las reglas para los sacrificios de animales. Esta segunda legislación lidia con la condición caída de Israel después del asunto del becerro de oro. Toma el resto del Éxodo (capítulos 33-40), todo el libro del Levítico y los primeros 10 capítulos de Números para explicar.

Hay que tener en mente esto al leer los capítulos del Levítico. Es el instructivo para los sacerdotes Levíticos. Antes del becerro de oro, el Levítico no hubiera sido necesario. Después del asunto del becerro de oro, el Levítico se vuelve necesario. Conforme lean el Levítico, no se queden varados en todas las prescripciones rituales y no ignoren el libro porque, como Católicos, ya no seguimos estas leyes tan elaboradas. Mantengan en mente, también, que el Levítico es una continuación de la historia de la familia de Dios del Éxodo.

Recuerden conforme leen acerca de los riñones, las entrañas y todos los detalles horripilantes de los sacrificios –Dios originalmente no deseaba los sacrificios de animales. Él no tiene necesidad de que millones y millones de vacas y cabras fueran masacradas. En su lugar, lo que Dios quería era alabanza, un espíritu humilde y contrito y andar en Sus caminos (ver Salmos 50,8-14; Salmos 51,18-19).

El sistema sacrificial es impuesto sobre toda la nación como un tipo de penitencia corporativa. Los tres animales que Dios le pide a Israel que sacrifique –ganado, ovejas y cabras- eran venerados como divinos por los egipcios.

Dios estaba tratando a Israel como si el pueblo estuviera adicto a la idolatría. Como hemos visto, fue más fácil sacar a Israel de Egipto que sacar a Egipto de Israel.

Los requerimientos de los sacrificios de animales serían un recordatorio diario de la apostasía del becerro de oro. Cada día serían forzados a revivir su pecado y a hacer penitencia por él, sacrificando ritualmente a los “dioses” que ellos un día adoraron. De esta manera, Dios esperaba liberar el corazón de Israel de la esclavitud de la idolatría (ver Josué 24,14; Ezequiel 20,7-8, Hechos de los Apóstoles 7,39-41).



Enumerando la Segunda Generación

Los Levitas estaban destinados a asistir a la segunda generación de Israelitas, a enseñarles los caminos a la santidad, de manera que esta generación no cayera como la primera generación.



Pero la segunda generación no aprendió. Vemos esto en las historias narradas en Números, empezando con la partida del pueblo desde el Sinaí (ver Números 10,11).

Números nos platica la historia de las penalidades de la segunda generación en su camino a la tierra prometida. Los hijos de aquellos que salieron de Egipto no son más fieles que sus padres. Finalmente, son condenados a vagar cuarenta años, “cargando con su infidelidad” (ver Números 14,33-34).

Aún en el medio de su recaída, Dios nos estaba dando signos del Redentor que Él algún día enviaría:

Moisés levanta una serpiente de bronce para curar a los israelitas infieles, dándonos un signo de la Cruz (ver Números 21,4-9; Juan 3,14).

Y el profeta mercenario Balaam, enviado a engañar a los israelitas, es usado por Dios para pronunciar una profecía que una estrella se levantaría sobre Jacob y el bastón de liderazgo saldría de Israel. Nosotros recordamos esta profecía en la Liturgia durante la época de Navidad, asociando la estrella de Balaam con aquella que siguieron los Magos (ver Números 24,15-17; Mateo 2,1-12).

La infidelidad de la segunda generación, sin embargo, culmina en el límite este de la Tierra Prometida, en las llanuras de Moab. Ahí Israel es seducido y adora a Baal-Peor, un dios moabita (ver Números 25).

Notemos las similitudes entre esta historia y la historia del becerro de oro (ver Éxodo 34). La adoración del dios falso es acompañada de inmoralidad ritual y es castigada con una matanza masiva de israelitas. En el incidente del becerro de oro, los Levitas se distinguieron por sus espadas y celo. Aquí, un cierto levita, Pinjás, también levanta su espada lleno de celo, y mata a una pareja idólatra. Él se hace merecedor de la línea de sumo-sacerdocio —“una alianza de sacerdocio perpetuo” (ver Números 25,13).



Una “Segunda” Ley

Lo que el incidente del becerro de oro fue para la primera generación en el Sinaí, el episodio del Baal-Peor lo fue para la segunda generación en las llanuras de Moab.



Números describe por qué el Deuteronomio es necesario. Escrito 40 años después del Éxodo, el Deuteronomio es literalmente “la segunda ley” –pretendida para regir a las 12 tribus laicas de Israel. Está escrita inmediatamente después de la apostasía y pecado de Baal-Peor.

Notemos que ésta es una ley dada por Moisés, no por Dios. Ésta es la gran diferencia entre la Ley dada en el Sinaí, la cual es presentada como las palabras propias de Dios, entregada por Dios directamente. El Deuteronomio es la ley de Moisés, y como Jesús explicará, es una ley para gente dura de corazón (ver Mateo 19,8).

Basado en su record de comportamiento desde el Éxodo, Moisés sabe que no puede esperar que la gente viva de acuerdo a la Ley del Sinaí, mucho menos de acuerdo a los estándares de santidad establecidos por los Levitas. El Deuteronomio es una ley para niños caprichosos. Esto explica por qué en el Deuteronomio, Moisés concede permisos que no se encuentran en ningún otro lado de la Biblia, permisos que parecen no concordar con la alianza del Sinaí.

Entre otras cosas, Moisés permite el divorcio y el volverse a casar (ver Deuteronomio 24,1-4); tomar a las esposas de un esclavo extranjero (ver Deuteronomio 21,10-14), y la batalla genocida contra los cananeos (ver Deuteronomio 20,16-17). En cada caso, estas concesiones eran “males menores”. Por ejemplo, al pueblo se le indica que mate a los cananeos porque si no lo hacen muy probablemente caerán en idolatría de sus dioses.

Esta no es la ley santa de Dios, esta es una legislación concesionaria, sus compromisos con un pueblo obstinado y arrogante. Como Dios después explicará a través del profeta Ezequiel, “llegué a darles preceptos que no eran buenos y normas con las que no podrían vivir” (ver Ezequiel 20,25).

No era que Dios hubiera abandonado la idea de que el pueblo nunca podría volver a ser santo. Al pedirle a Israel que realizara ofrendas sacrificiales de las primicias de sus rebaños (ver Deuteronomio 15,19-20) en un santuario central (ver Deuteronomio 12,5-18), Moisés esperaba recordarle a Israel su llamado a la santidad. Pero el estándar para la gente estaba muy por debajo de aquel requerido a los Levitas.

Los estudiosos han notado que mientras la alianza en el Éxodo compartía similitudes con las “alianzas familiares” del mundo antiguo, el Deuteronomio asemeja el tipo de alianzas que los reinos harían con los estados vasallos después de conquistarlos y esclavizarlos.



Y el Deuteronomio es un yugo muy pesado, puesto sobre Israel como una carga, destinado a romper los corazones duros de la gente. Pero Moisés predice que esta ley no los salvará de las maldiciones por haber fallado en honrar la alianza.

De hecho, él profetiza que todas las maldiciones de la alianza recaerán sobre Israel algún día (ver Deuteronomio 30,1-10; 31,16-29).

Primero, él parece sugerir que las maldiciones están condicionadas –“Si desoyes la voz de Yahveh tu Dios” (ver Deuteronomio 28,15), y describe en lúgubre detalle los castigos del exilio, despojos y demás (ver Deuteronomio 26,16-68).

Pero dos capítulos más adelante él dice con seguridad que todas estas maldiciones caerán sobre Israel. Pero cuando esto suceda, Moisés promete, Dios los salvará una vez más, mostrará piedad una vez más “si vuelves a Yahveh tu Dios, si escuchas su voz en todo lo que yo te mando hoy” (ver Deuteronomio 30,1-2).

Estas maldiciones que Israel padecerá, Moisés profetiza, finalmente los traerá al arrepentimiento. Y en este punto, él profetiza: “Yahveh tu Dios circuncidará tu corazón y el corazón de tu descendencia, a fin de que ames a Yahveh tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma, para que vivas” (ver Deuteronomio 30,6).

Notemos que antes, Moisés había ordenado al pueblo que circuncidaran sus corazones (ver Deuteronomio 10,16). Pero aquí, al final del Deuteronomio, él reconoce que Israel es incapaz de esto –que solo la gracia de Dios puede cambiar los corazones de la gente.

Durante los años de exilio y cautividad, los profetas exhortaban a Israel a que esperaran por esta promesa.

Ezequiel promete que Dios le dará a la gente un nuevo corazón, y les quitará su corazón de piedra (ver Ezequiel 36,22-28). Jeremías, en el único pasaje del Antiguo Testamento que habla específicamente de una “Nueva Alianza”, dice que Dios escribirá Su ley en los corazones de las personas (ver Jeremías 31,31-33).

Estas promesas esperaran la venida de Jesucristo para su cumplimiento. Moisés había profetizado la venida de “un profeta como yo” (ver Deuteronomio 18,15). Jesús será está profeta (ver Juan 6,14; 7,40; Hechos 3,22; 7,37).



Pero el libro del Deuteronomio cierra con Moisés a la edad de 120 años, muriendo en la cima del Monte Nebo. La tierra prometida a Abraham, Isaac y Jacob estaba a la vista, pero él no entrará.

V. Preguntas de Estudio

1. ¿Cuáles son algunos paralelos entre la vida de Moisés y la vida de Cristo?
2. ¿De cuál alianza Dios “se acuerda” al liberar a Israel de la esclavitud de Egipto?
3. ¿Cómo es presentado Dios en el Éxodo como una Padre amoroso de Su hijo primogénito Israel?
4. ¿Por qué se le llama “la Pascua del Señor” a la Crucifixión y Resurrección de Jesús?
¿Por qué la Pascua del Señor es como la Pascua de Israel en el Éxodo?

Para la oración y reflexión:

Lee el discurso de Nuestro Señor sobre el Pan de Vida (ver Juan 6,27-59) y luego relea la historia del maná en el Éxodo (ver Éxodo 16,1-5; 9-15). Pide en tu oración una mayor comprensión del significado total de las palabras de Nuestro Señor: “Este es el pan bajado del cielo; no como el que comieron vuestros padres, y murieron; el que coma este pan vivirá para siempre”.



Lección 5

Un Trono para todas las Generaciones

Objetivos:

1. Terminar de leer el Antiguo Testamento (de Josué a Malaquías) y leer con comprensión.
2. Comprender la idea general de la historia de Israel a la luz de la alianza de Dios con Abraham.
3. Apreciar la importancia crucial de la alianza eterna de Dios con David.

Contenido:

- I. Repaso y visión de conjunto
- II. Entrada a la Tierra Prometida
 - A. Josué en Jericó
 - B. Púas y espinas prevalecen
 - C. Juzgando por su debilidad
 - D. Nacido en Belén
- III. Los aciertos y desaciertos de los reyes
 - A. Ana la sierva
 - B. Haciendo una monarquía
- IV. El pastor de Israel –Sacerdote y Rey
 - A. El Ungido de Dios
 - B. Jerusalén capital
 - C. Una alianza eterna
 - D. La alianza de Abraham recordada
- V. Entrando al Reino
 - A. La forma de las cosas bajo Salomón
 - B. Salmos y Sabiduría
- VI. Dos naciones bajo Dios
 - A. División del Norte y el Sur
 - B. Haciendo surgir profetas
 - C. Reyes buenos, reyes malos
 - D. Castigados por Babilonia
 - E. Escribiendo en el exilio



- VII. Después del exilio
 - A. Restauración y reconstrucción
 - B. Persecución y revuelta
 - C. Época de los Asmoneos
 - D. La consolación de Israel
- VIII. Preguntas de estudio

I. Repaso y Visión de Conjunto

Con esta lección llegamos a la cumbre del Antiguo Testamento –la promesa de Dios del Reino eterno de David.

Como veremos, la alianza con David está de trasfondo en cada página del resto de la Biblia –efectivamente, hasta la última página del libro del Apocalipsis, donde Jesús revela que Él es “la raíz y el linaje de David”, prometido en la alianza (ver Apocalipsis 22,16).

Será muy útil, entonces, antes de considerar la alianza Davídica, tratar de resumir lo que hemos tratado de conseguir en este curso.

Hemos dicho que la historia de la Biblia es una historia de salvación –del deseo y plan de Dios de otorgar Su bendición, el don de Su vida divina, a toda la creación.

Como el CIC lo presenta: “Desde el comienzo y hasta la consumación de los tiempos, toda la obra de Dios es *bendición*. Desde el poema litúrgico de la primera creación hasta los cánticos de la Jerusalén celestial, los autores inspirados anuncian el designio de salvación como una inmensa bendición divina” (ver CIC 1079).

Conforme el plan de salvación de Dios se desarrolla en las palabras de los autores inspirados, Su labor de bendición se despliega en una secuencia de alianzas.

La premisa de este curso es que al estudiar estas alianzas entramos al corazón de la “visión global” de la Biblia –la forma en que Dios intenta que nosotros comprendamos la historia y el destino del mundo y de nuestras propias vidas (ver “El principio de la Alianza: Testimonio de la Escritura y la Tradición” de la lección uno).



Puesto de otra manera: Las alianzas revelan quién es Dios, quiénes somos nosotros, el significado de nuestras vidas individuales y el destino de nuestras vidas juntos como miembros de la raza humana. Dios se relaciona con Su pueblo –toda la raza humana- y con cada uno de nosotros, individualmente, por medio de la alianza.

Esta premisa se refleja inclusive en la división de la Biblia en “antiguo” y “nuevo” testamento, una palabra que significa alianza.

Hemos identificado cinco alianzas en el Antiguo Testamento –con Adán y la creación, con Noé, con Abraham y sus descendientes, con Moisés e Israel, y finalmente, con David y el reino de Israel.

En un sentido, estas alianzas son todas aspectos de una única alianza –lo que el profeta Daniel llama la “alianza misericordiosa” de Dios (ver Daniel 9,4.27; 11,30.32), lo que el último libro de la Biblia llama “una buena nueva eterna... a los que habitan la tierra, a toda nación, raza, lengua y pueblo” (ver Apocalipsis 14,6).

La alianza empieza con la bendición de todos los seres vivientes, especialmente Adán y Eva (ver Génesis 1,28), los representantes de la raza humana. Esta alianza es renovada en la alianza de Noé (ver Génesis 6,18; 9,9.11).

Con Abraham se le da un enfoque histórico a la alianza, una trayectoria que apunta hacia un futuro en el que todas las naciones serán bendecidas (ver Génesis 17,2.4.7). La alianza con Israel es realizada para cumplir con “su palabra sagrada dada a Abraham su servidor” (Salmos 105,8-12.42). Y como veremos en esta lección, la alianza de Dios con David es realizada para renovar y cumplir la promesa hecha a Abraham.

¿Cuál es el propósito de Dios al realizar Su alianza? Bendecir a la raza humana, transformándola en una familia única de Dios, hacer de cada individuo lo que Adán estaba destinado a ser –un hijo de Dios Altísimo, heredero del reino de los cielos, gobernador de la creación, un “sacerdote” que ve su vida como una labor de adoración y acción de gracias, un sacrificio de alabanza.

El lenguaje de la alianza en el Antiguo Testamento es “marital” o “nupcial” –Dios jura ser el Dios de su pueblo y el pueblo jura ser el pueblo de Dios (ver Levítico 26,12; Deuteronomio 29,12).



Tal como sucede con los votos maritales en la esfera humana, las alianzas de la Biblia crean una familia.

Esto lo vemos desde el principio –Adán y Eva deben “llenar la tierra” con sus hijos (ver Génesis 1,27). Este mandato es renovado en la alianza con Noé (ver Génesis 9,1.9). De la misma manera, Abraham es llamado a ser “el padre de todas las naciones” (ver Génesis 17,4; 22,17-18). Por su alianza con Moisés, Dios establece a Israel como Su “hijo primogénito” a través del cual todos los pueblos del mundo serán bendecidos (ver Éxodo 4,22).

Las uniones de alianza que Dios establece tienen la intención de extender Sus bendiciones, Su familia hasta los confines de la tierra. Todo esto se hace patente con la historia del Reino Davídico.

Pero antes de considerar el reino, necesitamos volver a donde habíamos dejado nuestra historia de salvación.

II. Entrada a la Tierra Prometida



Josué en Jericó

Retomemos la historia con la conquista de Josué, el sucesor elegido de Moisés (ver Deuteronomio 31,14-15.23; 34,9).

El libro de Josué es un puente entre el Pentateuco (el nombre dado a los cinco libros de Moisés –Génesis, Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio) y el resto del Antiguo Testamento.

Josué guía al pueblo a través del Jordán y, en una serie de campañas contra los reyes cananeos (ver Josué 1-12), reclama mucha de la tierra que Dios promete, primero a Abraham y después a Moisés y los israelitas (ver Génesis 17,8; Éxodo 3,8).

Su más famosa batalla no fue para nada una batalla –el sitio de Jericó (Josué 6). Todos conocemos la historia: Por seis días los israelitas marcharon alrededor de la ciudad con siete sacerdotes al frente, cargando el Arca de la Alianza que Dios le ordenó a Moisés construir en el Sinaí para que acompañara al pueblo en sus andanzas (ver Éxodo 25,10.21-22; Números 10,22;



14,44). En el séptimo día, marcharon alrededor de la ciudad siete veces en total, después hicieron sonar un cuerno, dieron un fuerte grito y vieron cómo las paredes de Jericó colapsaban.

Esto iba a ser emblemático del carácter de la conquista que haría Israel de la Tierra Prometida. En cada etapa, ésta era de ser ganada, no por poder militar, sino por medios sacerdotales y religiosos.

Así como los israelitas fueron guiados fuera de Egipto por un cauce seco a través del Mar Rojo, dirigidos por una columna de nube, la presencia de Dios, así también Josué dirige al pueblo por tierra seca a través del Jordán, detrás del Arca de la presencia de Dios (ver Éxodo 12-14: Josué 3,13-14). Su cruce sucede en el mismo mes que el Éxodo (ver Josué 3,15; 5,10) y –de nuevo, tal y como sucedió con Moisés y el Éxodo- son circuncidados y celebran la Pascua antes de cruzar las aguas (ver Josué 5).

El Arca de la Alianza del Señor es crucial para el carácter religioso de la misión de Josué. Como notarán a lo largo de los libros de Josué, Jueces, Reyes y Crónicas, el Arca es el símbolo que define a Israel como el pueblo elegido de Dios. El Arca contiene los signos de la alianza de Dios con Moisés –las tablas de la Ley, el báculo de Aarón, maná del desierto (ver Hebreos 9,4). Esta era la morada de Dios, el signo de Su presencia real entre los israelitas.

Pero hay que notar que ya en Josué, el Arca no es meramente el signo de la deidad “tribal” o “nacional” de Israel. Es un signo del Dios del universo, del único Dios que quiere morar con todos los pueblos.

Como Josué dice: “«En esto conoceréis que el Dios vivo está en medio de vosotros... He aquí que el arca de Yahveh, Señor de toda la tierra, va a pasar el Jordán delante de vosotros” (ver Josué 3,10-11).



Púas y Espinas Prevalecen

A pesar de las victorias de Josué, al momento de su muerte, Israel había conquistado mucho – pero no todo- de la tierra prometida (ver Jueces 1,27-38; 3,1-6).

Este fracaso en asegurar la tierra en su totalidad se convertirá en un factor decisivo en la subsecuente historia del pueblo de Dios.



Dios había ordenado a Israel que expulsaran a todos los habitantes de Canaán y que destruyeran todos sus ídolos (ver Números 33,50-52). Si a algunos cananeos se les permitía permanecer, Dios les advirtió, ellos “se os convertirán en espinas de vuestros ojos y en agujones de vuestros costados y os oprimirán en el país en que vais a habitar. Y yo os trataré a vosotros en la forma en que había pensado tratarles a ellos” (ver Números 33,55-56).

A menudo nos causa problema y encontramos difícil comprender cómo Dios pudo ordenar o permitir a los Israelitas hacer una campaña de genocidio étnico en contra de los pueblos que habitaban en la Tierra Prometida (ver Deuteronomio 20,16-17).

Asesinar en masa, por supuesto, no es el camino de Dios. Lo que vemos en estos mandatos es un ejemplo de la reacia concesión del divino Padre, su penoso acomodo a la debilidad espiritual de Su hijo primogénito.

Más tarde, bajo la monarquía de David y Salomón y la palabra de los profetas, el carácter verdadero de Israel será revelado –un pueblo viviendo entre las naciones como un signo de la providencia y sabiduría de Dios, un pueblo enviado a enseñar y convertir a las naciones a los caminos del Dios viviente.

Pero en esta etapa temprana de su historia, Dios sabe que Sus hijos elegidos no estaban listos, ni espiritual ni moralmente, para vivir entre los paganos idólatras al otro lado del Jordán. Él sabía que nunca podrían vivir entre ellos sin sucumbir ellos mismos a la idolatría (ver Deuteronomio 20,18).



Juzgando por su Debilidad

La historia que leemos en el libro de los Jueces lo confirma.

EL “argumento” de Jueces se centra en la caída repetitiva de los israelitas en la idolatría, su entrega a la adoración de los dioses cananeos. El libro entero, de hecho, gira alrededor de este “probar” la fidelidad de los israelitas a su alianza con Dios.

El narrador de Jueces nos dice que Dios permitió a los paganos permanecer en la Tierra Prometida precisamente para probar la fidelidad de Israel a la alianza –“Sirvieron para probar



con ellos a Israel, a ver si guardaban los mandamientos que Yahveh había prescrito a sus padres por medio de Moisés” (ver Jueces 3,1.4).

Josué había previsto la debilidad de Israel. Al final de su vida, como Moisés, hace un llamado a Israel para renovar su alianza con Dios (ver Josué 24,13-28). Él le dijo al pueblo que debían escoger –“elegid hoy a quién habéis de servir, o a los dioses a quienes servían vuestros padres más allá del río, o a los dioses de los amorreos en cuyo país habitáis ahora” (ver Josué 24,15).

Pero como Moisés, Josué también predijo que ellos no serían capaces de mantener la alianza (ver Josué 24,19; comparar Deuteronomio 31,16.24-29).

Él tenía razón. Israel no pasó la prueba. Éste es el mensaje de Jueces. Es por eso que la historia que leemos ahí parece repetirse en un triste círculo de pecado, castigo, arrepentimiento, perdón y regreso al pecado de nuevo.



Nacido en Belén

Pero aún en medio de la corrupción y debilidad de Su pueblo, Dios continúa desplegando Su plan de salvación. Esto es lo que aprendemos en el libro de Rut, una historia de la vida diaria del “tiempo de los jueces” (ver Rut 1,1).

Rut aparece en este punto del canon de la Biblia como para recordarnos que, más allá de los grandes eventos políticos y militares de la historia de Israel, Dios estaba trabajando calladamente, en las vidas escondidas de la gente ordinaria –inclusive los no israelitas- para dar cumplimiento a sus promesas de la alianza.

Durante la conquista de Josué de la Tierra Prometida, Dios usa a Rajab –una mujer pagana prostituta- para asegurar el éxito de Su plan (ver Josué 2; Hebreos 11,31; Santiago 2,25). Y durante el tiempo de los jueces, Dios también recurre a una mujer pagana, la niña sirvienta Rut, para avanzar en los objetivos de Su plan de salvación –en una manera que también involucra de nuevo a Rajab.

Rajab tuvo la fe para reconocer al Dios de los israelitas como el Dios verdadero (ver Josué 2,11; 6,25). Similarmente, Rut se inclina ante el Dios de los israelitas, usando lenguaje de alianza –“Tu pueblo será mi pueblo y tu Dios será mi Dios” (ver Rut 1,16).



Rut contrae matrimonio con Booz, un hombre justo de Belén quien resulta ser el hijo de Rajab (ver Rut 1,1.19; Mateo 1,5-6). Rut tiene un hijo de Booz, Obed, quien se convertirá en el padre de Jesé. Jesé, como nos dice la última línea del libro, “Jesé engendró a David” (ver Rut 4,17.22).

III. Los Aciertos y Desaciertos de los Reyes



Ana la Sierva

El establecimiento del reino eterno de David, que ocupa el resto de la Biblia –incluyendo el Nuevo Testamento- es preparado por Samuel, el último de los jueces.

Samuel nace en una época de caos moral y político que mejor se refleja en el refrán de Jueces –“En aquel tiempo no había rey en Israel y hacía cada uno lo que le parecía bien” (ver Jueces 17,6; 18,1; 19,1; 21,25).

La infidelidad de Israel, simbolizada por la corrupción del sacerdocio de Elí (ver 1 Samuel 2,12-17.27-36; 3,11-14) es castigada por el ataque de los filisteos, que matan 4,000 israelitas, incluyendo a los hijos malvados de Elí, JofnÍ y Pinjás, y se llevan el Arca de la Alianza. Cuando se entera del robo del Arca, Elí se vuelca de su silla, se quiebra el cuello y muere (ver 1 Samuel 4).

Elí es sucedido por Samuel, nacido como respuesta a las oraciones de una mujer estéril y es consagrado a Dios (ver 1 Samuel 1).

La madre fiel de Samuel, Ana, prepara el camino de María, la madre de Jesús (ver CIC no. 489). Tres veces, Ana se describe a ella misma como la “sierva” del Señor, usando el mismo término que María usará al aceptar ser la madre de Jesús (ver 1 Samuel 1,11.16; Lucas 1,38). En el canto de María, el Magnificat, escuchamos numerosos ecos del himno de acción de gracias de Ana (comparar 1 Samuel 2,1-10; Lucas 1,46-55).



Haciendo una Monarquía



Samuel, el hijo de Ana, crece para convertirse en un hombre bueno y santo que logra llevar a “toda la casa de Israel” de nuevo al Señor (ver 1 Samuel 7,2-3).

Pero en su vejez, el pueblo le demanda que les designe un rey “como todas las naciones” (ver 1 Samuel 8,5).

La petición de Israel es pecaminosa, blasfema. Muestra que ellos todavía no han abrazado su carácter especial de pueblo elegido de Dios, Su primogénito.

“No te han rechazado a ti, me han rechazado a mí, para que no reine sobre ellos”, le dice Dios a Samuel (ver 1 Samuel 8,7; 12,12; 17,19-20).

Moisés había predicho que el pueblo desearía tener un rey. Inclusive hizo provisiones para que cualquier rey israelita sirviera fielmente a los propósitos de Dios –requiriendo especialmente que el rey copiara la Ley de Dios completa y la leyera cada día por el resto de su vida (ver Deuteronomio 17,14-20).

Los israelitas, sin embargo, no están buscando un rey piadoso. Le dicen a Samuel que quieren uno que “irá al frente de nosotros y combatirá nuestros combates” (ver 1 Samuel 8,19-20). Ellos no mencionan a Dios o la adoración y parecen haber olvidado completamente que fueron constituidos originalmente para ser un pueblo santo, sacerdotal (ver Éxodo 19,5-6).

En Saúl, ellos consiguen la clase de rey que quieren, un hombre según su corazón, un rey-guerrero adiestrado en la batalla pero sin ningún interés en la correcta adoración o los mandamientos de Dios. Simbólicamente, durante su primera campaña Saúl ignora las instrucciones de Samuel y ofrece sacrificios sacerdotales él mismo –algo que Dios presumiblemente no quería que Sus reyes hicieran (ver 1 Samuel 13,8-13).

IV. El pastor de Israel – Sacerdote y Rey



El Ungido de Dios

Dios rechaza a Saúl como rey, aunque permite que su reino avance a su amargo final. Mientras tanto, Dios envía a Samuel a ungir calladamente a su sucesor, “un hombre según su



corazón (de Dios)” (ver 1 Samuel 13,14) –David, hijo de Jesé, nieto del Obed el hijo de Rut, un joven pastor anónimo que vivía en Belén.

El Espíritu de Dios viene sobre David al ser ungido (ver 1 Samuel 16,13) y, a través de una serie de aparentes coincidencias, va a dar a la corte de Saúl. David es valiente, pero también temeroso de Dios, como vemos en el famoso episodio de Goliat. Él sabe que, como él mismo dice, “no por la espada ni por la lanza salva Yahveh, porque de Yahveh es el combate” (ver 1 Samuel 17,32-51).

Como continúa 1 Samuel, la humildad y mansedumbre de David, su fidelidad a Dios, se distinguen en marcado contraste con la creciente paranoia y celos de Saúl, que ocasionan que trame conspiraciones asesinas en contra de David (ver 1 Samuel 18,11; 19,9-17).

Aunque tuvo dos oportunidades de matar a su enemigo Saúl, David se niega a hacerlo. ¿Por qué? Porque, él dice, no importa que Saúl sea un canalla, Saúl sigue siendo “el [rey] ungido de Dios” (ver 1 Samuel 24,26).

Cuando Saúl y sus hijos enfrentan su vergonzoso final en manos de los filisteos (ver 1 Samuel 31), David llora su pérdida y se vuelve al Señor buscando su guía (ver 2 Samuel 1,2-4).

Después de organizar las fuerzas leales a Saúl que quedaban, David es ungido rey por todas las tribus de Israel quienes se adhieren a él con un juramento de alianza: “hueso tuyo y carne tuya somos nosotros” (ver 2 Samuel 5,1).

Lo llaman el pastor-rey elegido (ver 2 Samuel 5,2). Es la primera vez que esta imagen es usada en la Biblia para describir al líder de Israel. Ésta se convertirá en una imagen importante en profecías posteriores y en la propia comprensión de Jesús.



Jerusalén Capital

Como pastor y rey, David es un gran político y líder espiritual.

Ordenando su poder militar y su estrategia para fines religiosos, dirige a los Jebuseos para establecer su capital en Jerusalén.

¿Por qué se establece en Jerusalén? La Escritura no nos lo dice exactamente.



Probablemente él se acordó de la historia de Melquisedec, el rey-sacerdote de Salem, quien celebró una liturgia con pan y vino en nombre de Abraham (ver Génesis 14,17-23). Probablemente entendió que Moisés se refería a Jerusalén cuando mandó la construcción de un santuario central en el “lugar elegido por Yahveh vuestro Dios... para poner en él la morada de su nombre” (ver Deuteronomio 12,4-5.11). Aunque Moisés nunca menciona a Jerusalén por nombre, la tradición rabínica sostenía que el nombre de la ciudad de Dios era la ciudad que Melquisedec gobernaba, misma que los Salmos de David identifican como Jerusalén (ver Salmos 76,3).

De cualquier manera, David parecía haber sabido que el Señor había escogido Jerusalén para Su Arca (ver Salmos 132,13-14). Y los eventos que resultan lo muestran comportándose casi conscientemente como un “nuevo Melquisedec”.

Una vez que ha capturado Jerusalén, recupera el Arca de la Alianza del Señor la cual, como enfáticamente lo dice, “no nos hemos preocupado de ella desde los días de Saúl” (ver 1 Crónicas 13,3).

David dirige a todo Israel en una ceremonia religiosa jubilosa por el retorno del Arca, ofreciendo sacrificios, bendiciendo al pueblo y compartiendo pan (ver 2 Samuel 6,13-19; 1 Crónicas 15,25-29).

David aparece restableciendo en su persona el “sacerdocio real” que Dios pretendió para Israel (ver Éxodo 19,3-6). Esta vocación, como lo vimos en la lección anterior, fue abandonada por Israel en la apostasía del becerro de oro –dando como resultado el establecimiento de una casta sacerdotal separada, los Levitas.

David viste el efod sacerdotal (ver Jueces 8,28; 1 Samuel 14,3; 21,9; 22,18; 23,9). Realiza las tareas sacerdotales de colocar el Arca en la tienda (ver Números 1,51; 4,1-33), ofrecer holocaustos (ver Números 3,6-8.14-38; 4,47; 6,16-17; 8,14-26), y bendecir a la gente (ver Números 6,22-27; Deuteronomio 10,8; 21,5).

Habiendo establecido al Señor –“mora en Jerusalén para siempre” (ver 1 Crónicas 23,25) – David entonces restablece el sacerdocio. Designó a los descendientes de Aarón para que fueran “funcionarios del lugar sagrado y funcionarios de la divina presencia” (ver 1 Crónicas 24,3.5.19).



Restableció los sacerdotes Levíticos para “hacer el servicio delante del arca de Yahveh, celebrando, glorificando y alabando a Yahveh, el Dios de Israel” (ver 1 Crónicas 16,4; 23,25-32).

Tal como es descrito en el Primer Libro de Crónicas, especialmente, David es tanto un sacerdote santo como un rey recto y valeroso.

De hecho, debemos leer los dos libros de Crónicas al lado de los libros de Samuel y Reyes. Ellos narran la misma historia desde dos perspectivas diferentes. Las Crónicas no son simplemente un recuento de los dramas políticos y personales registrados en Samuel y Reyes.

Empezando con Adán, el cronista nos da una historia litúrgica del Israel antiguo, mostrándonos que desde el principio Dios pretendió que Su pueblo fuera un pueblo sacerdotal, ofreciendo alabanza y sacrificio y viviendo de acuerdo a sus decretos. Crónicas describe a David como el líder ideal de Dios –el sacerdote-rey, el gobernante recto que compone salmos, guía a su pueblo en adoración, y es un maestro de la sabiduría de Dios. En el Reino Davídico, se nos da un vistazo del mundo como Dios pretende que sea –una comunión de lo sagrado y lo secular, de ley y adoración, religión y cultura, Iglesia y estado.



Una Alianza Eterna

Dios hace Su alianza final del Antiguo Testamento con David. Él promete establecer el reino de David como una dinastía eterna y perpetua, promete que los herederos de David se sentarán en el trono por siempre. Promete, también, que considerará al heredero de David como Su propio hijo.

Asegúrense de dedicar un tiempo leyendo sobre este juramento de alianza (ver 2 Samuel 7,8-16; 1 Crónicas 17,7-14). Estos versos están entre los más importantes de toda la Biblia.

Las promesas que Dios hace aquí –los temas de la filiación divina, la construcción del templo, la dinastía eterna- resonarán a lo largo del resto del Antiguo Testamento, convergiendo finalmente en el Evangelio de Jesús.

Avancen hasta la última página de la Biblia. Ahí encontrarán a Jesús hablando acerca de esta alianza, diciendo que Él mismo es el cumplimiento de esa alianza: “Yo soy la raíz y el linaje de David” (ver Apocalipsis 22,16).



¿Por qué la llamamos “alianza” cuando Dios no usa esa palabra? Porque el mismo David dirá más adelante que Dios estaba aquí jurando una “alianza eterna” con él (ver 2 Samuel 23,5). La “alianza” de David es también celebrada en los Salmos de David (ver Salmos 89,4-29; 132,12).

Pongamos por separado las promesas de esta alianza, y revisémoslas en orden:

1. El Señor edificará una casa para ti: “Casa” significa dinastía real, por lo tanto esto significa que el reino de David será una dinastía. *“El Señor te anuncia que Él te edificará una casa (2 Samuel 7,11).”*
2. Yo levantaré a tu heredero... y haré su reino firme: El hijo de David gobernará sobre su reino. *“Cuando hallas completado los días de tu vida y descanses con tus padres, suscitaré después de ti un linaje salido de tus entrañas y consolidaré su reino” (2 Samuel 7,12).*
3. Él construirá una casa para mi nombre: El hijo de David construirá un templo para el Arca de la Alianza. *“Él edificará una casa en honor de mi nombre y yo mantendré el trono de su realeza para siempre” (2 Samuel 7,13).*
4. Yo seré un Padre para él y él será un hijo para Mí: El hijo de David será adoptado como hijo propio de Dios. Es la primera vez que la idea de filiación divina es aplicada a un individuo. Aunque Dios se había referido a Israel como Su primogénito, nadie en la Biblia había sido llamado “hijo de Dios”. *“Yo seré para él un padre y él será para mí un hijo” (2 Samuel 7,14).*
5. Si algo hace mal, lo corregiré... con castigos humanos, pero no retiraré de él mi favor: Si el hijo de David incumple Su Ley, Dios le enviará castigos pero nunca lo repudiará como lo hizo con Saúl. *“si algo hace mal le castigaré con vara de hombres y con golpes humanos. Pero no apartaré de él mi amor como lo aparté de Saúl a quien alejé de tu presencia” (2 Samuel 7,14-15).*
6. Tu casa y tu reino durarán por siempre: La dinastía de David nunca terminará. Siempre habrá un heredero de David sentado en su trono. *“Tu casa y tu reino permanecerán para siempre en mi presencia y tu trono será firme también para siempre” (2 Samuel 7,16).*



La Alianza de Abraham Recordada

Esta alianza no es simplemente una recompensa a David por su servicio fiel.



Debemos entenderla como el final en la línea de alianzas que Dios ha estado haciendo con Su pueblo a través de la historia de salvación registrada en la Biblia. En efecto, ésta es una alianza realizada para dar cumplimiento a la alianza que Dios hizo con Abraham.

¿Recuerdan por qué Dios liberó a los israelitas de Egipto? Debido a Su alianza con Abraham (ver Éxodo 2,24; 6,5).

Dios prometió hacer a Abraham padre de una multitud de naciones, y le prometió también que reyes saldrían de su línea de descendientes. Él prometió que sería su Dios y que ellos serían Su pueblo por siempre, y que todas las naciones del mundo encontrarían bendición a través de sus descendientes. (ver Génesis 17,4-8; 22,15-18).

La alianza Mosaica, la alianza que Dios hizo con Moisés en el Sinaí, marcó lo que pudiéramos describir como la “primera etapa” del plan de Dios para cumplir Su alianza hecha con Abraham (ver Éxodo 33,1; Números 32,11; Deuteronomio 1,8; 9,5; 30,20).

La alianza con David avanza el plan de alianza de Dios por el cual todo el mundo sería hecho hijo de Abraham, hijos e hijas bendecidas y amadas de Dios (ver 2 Reyes 13,23; Salmos 102,45; Jeremías 33,26).

Notemos las razones que Dios da para la alianza con David. No es por David, sino –como el Señor lo repite tres veces- por “mi pueblo Israel” (ver 2 Samuel 7,8.10.11).

Esto recuerda el lenguaje que Dios uso a lo largo de la historia de liberación de Israel de la tierra de Egipto (ver Éxodo 3,7.10; 5,1; 6,7; 7,17; 9,1; Levítico 26,12).

Pongan cuidadosa atención, también, a la oración que hace David en respuesta al oráculo del Señor. Ésta es su juramento de lealtad a la alianza de Dios.

Está llena de ecos y citas de Moisés –todas enfatizando que, como Dice David: “Tú te has constituido a tu pueblo Israel para que sea tu pueblo para siempre, y tú, Yahveh, eres su Dios” (comparar 2 Samuel 7,22-25; Éxodo 15,11-13.16-17; Deuteronomio 4,7.34; 7,6; 26,17; 29,12).

La alianza con David es una continuación del gran trabajo redentor del Éxodo, el establecimiento del pueblo santo de Dios, Israel –un trabajo de salvación emprendido en cumplimiento de la promesa de Dios dada a Abraham en su alianza.



Como dice David: “Recordad eternamente su alianza, la palabra mandada por mil generaciones, la alianza sellada con Abraham, el juramento hecho a Isaac, confirmado a Jacob como ley, a Israel como alianza eterna” (ver 1 Crónicas 16,14-18).

El status de primogénito real sacerdotal, otorgado a David por esta alianza, está inseparablemente ligado al sacerdocio real que a Israel, como semilla de Abraham e hijo primogénito de Dios, le fue ofrecido en el Monte Sinaí. Juntos, el rey y la nación de Israel, ahora comparten el llamado de la alianza de ser fuente de bendiciones para todas las naciones, de ser el instrumento por el cual la divina verdad y justicia de Dios serán establecidas sobre la tierra.

La alianza con David cambia el carácter del pueblo de alianza de Dios, de un estado nación a un reino internacional, un imperio mundial. No es solo político y temporal, sino espiritual y eterno. El rey no es solamente humano, sino divino, un hijo de Dios.

Escuchamos la voz de Dios cantando en el Salmo 89: “La misericordia está edificada para siempre... Afirmaré tu descendencia para siempre, construiré tu trono por todas las generaciones... Él me invocará: ‘Tú eres mi Padre, mi Dios, la Roca de mi salvación’. Yo lo constituiré mi primogénito, el más eximio entre los reyes de la tierra” (ver Salmos 89,3-5.27-28).

V. Entrando al Reino



La Forma de las Cosas Bajo Salomón

La alianza Davídica es el evento culminante en la historia de salvación del Antiguo Testamento. Por supuesto, el cumplimiento del plan de Dios aguarda la venida de Jesús y el establecimiento del Reino de Dios, la Iglesia Católica.

Pero podemos detectar en el Reino Davídico, especialmente conforme toma forma bajo el reino del hijo de David, el Rey Salomón, las cualidades y el carácter que Dios se propone para Su familia en la tierra –una intención que solo será finalmente realizada en la Iglesia Católica.

La monarquía de Salomón es una monarquía regida por el hijo de Dios (ver Salmos 2,7), quien es sacerdote y rey (ver Salmos 110,1.4). A la mano derecha del Rey está su madre, la Reina,



quien intercede por el pueblo ante el rey y es su confiable consejera (ver 1 Reyes 3,19-20; Proverbios 31).

Los asuntos del día a día del reino son administrados por un primer ministro, llamado “visir” real, el “mayordomo” o “señor del palacio”. Él es considerado “un padre para los habitantes” del Reino (ver 1 Reyes 16,9; 18,3; 2 Reyes 15,5; 18,18.37; 19,2; Isaías 22,2).

El Reino Davídico es un imperio internacional, un reino mundial, extendiéndose hasta los confines de la tierra y abrazando a todas las naciones y pueblos (ver Salmos 2,8; 72,8.11).

Como eco a la promesa de Dios hecha a Abraham y sus descendientes, las Escrituras nos dicen que a través del Rey Davídico y su Reino “serán benditas todas las tribus de la tierra; todas las naciones lo proclamarán dichoso” (ver Salmos 72,17).

El Reino, con su capital Sión, Jerusalén, se convertirá en madre de todas las naciones, “Este hombre y aquél, han nacido en ella” (ver Salmos 87,5), todos hecho hijos e hijas de Dios en una familia mundial.

Es un Reino que rige, no por poder militar, sino a través de la liturgia y la oración, sabiduría y ley. La liturgia y adoración del reino está moldeada por la eterna presencia de Dios en el Arca en el Templo de Jerusalén.

Salomón construyó el Templo en el Monte Moriá (ver 2 Crónicas 3,1). Recordemos que el Monte Moriá fue a donde Abraham fue enviado a sacrificar a su hijo amado, Isaac (ver Génesis 22,2). Es muy interesante que estos son los únicos dos lugares en la Biblia donde se menciona el Monte Moriá, y el Calvario, donde Jesús es crucificado, es una de las colinas en la cordillera de Moriá.

El Templo, en la cumbre de la montaña santa de Sión, es la “morada... [del] Dios de dioses” (ver Salmos 84,2.8; 1 Reyes 8,27-30). En Su trono, el cielo y la tierra se juntan (ver Salmos 78,68-69).

Otra característica del Reino es el “sacerdocio eterno” que Dios promete a Pijás, el nieto de Aarón (ver Números 25,10-13). Salomón restableció el sacerdocio haciendo a Sadoq sumo sacerdote y a sus hijos “oficiales del lugar santo y oficiales de la divina presencia” (ver 1 Reyes 2,35).



El Templo debía ser más que un trono para el pueblo elegido de Israel. Debía ser una casa de oración para todos los pueblos. Esto fue lo que Salomón pidió en oración –que “todos los pueblos de la tierra conozcan tu Nombre y te teman como tu pueblo Israel” (ver 1 Reyes 8,41-43).

Una nueva forma de adoración caracteriza al Templo de Salomón y al Reino Davídico.

La oración en el Reino se convierte en un encuentro personal con el Dios viviente: “Envía tu luz y tu verdad; que ellos me guíen y me conduzcan a tu monte santo, a tus moradas; Y me acercaré al altar de Dios, al Dios de mi alegría y de mi gozo, y te alabaré con la cítara, ¡oh, Dios mío! ¿Por qué te abates, alma mía? ¿Por qué te me turbas? Espera en Dios, que aún podré alabarlo, salvación de mi rostro y Dios mío” (ver Salmos 43,3-5).

La liturgia de Moisés y el Sinaí requerían sacrificios y ofrendas de animales por los pecados del pueblo. En la liturgia de Sión, el pueblo trae “un sacrificio de acción de gracias”, conocido en hebreo como *todah*, traducido al griego como *eucaristía* (ver 1 Crónicas 16,4.7-37).

La Pascua, la fiesta que caracterizaba la liturgia del Sinaí, recordaba los hechos salvíficos de Dios en el Éxodo. El *todah*, también, es una celebración de remembranza, que a menudo involucra la ofrenda de pan sin levadura y vino. Es una oración en la cual el creyente proclama las acciones salvadoras de Dios, da gracias por la salvación de Dios, y se jura a sí mismo a una vida de alabanza y sacrificio personal.

Ecos del *todah* se pueden escuchar a lo largo del libro de los Salmos, las oraciones y cantos reales del Reino Davídico. Por ejemplo, en el Salmo 116: “Ha guardado mi alma de la muerte... Sacrificio te ofreceré de acción de gracias... Cumpliré mis votos a Yahveh...” (ver Salmos 116,8.17-18; 50,13-15; 40,1-12; 51,17).

En los sacrificios de acción de gracias del reino Davídico, vemos la dimensión real de la adoración –la manera en que Dios quería que los hombres y mujeres lo sirvieran desde el principio. No en degradación y servidumbre, no con sangre de animales, sino con todo su corazón, toda su vida hecha sacrificio de alabanza y agradecimiento, toda su vida ofrecida a la voluntad y el corazón de Dios.

“Pues no te agrada el sacrificio, si ofrezco un holocausto no lo aceptas. El sacrificio a Dios es un espíritu contrito; un corazón contrito y humillado, oh Dios, no lo desprecias” (ver Salmos 51,18-19).



“Ni sacrificio ni oblación querías, pero el oído me has abierto; no pedías holocaustos ni víctimas, dije entonces: Heme aquí, que vengo. Se me ha prescrito en el rollo del libro, hacer tu voluntad. Oh Dios mío, en tu ley me complazco en el fondo de mi ser” (ver Salmos 40,7-9).



Salmos y Sabiduría

Busquemos el espíritu de ofrenda de la propia persona y de acción de gracias al leer el libro de Salmos.

Tradicionalmente asociados a David, muchos de los salmos fueron sin duda escritos por él. Todos ellos reflejan su corazón, el cual, como hemos visto, refleja el propio corazón del Señor (ver 1 Samuel 13,14).

Rezados diariamente, inclusive cada hora, los salmos pretendían darle al pueblo de la alianza de Dios un nuevo corazón –aquél de David, aquél del Señor.

Los salmos enseñan a los hijos e hijas reales de Dios cómo rezar –cómo alabar, agradecer, pedir y prometer fidelidad a su Padre. Los salmos le enseñan al pueblo de Dios la historia de su salvación y la historia de la fidelidad de Dios a Su plan de alianza (ver Salmos 78; 105-106; 135-136).

Subyacente en todas las variedades de salmos está el deseo del Padre de infundir en Sus hijos un amor por Sus caminos y Su ley: “Me enseñarás el camino de la vida, hartura de goces, delante de tu rostro” (ver Salmos 16,11).

Los salmos le enseñan al pueblo de Dios a buscar Su sabiduría y Su ley (ver Salmos 37,31; 90,12). En esto, los salmos están estrechamente ligados a otro gran legado espiritual del Reino Davídico –la literatura bíblica de la sabiduría.

Los Salmos están asociados con David. La literatura bíblica de la sabiduría –los libros de Job, Proverbios, Eclesiástico, la Canción de Salomón (Cantar de los cantares), Sabiduría y Sirácida– están asociados con el hijo de David, Salomón, quien tradicionalmente es considerado como el autor de cuatro de los libros.



La sabiduría de Salomón fue un regalo divino (ver 1 Crónicas 1,7-12). Y su reputación de ser un hombre sabio atrajo a la Reina de Sabá y a “todos los reyes de la tierra” a pedir audiencias con él y a pagarle tributo (ver 1 Reyes 10,1-13; 24-25).

Pensemos en los libros de la sabiduría como registros de las cosas que Salomón le dijo a la Reina y a los reyes de las naciones.

Leídos en su lugar en la biblia, los libros de la sabiduría funcionan como una especie de instrucción paternal –Dios Padre, a través de su hijo divino, el rey, enseñando a Su familia mundial cómo vivir. Esto se ve más claramente en Proverbios, presentado como el consejo de un padre a su hijo (excepto en Proverbios 31, se piensa que ésta es la enseñanza de la Reina Madre dada a su hijo, el rey).

Conforme leamos la literatura de la sabiduría, debemos entender que, como en el caso de los salmos, estos libros están diseñados para instruir y formar a los hijos de la familia universal de Dios.

Este es el significado del extraño pasaje en la oración de acción de gracias de David por Su alianza –“This too you have shown to man” (“Es el designio de este hombre”) (ver 2 Samuel 7,19). La frase en hebreo es “*torah ‘adam*” –literalmente, “la ley de la humanidad”. Esto es lo que la sabiduría es –ley de Dios, dada a través de Su rey, para todos los hombres y mujeres.

El Reino Davídico fue establecido para ser un reino universal, mundial, eterno. La literatura de la sabiduría tiene como objetivo la formación moral y espiritual de este reino. Son los estatutos de la nueva familia que Dios quiere crear a través de Su alianza con David.

Los libros de la sabiduría tienen la intención de instruir a personas como Job, un hombre justo, no judío, quien, en su extraordinario sufrimiento, busca el conocimiento salvador y la redención: “Pues la sabiduría, ¿de dónde proviene?, ¿cuál es el lugar de la inteligencia?”

Job finalmente llega a la respuesta: “En el temor del Señor está la sabiduría” (ver Job 28,20.23.28).

Este es el refrán que escucharemos correr bajo todo consejo práctico encontrado en estos libros: “Principio de la sabiduría es el temor del Señor” (ver Proverbios 9,10).



Por supuesto, “temor del Señor” no significa encogerse de miedo ante el Señor. Significa reverencia y sobrecogimiento, la confianza amorosa de un niño: “Toda sabiduría es temor del Señor, y en toda sabiduría se practica la Ley” (ver Sirácida 19,20).

La Ley dada a Moisés es vista en la literatura de la Sabiduría como el reflejo perfecto de la sabiduría divina. Algunas veces, veremos inclusive a la Sabiduría descrita como una Persona divina –una comunicación de Dios, quien “creó la sabiduría... la ha infundido en todas sus obras” (ver Sirácida 1,9-10, Proverbios 8).

VI. Dos Naciones Bajo Dios



División del Norte y el Sur

El reino se desintegró después de Salomón. De hecho, el mismo rey sabio había sembrado las semillas de su destrucción.

Siempre hubo un lado oscuro en la sabiduría de Salomón –su insaciable apetito por la riqueza, el poder y las mujeres.

Salomón gravó en exceso a las tribus israelitas para financiar sus grandes proyectos de construcción y la formación de un ejército enorme (ver 1 Reyes 9; 12,3). A él llegaban 666 talentos de oro cada año (ver 1 Reyes 10,14). Es interesante notar que 666 es el número de la bestia del mal en el último libro de la Biblia, lo que adiciona que “se necesita sabiduría” para comprender lo que esto significa (ver Apocalipsis 13,17-18).

Tal como sucedía con su padre David, Salomón también tenía una debilidad por las mujeres. Recordemos que Salomón nació de Betsabé, la esposa que David tomó después de haber cometido adulterio con ella y haber hecho matar a su esposo para cubrir su pecado (ver 2 Samuel 11 – 12,25).

La lujuria de Salomón eclipsó la de su padre por mucho. Aunque la ley de Dios prohibía los matrimonios mixtos con no-israelitas, “El rey Salomón amó a muchas mujeres extranjeras” – tuvo 700 esposas y 300 concubinas. “Y”, la escritura dice, “sus mujeres inclinaron su corazón tras otros dioses” (1 Reyes 11, 1-4).



Cuando Salomón murió, su hijo Roboam rechazó las súplicas de las tribus de que disminuyera su carga tributaria. Ellas se rebelaron. Diez de las doce tribus, lideradas por Jeroboam, se separaron y establecieron el Reino del Norte, dejando a Roboam reinando sobre dos pequeñas tribus, Judá y Benjamín, en el Sur.

La fractura del Reino Davídico es un hecho crucial que debemos tener en mente conforme leamos el resto de la Biblia, especialmente los profetas.

A partir de este punto, cuando leamos acerca de “Israel”, pensemos en el “Reino del Norte” – las diez tribus que se separaron bajo Jeroboam. Algunas veces se referirá a Israel o el Reino del Norte como “Efraín” o “Samaria” o “José”.

Y cuando leamos acerca de “Judá” o “Benjamín” o la “Casa de David”, pensemos en el “Reino del Sur” – las dos tribus que continuaron su adoración en Jerusalén.

También leeremos la frase “todo Israel”, especialmente en Crónicas (ver 1 Reyes 12,1; 1 Crónicas 13,6.8; 2 Crónicas 12,1; 18,6). Esto se refiere al Reino como Dios lo estableció y lo pensó –antes de la división de Roboam- el reino de David que Dios promete que Él restablecerá algún día.

Entonces, la Escritura nos dice, “Israel está en desobediencia contra la casa de David hasta el día de hoy” (ver 2 Crónicas 10,19; 1 Reyes 12,19).

Esto significa que debido al cisma de Jeroboam, las diez tribus del Reino del Norte (Israel) se cercenaron ellos mismos de la Alianza de Dios con David –la alianza por medio de la cual el hijo de David sería Rey de todo Israel por todos los tiempos, y todo Israel debía rendir culto en el santuario central de Jerusalén.

La alianza con David no justificó el comportamiento vergonzoso y cruel de Salomón. La alianza de Dios nunca tuvo la intención de poner el reino Davídico por encima de la Ley de Moisés.

David le explicó esto a Salomón él mismo (ver 1 Reyes 2,2-4; 8,25; 9.4-5; Salmos 132,12). La promesa de Dios no era un cheque en blanco. Si Salomón o cualquier rey Davídico violaban la Ley de Dios, sería castigado –aunque su reino no fuera aniquilado (ver 2 Samuel 7,14-15).

Siempre fiel a Su palabra, Dios castigó a Salomón permitiendo la rebelión de Jeroboam (ver 1 Reyes 11,31-39).



Las tribus del Norte casi de inmediato cayeron en apostasía. Jeroboam construye altares a los dioses paganos en Betel y Dan. Inclusive realiza de nuevo el gran pecado del incidente del becerro de oro (ver 1 Reyes 12,28-29; Éxodo 32,4).



Haciendo Surgir Profetas

La idolatría de Jeroboam, desafortunadamente, fija el patrón para el resto de los libros de Reyes y Crónicas. No nos apuremos si no podemos seguir la sucesión de reyes y reformadores en los libros restantes de la Biblia. Tratemos de enfocarnos en los patrones de pecado, castigo y reforma.

Notemos que David es la medida contra la cual se compara a cada rey (ver 2 Reyes 16,2; 22,2).

Y pongamos atención, especialmente, en cómo Dios todavía intenta engendrar a Su familia a pesar de su debilidad, su infidelidad y su descarrío.

El período de la monarquía dividida es cuando Dios empieza a hacer surgir profetas para que transmitan Su palabra a Su pueblo, denunciar sus violaciones a la alianza, llamarlos al arrepentimiento, a que regresen a Dios. Ellos juegan un papel muy importante también en ayudar a fortalecer la esperanza del pequeño resto que permanece fiel.

Entonces vemos a Elías profetizando en el Reino del Norte, hablando en contra del malvado rey Ajab y su esposa idólatra Jezabel, entablando una confrontación con los profetas falsos de Baal (ver 1 Reyes 17 – 2 Reyes 1,16). Su trabajo es continuado por Eliseo (ver 2 Reyes 2 – 13).

Además, a mediados del siglo octavo, alrededor del reinado de Jeroboam II (ver 2 Reyes 14,23-29), Oseas condena “el becerro de Samaria” y desdeña la prostitución del templo y otros escándalos del culto de Baal (ver Oseas 4,14; 8,4-6; 10,5-6; 13,1-2).

Amós, también, durante este período condena las infidelidades y las injusticias económicas del Reino del Norte lo mismo que los pecados de las naciones (ver Amós 1,3 – 2,3).

Amós nos recuerda que, aún y que Israel y Judá parecen estar muy lejos de Dios ahora, Él todavía desea cumplir su plan Paternal para “toda la familia que yo hice subir del país de Egipto” (ver Amós 3,1).



El Reino del Norte fue destruido en el 722 A.C., invadido por los viciosos asirios. Un documento asirio del período describe la deportación de cerca de 30,000 israelitas.

La Biblia nos dice por qué esto tuvo que suceder: “Esto sucedió porque los israelitas habían pecado contra Yahveh su Dios... y habían reverenciado a otros dioses... Despreciaron sus decretos y la alianza que hizo con sus padres...” (ver 2 Reyes 17,7-18).



Reyes Buenos, Reyes Malos

Mientras Israel caía, el Reino del Sur de Judá disfrutó de un breve período de relativa paz y fidelidad religiosa bajo el buen rey Ezequías, guiado por el profeta Isaías y la ardiente predicación de Miqueas (ver Jeremías 26,17-19).

Pero ambos vieron la corrupción moral y religiosa del Norte extenderse en el Reino del Sur. Cuando los asirios invadieron Judá en el 701 A.C., Isaías los vio como un instrumento de Dios – “bastón de mi ira... Contra gente impía” (ver Isaías 10,5-6).

Las cosas de hecho se pusieron en Judá tan mal como en Israel. El hijo de Ezequías, Manasés, construyó altares a los dioses falsos en el templo, “Hizo pasar a su hijo por el fuego” y “derramó también sangre inocente en tan gran cantidad que llenó a Jerusalén de punta a cabo” (ver 2 reyes 21,1-9.16); ver también 2 Reyes 16,3; 17,7).

Debido a los pecados de Manasés, Dios prometió “Voy a hacer venir sobre Jerusalén y Judá un mal tan grande que a quienes lo oyeren les zumbarán los oídos” (ver 2 Reyes 21,12).

Durante este tiempo, el profeta Sofonías advirtió del “día del Señor”, un castigo por la maldad y las prácticas paganas que envilecían a Judá (ver Sofonías 1,4-6.14).

Pero pasaría una generación antes de que esto sucediera.

Bajo el reino del buen rey Josías, “el libro de la alianza” fue encontrado en el Templo (ver 2 reyes 22,8). Leamos la historia –tanto ha caído el pueblo, que tal pareciera que habían olvidado que la Ley había sido dada a sus antepasados.

Josías está celoso por realizar una reforma y el pueblo jura vivir bajo los “términos de la alianza”. Él emprende una purificación del Templo, del culto de prostitución y otras



abominaciones. Finalmente, ordena la celebración de la Pascua. Increíblemente, es la primera vez que la fiesta había sido celebrada desde el tiempo de los jueces (ver 2 Reyes 23).

Durante todos estos sucesos, Josías cuenta con el apoyo vocal de uno de los grandes profetas de Dios, Jeremías (ver Jeremías 1,1 – 6,30).



Castigados por Babilonia

En el 597, el rey Nabucodonosor de Babilonia invadió Jerusalén, ejecutando el juicio de Dios sobre Judá por los pecados de Manasés (ver 2 Reyes 24,3-4).

Antes de la invasión, el profeta Habacuc había predicho que Babilonia sería levantada por Dios para castigar a Jerusalén –“la ciudad, rebelde y poblada... Sus sacerdotes profanan lo que es santo y violentan la Ley” (ver Habacuc 1,6; 3,1.4).

Después de diez años de ocupación babilónica, el rey de Judá Sedecías trató de montar una rebelión. Babilonia respondió con una brutalidad abrumadora –aplastando la ciudad, destruyendo el Templo y enviando a miles al exilio (ver 2 Reyes 24-25; Jeremías 52).

Todo esto también lo registra Jeremías (ver Jeremías 34). La Escritura nos dice que Jeremías escondió el Arca de la Alianza para que no fuera a ser profanada por los babilonios, profetizando que ésta no sería encontrada de nuevo “hasta que Dios vuelva a reunir a su pueblo y le sea propicio” (ver 2 Macabeos 2,4-8).

En su patetismo y desesperación, la destrucción de Jerusalén es presentada dramáticamente por un testigo en Lamentaciones, un libro tradicionalmente atribuido a Jeremías.

Entre aquellos desterrados de Jerusalén se encontraban los profetas Ezequiel y Baruc, éste último, secretario de Jeremías. Baruc buscó fortalecer a los desterrados, prometiendo un fin al exilio y la restauración de Jerusalén (ver Baruc 4,30 – 5,9).

Ezequiel, también buscó confortar a los afligidos, prometiendo una futura salvación para todo Israel –promesas que veremos con mayor detalle más adelante.



Escribiendo en el Exilio

Aunque la profecía de Daniel fue escrita cerca de 350 años más tarde, la historia que narra se sitúa durante la cautividad de Babilonia.

Daniel vive en Babilonia y es profeta de Nabucodonosor y los reyes subsecuentes en Babilonia. Estas partes de Daniel (ver Daniel 1-6) son similares a 3 libros curiosos incluidos entre los libros históricos de la Biblia –Tobías, Judit y Esther.

Por su lugar en el canon, estos libros se convierten en meditaciones acerca de cómo la fe de Israel y su identidad religiosa han de ser preservadas fuera de la Tierra Prometida –en el exilio, de cara al sufrimiento inmerecido, de cara a la persecución. En cada uno de estos libros, notemos cómo unos israelitas ordinarios –una viuda, un hombre ciego y su hijo y una joven novia, una joven virgen- son los héroes, manteniendo la fe viva y salvando al pueblo.

Por ejemplo, Tobías es situado entre los exiliados del Norte, viviendo en Nínive alrededor del año 721. Muestra cómo una familia israelita protege y nutre la fe.

El himno conclusivo de alabanza de Tobit promete que Dios es un “Padre y Dios por todos los siglos” y que, aunque Él ha azotado a los exiliados por sus iniquidades, en Su misericordia Él los restaurará de entre las naciones donde han sido dispersados (ver Tobías 13,4-5).

VII. Después del Exilio



Restauración y Reconstrucción

Jeremías profetizó que el exilio en Babilonia duraría 70 años (ver Jeremías 25,12; 29,10). De hecho duró un poco más de la mitad de ese tiempo. En el 538 aC Babilonia fue derrotada por los persas, liderados por el rey Ciro.

Ciro emitió un edicto para dejar al pueblo de Dios regresar a Jerusalén e inclusive ayudó a fondear la reconstrucción del Templo destrozado por Nabucodonosor (ver Esdras 1,2-4; 6,3-5; Isaías 44,24.28; 45,1-3.13).



El resto que regresó a Jerusalén no fue necesariamente el pueblo más piadoso y temeroso de Dios. El profeta Malaquías nos da una ventana excepcional sobre el estado espiritual de los exiliados que regresaron –denunciando la corrupción del sacerdocio y la laxitud moral de la gente ordinaria.

La historia completa del regreso de Judá y la restauración de Jerusalén es narrada en los libros de Esdras y Nehemías. Si quisiéramos reconstruir la historia de este período, conviene leer los libros en este orden: Esdras 1-6; Nehemías 1-7; Esdras 7-10; Nehemías 8-10.

La primera tarea a realizar era la reconstrucción del Templo, el cual es referido algunas veces como el Segundo Templo, siendo el primero, por supuesto, el que Salomón construyó. El trabajo en el nuevo Templo fue alentado con insistencia por dos profetas de la época de la restauración –Ageo y Zacarías (ver Esdras 5,1-2; Ageo 2,1-9; Zacarías 1,16).

Cuando éste estuvo completo, Esdras guió a la gente en una renovación solemne de su alianza con Dios (ver Nehemías 8-10).

La ceremonia incluye una larga oración de Esdras que narra de nuevo la historia de la alianza de amor de Dios y Su plan salvador, empezando desde la creación del mundo (ver Esdras 9,6 – 10,1).

La oración de Esdras nos da un muy buen resumen del mensaje de la historia bíblica –“Mas en tu inmensa ternura no los acabaste, no los abandonaste, porque eres tú Dios clemente y lleno de ternura. Ahora, pues, oh Dios nuestro, tú, Dios grande, poderoso y temible, que mantienes la alianza y el amor, no menosprecies esta miseria que ha caído sobre nosotros, sobre nuestros reyes y príncipes, nuestros sacerdotes y profetas, sobre todo tu pueblo, desde los tiempos de los reyes de Asiria hasta el día de hoy. Has sido justo en todo lo que nos ha sobrevenido, pues tú fuiste fiel, y nosotros malvados” (ver Nehemías 9,31-33).

Este fue un período de orgullo nacional renovado y de optimismo en Judá. Los profetas Abdías y Joel anticiparon la exaltación de Sión y la venida de un juicio sobre las naciones (ver Abdías; Joel 4). El profeta Jonás predicó lo impensable: la conversión de Nínive, la ciudad capital del más temido enemigo de Israel.



Persecución y Revuelta

El relativamente benévolo Imperio Persa fue derrotado en el 331 aC por los griegos bajo Felipe de Macedonia y su hijo, Alejandro el Grande.

La Tierra Santa cayó en control de una serie de reyes extranjeros cada vez más hostiles. La historia de esta época, que cierra el período del Antiguo Testamento y nos lleva al tiempo de unos 100 años antes de Cristo, es narrada en los dos libros de los Macabeos.

Macabeos, como otros libros en la Biblia, pretenden dar una interpretación religiosa de la historia de este período.

El mensaje es familiar –cómo Dios usa a los reyes extranjeros para imponer un castigo sobre Israel por violar la Ley, y cómo Israel es salvado al retornar a la fe de la alianza de sus padres (ver 2 Macabeos 6,12; 7,32-38; 1 Macabeos 2,20.27.50; 4,10).

El más conocido de los reyes “helenistas” de este período fue Antíoco IV, quien subió al poder en el año 175 aC. Él se llamó a sí mismo “Epifanés”, literalmente “Dios manifiesto”.

Antíoco inició una persecución viciosa contra los judíos aparentando un falso ecumenismo –clamando que quería borrar las distinciones religiosas entre los pueblos del reino, tratando de hacer de todos “un pueblo, cada uno abandonando sus costumbres particulares”.

Antíoco profanó el Templo –rededicándolo al Dios griego Zeus y trayendo prostitutas para celebrar los rituales griegos de fertilidad. Quemó toda copia de la Ley que pudo encontrar, les prohibió a los israelitas la observancia del Sabbat, los hizo comer y sacrificar cerdo y otros animales impuros, y los forzó a dejar de realizar el acto ritual de la alianza –la circuncisión de los recién nacidos. La pena por violar el mandato de Antíoco era la tortura y la muerte (ver 1 Macabeos 1,41-50.57.61-62; 2 Macabeos 7,1-11).

Frente a la penuria y persecución, muchos en Israel abandonaron la alianza y las leyes rituales. Pero muchos otros se negaron a abandonar a Dios, prefiriendo “morir en lugar de... profanar la alianza santa” (ver 1 Macabeos 1,11.14-15.52).



De hecho, vemos en los Macabeos los inicios de una nueva definición de Israel –no de acuerdo a una identidad étnica o tribal, sino de acuerdo a la fidelidad a la alianza: “obligaron a Israel a ocultarse en toda suerte de refugios” (ver 1 Macabeos 1,53; Romanos 9,6-8).

No todos los que son de Israel son Israel. Israel ahora está compuesto de aquellos que mantienen la fe –aún si esto significa morir por la fe.

Las historias del martirio de Eleazar, un hombre de 99 años, y de la madre que fue forzada a presenciar la tortura de sus siete hijos antes de ser ejecutada ella misma por negarse a comer cerdo, son de las más conmovedoras de las Escrituras (ver 2 Macabeos 6,18 – 7,42).



Época de los Asmoneos

Los israelitas, guiados por Judas Macabeo, el hijo de un sacerdote anciano, llevaron a cabo una serie de revueltas y batallas contra Antíoco y los poderes de ocupación subsecuentes.

Judas era un diestro guerrero y un hombre piadoso. Él purificó el Templo y le enseñó al pueblo a rezar por las almas de los fieles difuntos, y a tener esperanza en la resurrección de los muertos (ver 2 Macabeos 10,1-8; 12,38-46).

Guiados por Judas y sus hermanos, los Macabeos –contrario a todas las probabilidades- expulsaron todos los poderes extranjeros de Jerusalén.

Empezando con el sumo sacerdote Juan Hircano (ver 1 Macabeos 16), Israel entra en un período de cerca de 100 años de independencia bajo el liderazgo de los sacerdotes.

Este período es conocido como la Dinastía Asmonea, llamada así por el tatarabuelo de Judas Macabeo. Durante este período vemos el surgimiento de los fariseos y los saduceos, sectas israelitas que figurarán prominentemente en los Evangelios.

Bajos los Asmoneos, según parecía, la oración que inició la historia de los Macabeos –“Que Dios os llene de bienes y recuerde su alianza con Abraham, Isaac y Jacob, sus fieles servidores”- había sido respondida (ver 2 Macabeos 1,2).

Pero existía un problema –de hecho, una serie de problemas- con la dinastía Asmonea.



La más crítica: ¿Qué sucedió con la promesa que Dios hizo a David? ¿Le otorgó a David un trono eterno o no lo hizo?

Justo antes de la caída de Jerusalén, Jeremías había de nuevo reafirmado que la alianza con David era eterna: No podría ser rota más que el sol y la luna cesaran de brillar, dijo.

Jeremías inclusive dijo que los descendientes de David superarían en número a las estrellas de los cielos y las arenas del mar, otro eco de la promesa de Dios a Abraham (ver Jeremías 33,14-23.26; Génesis 22,17).

Pero esta profecía tenía cerca de medio milenio de antigüedad para el tiempo de los Asmoneos. Los sacerdotes Asmoneos no eran reyes y no eran descendientes de la línea de David, ni siquiera de la tribu de Judá. No eran siquiera descendiente de Aarón, como la Ley de Moisés requería para los sacerdotes.

En la etapa temprana, el pueblo pareció detectar el problema. Acordaron vivir bajo esta forma de gobierno sacerdotal, teocrático, “hasta que apareciera un profeta digno de fe” (ver 1 Macabeos 14,41).

Pero conforme pasó el tiempo, y los Asmoneos buscaron consolidar y legitimar su poder, las expectativas populares de un nuevo profeta menguaron.

Aún así, en este período hubo un creciente número de personas que buscaban en las Escrituras, recordaban los escritos de los profetas –las muchas promesas poderosas que ellos habían hecho y que parecían haber sido cumplidas solo parcialmente.

Su búsqueda creció en intensidad después de que Pompeyo invadió en el año 63 aC y reclamó la Tierra Santa para el imperio romano –eventos históricos que no están registrados en la Biblia.

Existían numerosas corrientes de expectativas mesiánicas en el período entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, todos ellos reflejados en los debates que vemos en los Evangelios acerca de si Jesús era el Mesías.

Muchos esperaban el cumplimiento de la antigua profecía de Moisés –que Dios haría surgir un profeta como él (ver Deuteronomio 18,15-19). Pero la interpretación de esta y otras profecías siempre apuntaban hacia atrás a la promesa que Dios hizo a David.



Cuando el período del Nuevo Testamento empieza, el pueblo estaba esperando que Dios levantara un Hijo de David y restaurara el reino Davídico (ver Juan 1,21; 7,42).



La Consolación de Israel

El pueblo estaba esperando sobre las promesas de los profetas. Ellos habían enseñado a Israel a tener esperanza en “un nuevo David”, quien sería su salvador, su “Mesías” –“uno ungido” como David lo había sido con aceite y el Espíritu Santo (ver 1 Samuel 16,13).

Isaías, por ejemplo, profetizó la venida de un hijo de David, un niño nacido de la línea de David, quien reuniría al pueblo de Dios disperso en un nuevo reino que regiría el mundo desde Sión, conforme la Ley de Dios (ver Isaías 2,2-3; Amós 9,11).

Miqueas dijo que un niño nacería en Belén, que él sería el soberano y pastor que guiaría de regreso a “todos los hijos de Israel”. Aún más, Miqueas dijo, el nuevo rey gobernará “hasta los confines de la tierra” (ver Miqueas 5,1-4).

Daniel, en una profecía escrita alrededor del tiempo de la persecución de Antíoco, tuvo una visión celestial del hijo Davídico gobernando desde lo alto: “A él se le dio imperio, honor y reino, y todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieron. Su imperio es un imperio eterno, que nunca pasará, y su reino no será destruido jamás” (ver Daniel 7,14).

Isaías dijo que este hijo de David sería llamado “«Maravilla de Consejero », « Dios Fuerte », « Siempre Padre », « Príncipe de Paz » ” y reinaría “desde el trono de David... desde ahora y hasta siempre” (ver Isaías 9,1-7; 7,14; 11,1-5.10; Jeremías 23,5-6).

Ezequiel, también, había tenido una visión del nuevo David –un rey pastor que reinaría sobre Israel por siempre en la tierra que Dios le había prometido a Abraham.

Él dijo que Dios, en esos días, haría una nueva alianza con su pueblo, una alianza eterna de paz, y que moraría por siempre entre ellos en el santuario.

“Mi morada estará junto a ellos”, Dios prometió a través de Ezequiel. “seré su Dios y ellos serán mi pueblo” (ver Ezequiel 34,24-30; 37,23-28; 36,27-38).



Ezequiel no estuvo solo al hablar de la nueva alianza, aunque solo Jeremías usó este preciso término.

Isaías anhelaba el día en que Dios habría de “renovar la alianza eterna, los beneficios asegurados a David”.

Él inclusive insinuó que el Mesías mismo sería una nueva alianza, sería llamado “alianza del pueblo” (ver Isaías 55,3-5; 42,6).

Oseas evocó las imágenes mesiánicas del Cantar de los Cantares, prediciendo que el Mesías vendría como un novio viene por su amada, que se realizaría una nueva alianza que “desposaría” a Israel y a Dios eternamente. (ver Oseas 2,18-25; Isaías 5,1-7; 54,4-9; Jeremías 2; 32; Ezequiel 16,23; Cantar de los Cantares 3,2.11).

Finalmente, el profeta Jeremías hizo esta dramática promesa –que Dios volvería a unir los reinos de Norte y del Sur, trayéndolos de todos los lugares donde habían sido desterrados:

“He aquí que días vienen - oráculo de Yahveh - en que yo pactaré con la casa de Israel y con la casa de Judá una nueva alianza... y yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo” (ver Jeremías 31,31-34; 32,36-41).

En el umbral del Nuevo Testamento, los devotos y justos recurrían a estas profecías, esperando la consolación de Israel –la venida del nuevo hijo de David, la resurrección de su Reino caído (ver Lucas 1,69; 2,25.38; Marcos 11,10; Isaías 41,1; 52,9; 61,2-3).



VIII. Preguntas de Estudio

1. ¿Por qué permitió Dios que algunos cananeos permanecieran en la Tierra Prometida, según el autor del libro de los Jueces?
2. ¿Qué fue lo malo de que los israelitas le pidieran un rey a Samuel?
3. Antes de que David hiciera de Jerusalén su capital, ¿en cuál otro momento importante de la historia de la salvación se menciona a Jerusalén?
4. ¿Cuáles son las diferentes perspectivas de los libros de Reyes y Crónicas?
5. ¿Cuáles son los seis puntos de la Alianza Davídica que identificamos?
6. ¿De qué manera la alianza con David avanza el cumplimiento de la alianza con Abraham?
7. ¿Por qué es el Monte Moriá significativo en la historia de la salvación?
8. ¿Qué es el todah?
9. ¿Cuáles son otros nombres que la Biblia usa para describir el Reino del Norte? ¿El reino del Sur?
10. ¿Qué profetizó Ezequiel acerca del “nuevo David”?
11. ¿Quién es el único profeta que usó las palabras “nueva alianza”?



Lección 6

La Alianza Nueva y Eterna

Objetivos:

1. Leer el Nuevo Testamento con comprensión.
2. Entender cómo el Nuevo Testamento representa a Jesús como el cumplimiento de las alianzas del Antiguo Testamento.
3. Apreciar, especialmente, la importancia de la alianza eterna de Dios con David para entender la misión de Jesús y de la Iglesia según se presenta en el Nuevo Testamento.

Contenido:

- I. Repaso y visión de conjunto
 - A. El plan de la alianza cumplido
 - B. Dirigiéndonos al Nuevo Testamento
- II. El nacimiento del Mesías
 - A. Anunciación y visitación
 - B. Natividad y el Templo
- III. El Reino está a la mano
 - A. Bautizando al Hijo amado
 - B. Tentando al nuevo Moisés
 - C. Bendiciones del Reino
 - D. El Buen Pastor
 - E. Las llaves del Reino
- IV. Nuevo Éxodo en Jerusalén
 - A. Con Moisés y Elías
 - B. Haciendo una entrada de Rey
 - C. Pascua – antigua y nueva
 - D. Nuestro Cordero Pascual
 - E. Muerte del Hijo amado
- V. El final de Su historia
 - A. Empezando con Moisés
 - B. El Reino del Espíritu
 - C. Sacramentos de la niñez



D. Completando la Palabra de Dios

E. Revelando el final

VI. Preguntas de estudio

I. Repaso y Visión de Conjunto



El Plan de la Alianza Cumplido

Con la venida de Jesús, la historia de la alianza de Dios llega a su conclusión.

Jesús “cumple” las promesas de cada una de las cinco alianzas que hemos estado estudiando en este curso –las alianzas con Adán, Noé, Abraham, Moisés y David.

¿Qué significa que se cumple la alianza? Cada una de las alianzas anteriores era una promesa –un juramento hecho por Dios de realizar ciertas cosas. Por ejemplo, en Su alianza con Noé Él juró no destruir el mundo con agua de nuevo; Él juró a Abraham que a través de sus descendientes todas las naciones del mundo serían bendecidas.

Sin embargo, si la Biblia terminara con el último libro del Antiguo Testamento (recordemos que “testamento” es otra palabra para “alianza”) entonces parecería que sólo pocas, si acaso, de las promesas de Dios hubieran sido cumplidas en su totalidad.

Ciertamente, para el final del Antiguo Testamento, no todas las naciones del mundo habían encontrado bendición en los descendientes de Abraham. De hecho, los descendientes de Abraham –las doce tribus de su nieto Jacob- podían muy apenas ser identificadas. Ellas habían sido dispersadas a las cuatro esquinas del mundo conocido.

La alianza final de Dios, aquella en la cual todas las anteriores hubieran de ser cumplidas –la “alianza eterna” con David- parecía perdidamente abandonada al concluir el Antiguo Testamento en nuestra última lección.

Para repasar: Dios hizo una “alianza eterna” (ver 2 Samuel 23,5) con David, prometiendo que Él levantaría a un hijo de David en el trono de David por siempre (ver 2 Samuel 7,8-16; 1 Crónicas 17,7-14), y que su reino se extendería sobre todas las naciones (ver Salmos 2,8; 72,8.11). Él había prometido que este hijo de David sería Su propio hijo, el hijo de Dios (ver



Salmos 2,7), que él construiría un Templo al nombre de Dios y sería un sacerdote por siempre, como Melquisedec, el sacerdote que ofreció el sacrificio del pan y el vino por la victoria de Abraham sobre sus enemigos (ver Salmos 110,1.4).

Pero después del reino del hijo de David, Salomón, todo se había venido abajo. El reino se dividió en dos, y el pueblo sufrió corrupción, invasión y exilio. Aún cuando el pueblo fue restaurado del exilio, siglos siguieron pasando sin ningún signo del gran rey Davídico que Dios había prometido.

En el tiempo en que Jesús nació, no había ningún reino del cual hablar, no heredero Davídico tras bambalinas. Aún así, los devotos esperaban el cumplimiento de las promesas de Dios, esperaban la consolación de Israel –la venida de un nuevo hijo de David y la resurrección de su Reino caído (ver Lucas 1,69; 2,25.38; Marcos 11,10; Isaías 40,1; 52,9; 61,2-3).



Dirigiéndonos al Nuevo Testamento

Pero con Jesús llega el cumplimiento del juramento de Dios a David. Como veremos, el Nuevo Testamento nos muestra la imagen de Jesús como el “nuevo David” y la de Su Iglesia como el reino restaurado prometido a David.

También veremos cómo Jesús es representado cumpliendo todas las promesas de las alianzas anteriores de Dios –Él es el nuevo Adán, propiciando una nueva creación, restableciendo la humanidad al paraíso prometido en un principio. Él es el nuevo Noé, que trae consigo un diluvio que salva, las aguas del Bautismo. Él es el nuevo hijo de Abraham, en quien todas las naciones del mundo encontrarán bendición. Él es el nuevo Moisés, que da al pueblo elegido una nueva Pascua, la Eucaristía, y guía un nuevo éxodo, la liberación del pecado, por Su Cruz y Resurrección, abriendo la tierra prometida del cielo.

Vemos referidas tres de estas antiguas alianzas en la primera línea del Nuevo Testamento:

“Libro de la genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham” (ver Mateo 1,1).

En estas primeras palabras, el Nuevo Testamento nos apunta atrás hacia la creación, al Génesis, el primer libro del Antiguo Testamento. La palabra que traducimos por “genealogía”



es en realidad génesis, una palabra que significa “creación”, y por supuesto, el nombre del primer libro de la Biblia.

También somos referidos en esta primera frase a la alianza de Dios con David y con Abraham. Recordemos que la alianza de Abraham involucraba el don de un hijo, Isaac, cuyos descendientes habrían de ser la fuente de bendición para toda la tierra (ver Génesis 22,18).

Finalmente, Jesús es llamado “Cristo”, la palabra griega para Mesías o “el ungido”. Esta palabra nos apunta a la alianza con David –el Mesías o Cristo era la figura Davídica que muchos de los profetas de Israel dijeron que sería enviada para liberar a Israel y restaurar el reino a Israel.

Entonces, en esta primera frase del Nuevo Testamento tenemos una alusión a tres de las cinco cumbres de la historia de la salvación que hemos estudiado en nuestras lecciones previas – Adán, Abraham y David.

Y en esta frase, tan rica en alusiones al Antiguo Testamento, tenemos una síntesis de todo lo que el Nuevo Testamento nos dirá acerca de Jesús: el Nuevo Testamento es el libro acerca del nuevo mundo creado por Jesús, el Mesías, el hijo prometido de David, en quien Dios cumple Su promesa hecha a Abraham -que en sus descendientes todos los pueblos serán bendecidos.

II. El Nacimiento del Mesías



Anunciación y Visitación

La historia de salvación del Antiguo Testamento alcanzó su climax en la alianza que Dios hizo con David. Podríamos decir que la esperanza de Israel en el tiempo en que Jesús nació se centraba en las promesas hechas por Dios a David.

Y veremos conforme la historia de Jesús se desarrolla en los Evangelios que mucha de la trama y la tensión dependen de esta pregunta acerca de Él: “¿No será este el hijo de David?” (ver Mateo 12,23; 20,30-31; 21,9.15; 22,44-45).



En todas las escenas familiares de la vida de Jesús, vemos los Evangelios respondiendo que sí, Jesús es el hijo de David largamente esperado, el hijo de Dios enviado para restaurar el reino de Israel.

Este es el mensaje de la Anunciación, el anuncio hecho por el ángel de Su nacimiento. Gabriel le dice a María que Dios le dará a Jesús “el trono de David, su padre; reinará sobre la casa de Jacob por los siglos y su reino no tendrá fin” (ver Lucas 1,32-33).

¿Qué es lo que el ángel está diciendo? Que Jesús es el hijo de David, que él reinará sobre el reino restaurado de Israel (“la casa de Jacob”) por siempre.

En la visitación de María a su pariente, Isabel, encontramos de nuevo ecos de las promesas de la historia de la salvación.

María clama en un cántico que la venida de Jesús es la respuesta de Dios a todas las oraciones de Israel, un cumplimiento de Sus promesas “como había anunciado a nuestros padres - en favor de Abraham y de su descendencia para siempre” (ver Lucas 1,55).

Su Madre quiere que sepamos que como el hijo de David, su Hijo cumplirá la promesa de alianza hecha a Abraham –que “por tu descendencia se bendecirán todas las naciones de la tierra” (ver Génesis 22,18).

Esto es declarado más enfáticamente en el cántico de Zacarías, el esposo de Isabel, cuando nace su hijo, Juan el Bautista (ver Lucas 1,67-79).

Lo que está sucediendo, Zacarías profetiza, es nada menos que Dios visitando y salvando a Su pueblo. Él está cumpliendo todo lo que “prometió por boca de sus santos profetas desde antiguo”.

En Jesús, Zacarías declara, Dios “nos ha suscitado una fuerza salvadora en la casa de David, su siervo... recordando su santa alianza y el juramento que juró a Abraham nuestro padre”.



Natividad y el Templo

La historia del Nacimiento de Jesús está narrada también en clave davídica.



Lucas nos dice que José y María fueron a “la ciudad de Nazaret, a Judea, a la ciudad de David, que se llama Belén, por ser él [José] de la casa y familia de David” (ver Lucas 2,4). Como vimos en nuestra última lección, fue en Belén donde nació David y donde fue ungido con aceite por Samuel (ver 1 Samuel 16,1-13).

Mateo, en la narración de su evangelio sobre el nacimiento de Jesús, también quiere que sepamos que Él es el “Mesías” largamente esperado y el “Rey de los judíos” (ver Mateo 2,2.4).

Esto lo vemos en la respuesta que los sumos sacerdotes y escribas le dan al despiadado Herodes (ver Mateo 2,5-6). Ellos citan dos pasajes del Antiguo Testamento (Miqueas 5,1-2 y 2 Samuel 5,2) para decirle a Herodes que el Mesías se esperaba que fuera de Belén y que él sería un “pastor” para el pueblo elegido de Dios.

Inclusive uno de nuestros pasajes más familiares del Evangelio –“Ved que la virgen concebirá y dará a luz un hijo, y le pondrán por nombre Emmanuel” (ver Mateo 1,23)- se refiere a un hijo prometido de David.

Mateo está recordando una profecía de Isaías quien, en el período cuando el reino de Israel estuvo dividido, sirvió como profeta de “la casa de David”, sirviendo a los herederos de la línea Davidica.

En un tiempo de aflicción, Isaías profetizó que nacería de una virgen un rey-salvador, de la línea de David, y que sería llamado “Emmanuel”, un nombre que literalmente significa “Dios con nosotros” (ver Isaías 7,13-14).

Muchos creyeron que esta profecía había sido cumplida con el nacimiento del rey Ezequías, un rey grande y recto (ver 2 reyes 18,1-6).

Mateo, sin embargo, nos está diciendo que el nacimiento de Ezequías fue solo un cumplimiento parcial de la promesa de Isaías. Jesús es el último y verdadero cumplimiento.

Escuchamos de nuevo la voz de Isaías en la historia de la Presentación de Jesús en el Templo, especialmente en el cántico de Simeón.

Simeón ve en Jesús, la “salvación” prometida por Dios. Notemos que la promesa que Simeón ve cumplida no es solo para el pueblo elegido de Israel. Es una salvación que es tanto “gloria



para Tu pueblo Israel” como también “luz para iluminar a los gentiles” –esto es, faro para todos los pueblos del mundo.

Simeón está evocando aquí la promesa “universal” hecha acerca del reino de David –que el reino restaurado de David sería un imperio internacional alcanzando todos los rincones de la tierra y abrazando a todas las naciones y pueblos (ver Salmos 2,8; 72,8.11).

En un eco de la promesa de Dios a los descendientes de Abraham, las Escrituras nos dicen que por el rey y reino Davídico, “se bendecirán todas las familias de la tierra, todas las naciones” (ver Salmo 72,17).

¿No es interesante que las últimas dos historias que tenemos acerca de la infancia de Jesús, involucren el Templo?

Dios prometió no solo que el hijo de David sería Su hijo, sino que este hijo construiría una “casa”, un Templo para el nombre del Padre celestial. Por supuesto, la promesa fue cumplida parcialmente cuando el hijo de David, Salomón, construyó el glorioso Templo en Jerusalén.

Como el nuevo y verdadero Hijo de David, Jesús también construirá un “templo” al nombre de Dios. Este templo será Su cuerpo y la Iglesia (ver Juan 2,21; Mateo 16,18).

Vemos esto prefigurado en la historia acerca de María y José encontrando a Jesús en el Templo. ¿Qué les dice Jesús? Como un diligente hijo de David, les responde: “¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre?” (ver Lucas 2,49).

III. El Reino está a la Mano



Bautizando al Hijo Amado

El inicio de la “vida pública” de Jesús es Su bautismo, realizado por Juan el Bautista en el Río Jordán.

Conforme leamos esta historia, notemos las palabras que se escuchan desde los cielos: “Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco” (ver Marcos 1,11). Las palabras hacen eco de la



promesa que Dios hizo al hijo de David –que él sería el hijo de Dios y que gobernaría las naciones (ver Salmos 2,7-9).

Después de Su bautismo, Jesús se dirige al desierto para ser tentado por el demonio.

Aquí vemos emerger otro tema en la presentación que hacen los Evangelios de Jesús. Jesús como el nuevo Moisés, el representante del nuevo Israel, el nuevo “hijo amado” de Dios (ver Éxodo 4,22).

Esta identificación de Jesús en realidad empieza tempranamente en el Evangelio de Mateo. Si damos una mirada cercana notaremos muchos paralelos entre la vida temprana de Jesús y la de Moisés.

Herodes mata a todos los niños varones hebreos en el tiempo del nacimiento de Jesús. El Faraón, en el tiempo del nacimiento de Moisés, también ordenó que todos los niños varones hebreos fueran matados (ver Éxodo 1,15-16; Mateo 2,16-18).

Moisés fue rescatado por un miembro de su familia (ver Éxodo 2,1-10). También lo fue Jesús, llevado por José a –de entre todos los lugares- Egipto, donde Moisés, el primer libertador del pueblo de Dios, creció (ver Mateo 2,13-15; Éxodo 2,5-10).

Como Moisés, Jesús también fue llamado de vuelta a su lugar de nacimiento después de un tiempo de exilio (ver Mateo 2,20; Éxodo 4,19).

Moisés liberó a los israelitas, guiándolos en un “éxodo” desde Egipto. El bautismo de Jesús en el Nuevo Testamento es el principio de un “nuevo éxodo”. Como Israel, él es declarado el “hijo amado” de Dios y pasa por agua (comparar Mateo 3,17 y Éxodo 4,22; Salmos 2,7; Isaías 42,1; Génesis 22,1).

Israel, después de cruzar el Mar Rojo, fue llevado al desierto para ser probado durante cuarenta años. Jesús deja las aguas bautismales del Jordán y se dirige al desierto para ser tentado por el demonio durante 40 días y sus noches (comparar Mateo 4,1-2 y Éxodo 15,25; 16,1; ver también Deuteronomio 8,2-3; 1 Corintios 10,1-5).

¿Es solo coincidencia? De ninguna manera. Veamos cuidadosamente la historia de las tentaciones de Jesús en el desierto (ver Lucas 4; Mateo 4).



Tentando al Nuevo Moisés

En el desierto, Jesús enfrenta tres tentaciones. Justo como Israel.

Como Israel, Él fue confrontado primeramente con el hambre. Él es tentado, como lo fue Israel, a quejarse contra Dios (ver Éxodo 16,1-13).

Después, Satanás reta a Jesús a que ponga a prueba a Dios, a que demande a Dios que “pruebe” Su promesa de cuidar de Él. Israel experimentó la misma tentación cuando el pueblo empezó a pelear con Moisés en Masá (ver éxodo 7,1-6; Números 20,2-13; Salmos 95,79).

Finalmente, Jesús es tentado a adorar un dios falso, lo que Israel de hecho hizo al construir el ídolo del becerro de oro (ver Éxodo 32).

Jesús responde a cada tentación con una cita del Antiguo Testamento. Pero no con cualquier cita. Cada vez cita a Moisés. Y no lo cita al azar.

Cada cita es tomada del libro del Deuteronomio –de la parte precisa del libro donde Moisés está explicando las lecciones que Israel supuestamente debió haber aprendido de sus años en el desierto (comparar Mateo 4,4 y Deuteronomio 8,3; Mateo 4,7 y Deuteronomio 6,16; Mateo 4,10 y Deuteronomio 6,12-15).



Bendiciones del Reino

Jesús, entonces, es el hijo de David y el hijo de Dios, el Mesías largamente anticipado por el Israel fiel.

Él viene a su pueblo como un libertador y salvador –como el primer libertador y salvador de Israel, Moisés.

Como Moisés, Jesús ayuna durante 40 días y sus noches solo en el desierto (ver Mateo 4,2; Éxodo 34,28).



Como Moisés, Él termina su ayuno subiendo a un “monte” para dar a su pueblo la ley de Dios, entregándoles lo que nosotros llamamos el “Sermón de la Montaña” (ver Mateo 5-7; Deuteronomio 5,1-21; Éxodo 24,12-18).

La Ley dada por Moisés en el Monte Sinaí era una Ley que regiría la manera en que debían vivir en la “tierra prometida”. La nueva ley que Jesús da en Su Sermón de la Montaña es la ley para la nueva tierra prometida, “el reino de los cielos” (ver Mateo 5,3.10).

Jesús insiste que su nueva ley no abole la vieja Ley de Moisés o las enseñanzas de los profetas. En lugar de esto, Él dice, Él ha venido “a consumir” la Ley y los profetas (ver Mateo 5,17).

Jesús hace de la Ley de Moisés una ley para toda la humanidad, una ley para gobernar el corazón humano, una ley para un Reino de Dios que es más grande que cualquier nación, un Reino que se extenderá hasta los confines de la tierra.

La enseñanza de Jesús sobre el reino es realmente una “ley familiar” –una ley dada por un Padre a Sus hijos.

El tema dominante en el gran sermón de Jesús es el Reino. Pero el Reino que Él concibe es, por lejos, mucho más que una institución política. El Reino de Dios es la Familia de Dios.

Es por eso que a mediación del sermón, Él enseña a la gente a rezar el “Padre Nuestro” y a pedir “venga tu reino, hágase tu voluntad” (ver Mateo 6,9).

El “reino de los cielos” o el “reino de Dios” fue el centro de toda la predicación y milagros de Jesús. Fue el centro de la predicación que Jesús mandó a Sus Apóstoles que realizaran (ver Lucas 10,9.11).

Jesús nos da muchas pistas para que sepamos que cuando Él dice el “reino”, se está refiriendo al prometido Reino de David. Por ejemplo, Él le dice a la gente en Su sermón que ellos serán “sal de la tierra” (ver Mateo 5,13).

Jesús está aquí evocando el recordatorio de Abías –que la alianza de Dios con David era para siempre: “¿Acaso no sabéis que Yahveh, el Dios de Israel, dio el reino de Israel para siempre a David, a él y a sus hijos, con pacto de sal?” (ver 2 Crónicas 13,5).

Mateo también dice que el nuevo pueblo de Dios debe ser “luz del mundo” y “una ciudad situada en la cima de un monte” (ver Mateo 5,14).



Él está evocando aquí las profecías de Isaías acerca del reino restaurado, que debía ser una “luz para las naciones” (ver Isaías 42,6; 49,6).

La capital espiritual de la ciudad, Jerusalén (Sión), la ciudad de David y del Templo, establecida en la montaña sagrada, debía convertirse en sede de sabiduría para todas las naciones (ver Isaías 2,2-3; 11,9).

La predicación de Jesús sobre el reino es acompañada de sanaciones milagrosas –mostrándolo, de nuevo, como el Mesías esperado.

Él hace que el sordo oiga y que el mudo hable (comparar Isaías 35,4-5, Jeremías 31,7-9; Marcos 7,31-37). Él devuelve la vista al ciego –quien clama: “Jesús, hijo de David, ten compasión de mí” (ver Marcos 11,47.49).



El Buen Pastor

Así como David era un pastor, y tal como los profetas vaticinaron, Jesús el Mesías vino como un buen pastor a salvar a las ovejas perdidas de la casa de Israel (ver Juan 10,11; Hebreos 13,20; Mateo 10,6; 15,24; ver también Ezequiel 34,23; 37,24).

Esto lo vemos más claramente cuando alimenta a 5,000 personas (ver Marcos 6,34-44). La historia inicia con Jesús compadeciendo a la multitud “pues estaban como ovejas que no tienen pastor” (ver Marcos 6,34).

Marcos quiere que veamos a Jesús como el buen pastor prometido por Ezequiel y otros.

Pero conforme vemos que las profecías pasadas se cumplen en estos pasajes donde Jesús alimenta milagrosamente a la muchedumbre, el Evangelio también quiere que veamos hacia adelante –al milagro actual del Buen Pastor cuidando de su rebaño en la Eucaristía.

Notemos las acciones precisas de Jesús cuando alimenta a la multitud: Él toma el pan; lo bendice; lo parte; se los da.



Ahora veamos la narración de la Última Cena: ¿Qué vemos haciendo a Jesús? Él toma el pan; lo bendice; lo parte y se los da (comparar Marcos 6,41 y 14,22; Mateo 14,19 y 28,26; Lucas 9,16 y 22,19. Ver también 1 Corintios 11,23.26).

El Buen Pastor no solo busca a Sus ovejas perdidas, sino que promete alimentarlas y nutrirlas, darles su pan diario.



Las Llaves del Reino

Así como Salomón designó 12 oficiales para gobernar su reino (ver 1 Reyes 4,7), Jesús designa Sus 12 Apóstoles en posiciones de liderazgo en Su reino (ver Mateo 19,28).

Él designa uno, Simón, para un cargo especial, cambiando su nombre por el de Pedro. Pedro proviene del griego *petros*, que significa “roca”. Jesús le dice, “tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia” (ver Mateo 16,18).

Esta puede ser una referencia a Salomón, quien construyó el Templo, la casa de Dios, sobre una gran piedra de cimiento (ver Isaías 28,16).

Antes, Jesús había hecho otra referencia a Salomón y la roca –diciendo que aquellos que viven de acuerdo a Su nueva ley son como “un hombre sabio que construyó su casa sobre roca”. Salomón era conocido por su sabiduría (ver 1 Reyes 3,10-12) y construyó el Templo sobre una roca (ver 1 Reyes 5,17; 7,10).

“Mi Iglesia” es el nombre que Jesús le da al Reino que Él ha venido a anunciar.

Y Jesús le da a Pedro autoridad suprema en Su Reino, Su Iglesia. Él le da a Pedro “las llaves del reino de los cielos” y los poderes para “atar y desatar”.

El único otro lugar en la Escritura donde tales “llaves” son mencionadas es en un pasaje acerca del reino Davidico encontrado en una profecía de Isaías (ver Isaías 22,15-24).

Ahí, Isaías profetiza que Dios transferirá “la llave de la Casa de David” de un “mayordomo del palacio” corrupto llamado Sebná a un sirviente recto, Elyaquim. Acerca del Elyaquim el profeta dice:



“Será él un padre para los habitantes de Jerusalén y para la casa de Judá. Pondré la llave de la casa de David sobre su hombro; abrirá, y nadie cerrará, cerrará, y nadie abrirá”.

Esto suena muy parecido a lo que Jesús le dice a Pedro:

Te daré las llaves del reino de los cielos. Lo que ates en la tierra será atado en el cielo, y lo que desates en la tierra será desatado en el cielo.

En el reino Davídico, el rey designó, efectivamente, un primer ministro para que manejara los asuntos del día a día del reino. Él era llamado el “visir” o “mayordomo”, el “superintendente” o “amo del palacio”. Él es considerado, como Isaías dijo, “un padre para los habitantes” del reino (ver 1 Reyes 4,1-6; 16,9; 18,3; 2 Reyes 15,5; 18,18.37; 19,2; Isaías 22,22).

Jesús designa a Pedro para que sea “primer ministro” del Reino restaurado de David, el Reino de los Cielos que Jesús proclamó, la Iglesia que llamó Suya.

Las “llaves” son un símbolo del poder, autoridad y control del Rey (ver también Apocalipsis 22,16; 3,7; 1,8).

La referencia de Jesús a “atar” y “desatar” alude a la autoridad de los rabinos en tiempos de Jesús. Los rabinos tenían el poder de “atar” y “desatar” las decisiones acerca de la interpretación y aplicación de la Ley —ellos podían declarar lo que era permitido y no era permitido de acuerdo a la Ley.

Como primer ministro del Reino, piedra de la Iglesia, Pedro es, efectivamente, el rabino en jefe, con la última autoridad para enseñar.

IV. Nuevo Éxodo en Jerusalén



Con Moisés y Elías

Pedro, junto con Santiago y Juan, son escogidos para ver a Jesús “transfigurado” en gloria en la cima de una montaña.



La transfiguración de nuevo evoca memorias del pasado en la historia de la salvación. En la cima de una montaña, Jesús habla con Moisés y el profeta Elías. Es un recordatorio muy visual de lo que Jesús dijo en el Sermón de la Montaña –que Él había venido para cumplir la Ley (Moisés) y los profetas.

¿De qué hablaban los tres en la montaña? “Hablaban de su éxodo, que iba a cumplir en Jerusalén” (ver Lucas 9,31).

La palabra griega para “éxodo” significa “partida”. Pero en esta escena ellos están hablando de algo más que de una partida genérica. El Evangelio nos está deliberadamente refiriendo al éxodo de Egipto de los israelitas.

Los profetas habían vaticinado el surgimiento de un “brote recto” o hijo de David, quien dirigiría un nuevo éxodo que reuniría a todos los hijos dispersos de Israel en un nuevo reino administrado por los pastores asignados por Dios.

Así como el primer éxodo se dirigió a la realización de una alianza entre Dios e Israel en el Sinaí, el nuevo éxodo, Jeremías profetizó, resultaría en una “nueva alianza” (ver Jeremías 23,3-8, 31,31-34).

Lo que le sucederá a Jesús en Jerusalén –Su pasión, muerte y resurrección- será el nuevo éxodo que los profetas vaticinaron.

Así como el primer éxodo liberó a Israel, el nuevo éxodo liberará a todas las razas y pueblos. Así como el primer éxodo liberó a Israel de la esclavitud del Faraón, el nuevo éxodo liberará a toda la humanidad de la esclavitud del pecado.



Haciendo una Entrada de Rey

Para iniciar el cumplimiento del nuevo éxodo, Jesús entra a Jerusalén en una escena que evoca la coronación de Salomón como rey (ver 1 Reyes 1).

Jesús es proclamado “hijo de David” (ver Mateo 21,9.15) como Salomón (ver Proverbios 1,1). Él entra a la ciudad montando un asno (ver mateo 21,7) tal como Salomón montó la mula del rey David (ver 1 Reyes 1,38.44).



Así como Salomón es declarado rey por una multitud en un tumulto jubiloso (ver 1 Reyes 1,39-40), la multitud recibe a Jesús con un gesto del Antiguo Testamento usado para homenajear a un rey –extendiendo sus mantos sobre el camino ante Él (ver Mateo 21,8; 2 Reyes 9,13).



Pascua – Antigua y Nueva

La noche anterior al éxodo de los israelitas para salir de Egipto, ellos comieron una comida simbólica, ceremonial. Ésta fue más que una comida, debía ser un memorial –un recuerdo ritual de esa noche, para siempre.

Vamos a repasar aquí algo del material que vimos en la Lección Cuatro (ver “La Pascua y nuestro ‘Cordero Pascual’”). Pero ahora estamos en posición de ver cómo Jesús, al celebrar Su última cena de Pascua con Sus Apóstoles, reveló el significado completo de la Pascua.

La Pascua recuerda la noche cuando Dios destruyó todos los primogénitos de Egipto con el fin de rescatar a Su “hijo primogénito”, Israel (ver Éxodo 4,22).

En esa noche de Pascua, a todas las familias israelitas se les ordenó que sacrificaran un cordero sin defecto (ver Éxodo 12,5) y que pintaran el dintel de sus puertas con la sangre del cordero, usando un hisopo (ver Éxodo 12,7). Después debían comer la carne “asada” del cordero con pan ázimo (ver Éxodo 12,8).

Cuando el Señor vino esa noche por los primogénitos de los egipcios, Él “pasó de largo” cada casa que tenía el dintel de su puerta pintado con la sangre del cordero. (ver Éxodo 12,12-13.23).

Los israelitas fueron instruidos a recordar por siempre esta noche, “como decreto perpetuo para vosotros y vuestros hijos” (ver Éxodo 12,24).

Cada año, ellos revivirían esa noche, como Moisés había ordenado, leyendo la narración de la Escritura que relataba la primera Pascua y comiendo el cordero sin defecto y el pan sin levadura.



La Pascua marcó su nacimiento como pueblo de Dios en la alianza que Él hizo con ellos en el Sinaí.

Esa alianza era ratificada con la sangre de los animales ofrecidos en sacrificio. Al rociarlos con la sangre, Moisés dijo: “Esta es la sangre de la Alianza que Yahveh ha hecho con vosotros” (ver Éxodo 24,8).

Jesús tenía todo este antecedente en mente en su Última Cena, que fue tomada como una comida de Pascua. Ésta fue celebrada la noche anterior a su “éxodo”.

Jesús le dice a sus Apóstoles que el pan es Su cuerpo y que el vino es “Mi sangre de la alianza” (ver Marcos 14,24).

Jesús está citando directamente las palabras de Moisés en el Sinaí (ver éxodo 24,8). En la narración de Lucas de la Última Cena, la copa es llamada “la Nueva Alianza en mi sangre” (ver Marcos 14,24).

Al explicar la Eucaristía, Jesús la comparó implícitamente con la celebración de la Pascua – diciendo que la gente debía “comer mi carne”, tal como los israelitas habían comido la carne asada del Cordero (ver Juan 6,53-58).

Al decirle a los Apóstoles “haced esto en recuerdo mío” (ver Lucas 22,19), Jesús estaba instituyendo la Eucaristía como un “memorial” de la nueva “pascua (pasar de largo)” y una nueva alianza.

Nosotros, los que creemos en Jesús, hemos de recordar nuestra salvación en una comida ritual –tal como los israelitas conmemoraban su liberación de Egipto.



Nuestro Cordero Pascual

La “pascua” real de Jesús toma lugar en Su pasión, muerte y resurrección.

Aquí vemos a Jesús identificado tanto con el Cordero Pascual como con el sacerdote que ofrece el cordero en sacrificio.



Anteriormente, Juan el Bautista había identificado a Jesús con el peculiar término “el Cordero de Dios” (ver Juan 1,29).

Cuando Cristo es condenado, el Evangelio nos dice, “Era el día de la Preparación de la Pascua, hacia la hora sexta”. ¿Por qué este detalle? Porque este era el preciso momento cuando los sacerdotes sacrificaban los corderos para la cena de Pascua (ver Juan 19,14).

Más tarde, los soldados burlones le dan a Jesús una esponja mojada en vino. Ellos se la acercan con una “rama de hisopo”. Ésta es el mismo tipo de rama que los israelitas fueron instruidos a usar para embadurnar los dinteles de sus puertas con la sangre del cordero pascual (ver Juan 19,29; Éxodo 12,22).

Y ¿por qué los soldados no le quiebran las piernas a Jesús? (ver Juan 19,33.36). Juan explica con una cita del Éxodo, diciéndonos que fue porque las piernas de los corderos pascales no debían de ser quebradas (ver Éxodo 12,46; Número 9,12; Salmos 34,21).

También se nos dice que Jesús vestía una túnica “sin costura, tejida de una pieza de arriba abajo” (ver Juan 19,23). Esto suena mucho como la vestimenta especial que usaba el sumo sacerdote de Israel y que no debía de ser rasgada (ver Levítico 16,4; 21,10). Notemos que los soldados dicen “no la rompamos” (ver Juan 19,24).

Estos detalles sutiles están puestos ahí para mostrarnos que lo que está sucediendo en la Cruz es una nueva Pascua.

En la primera Pascua, la vida de Israel fue rescatada por la sangre de un cordero sacrificial sin defecto pintada en los dinteles de sus puertas. El cordero murió en lugar del primogénito, fue sacrificado para que el pueblo pudiera vivir (ver Éxodo 12,1-23.27).

Sucede lo mismo con la Pascua del Señor. El Cordero de Dios muere para que el pueblo de Dios pueda vivir, salvados de sus pecados por “la sangre del Cordero” derramada en la Cruz (ver Apocalipsis 7,14; 12,11; 5,12).

“Nuestro cordero pascual, Cristo, ha sido inmolado”, San Pablo dice (ver 1 Corintios 5,7). En la Cruz, San Pedro nos dice, Jesús era un “cordero sin tacha y sin mancha”. Por su “preciosa sangre” nosotros somos “rescatados” de la cautividad del pecado y de la muerte (ver 1 Pedro 1,18-19).



Muerte del Hijo Amado

Más aún, lo que está sucediendo en la Cruz es el cumplimiento del juramento que Dios hizo a Abraham en el monte Moría.

Aquí queremos recordar lo que dijimos en la Lección Tres.

En la cruz, Jesús está “recreando” la historia del sacrificio de Abraham de su hijo amado Isaac (ver Génesis 22).

El Calvario, donde Jesús fue crucificado, es una de las colinas de Moriá, la cordillera de montañas donde tomó lugar el drama de Abraham e Isaac.

Recordemos la repetición de las palabras “padre” e “hijo” en la historia de Abraham e Isaac, cómo Isaac repetidamente es referido como el hijo único y amado de Dios (ver Génesis 22,2.12.16).

Jesús, también, es llamado “Hijo amado” en dos puntos cruciales de Su vida –en Su Bautismo y en la Transfiguración (ver Mateo 3,17; 17,5).

Tal como Isaac cargó la madera para su propio sacrificio, y se rinde a ser atado a la madera, así Jesús cargó Su cruz y dejó que los hombres lo clavaran a ella.

Abraham le había asegurado a su hijo antes de atarlo en el altar: “Dios proveerá el cordero para el holocausto [ofrenda sacrificial que se quemaba]” (ver Génesis 22,8).

Y efectivamente Dios lo hizo –siglos más tarde en la Cruz del Calvario. Ahí, Dios aceptó la muerte sacrificial de Su único y amado Hijo.

Abraham recibió a su hijo de vuelta después de una cierta muerte “al tercer día” (ver Génesis 22,4). Y al tercer día, Dios Padre recibió a Su Hijo de vuelta después de su muerte (ver 1 Corintios 15,4).

Al probar la fe de Abraham, Dios nos había mostrado la Cruz con anticipación, había revelado el misterio de Su propio amor de Padre, de Su fidelidad a las promesas de alianza.



Dos veces Dios alaba la fidelidad de Abraham –“no me has negado tu hijo, tu único” (ver Génesis 22,12.15).

Cuando Pablo habla acerca de la Crucifixión, usa las mismas palabras exactas en griego para describir la fidelidad de Dios –“El que no perdonó ni a su propio Hijo, antes bien le entregó por todos nosotros” (ver Romanos 8,32).

Debido a la fe de Abraham, Dios hizo un juramento de alianza –que los hijos de Abraham serían incontables “como las estrellas del cielo” y que a través de ellos las bendiciones de Dios llegarían a “todas las naciones de la tierra” (ver Génesis 22,15-18).

Como hemos mencionado, esta es la alianza que Dios estaba honrando en cada giro de la historia de la salvación –al liberar a los descendientes de Abraham de Egipto (ver Éxodo 2,24); al establecer el reino de David como una dinastía eterna (ver 2 Samuel 7,8; 10,11).

Y en la Cruz, esa promesa hecha a Abraham es finalmente cumplida. Dios, en fidelidad a su promesa de alianza hecha a Abraham, al ofrecer a Su Hijo unigénito, hizo posible que todos los pueblos se convirtieran en “hijos de Abraham” y herederos de las bendiciones prometidas.

Como dijo Pablo, el Hijo Amado dio su vida “a fin de que llegara a los gentiles la bendición de Abraham” –esto es, a todos los pueblos del mundo, a todos aquellos que no son hijos de Abraham por nacimiento (ver Gálatas 3,14).

Mediante la fe en el Evangelio, por creer que Jesús es el Mesías, el hijo de David y el hijo de Abraham, todos los hombres y mujeres son hechos “descendencia de Abraham, herederos según la Promesa” hecha por Dios a Abraham en Moriá (ver Gálatas 3,29).

V. El Final de Su historia



Empezando con Moisés

¿Cómo sabemos todo esto? ¿Cómo podemos estar seguros que esta es la “interpretación correcta” de lo que estaba realmente sucediendo en la Cruz?



Porque la Iglesia, construyendo sobre el testimonio de los Apóstoles, nos lo ha dicho. ¿Cómo supieron los Apóstoles?

Porque Jesús les enseñó cómo encontrarlo a Él en las Escrituras.

En el tercer día, cuando Él resucitó de entre los muertos, ¿qué fue la primera cosa que hizo? De acuerdo al Evangelio de Lucas, Él se le apareció a unos discípulos que iban profundamente tristes en su camino a Emaús.

Mientras caminaban, Él les explicó las Escrituras: “Empezando por Moisés y continuando por todos los profetas, les explicó lo que había sobre él en todas las Escrituras” (ver Lucas 24,27).

Cuando terminó de interpretarles las Escrituras, Él celebró la Eucaristía. Notemos el mismo patrón que observamos cuando le dio de comer a la multitud y en la Última Cena. En Emaús, “tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando” (ver Lucas 24,30).

Más tarde, esa primera noche de Pascua, Él se apareció a sus Apóstoles. De nuevo, Él “abrió sus inteligencias para que comprendieran las Escrituras” (ver Lucas 24,45).

Por Escrituras, por supuesto, Lucas se refiere a los libros de lo que nosotros llamamos Antiguo Testamento. ¡Todavía no había escritos del Nuevo Testamento!

Pero Jesús estaba estableciendo algo muy importante –que lo que Él dijo e hizo, el significado de Su vida, muerte y resurrección, no puede ser entendido separado de lo que fue escrito con antelación en el Antiguo Testamento.

Él les dijo que Dios había predicho Su venida en cada parte del Antiguo Testamento, y les explicó “lo que está escrito en la Ley de Moisés, en los Profetas y en los Salmos acerca de mí” (ver Lucas 24,44).

Jesús les enseñó a sus Apóstoles elegidos cómo interpretar las Escrituras. Y, tal como lo prometió, Él les envió “el Espíritu de la verdad” para que los guiara “hasta la verdad completa” (ver Juan 16,13).

Lo que ellos aprendieron y se les continuó revelando “en la fracción del pan” está inscrito en cada página del Nuevo Testamento y en la Liturgia de la Iglesia.



De hecho, no hay una sola página del Nuevo Testamento que no esté infundida de citas o alusiones al Antiguo Testamento. Inclusive Epístolas relativamente menores, como la de Judas, contienen lecciones recogidas del Antiguo Testamento.

Escuchemos los ecos de la historia de la salvación conforme leamos el resto del Nuevo Testamento.

Escucharemos a los Apóstoles hacer justo lo que Jesús les enseñó que hicieran –interpretar el Antiguo Testamento, explicar cómo las grandes palabras y eventos del pasado apuntaban a Jesús, el Mesías, la Palabra de Dios hecha carne (ver Hechos de los Apóstoles 8,26-39; Juan 1,14).

En los Hechos de los Apóstoles, asegurémonos de leer los grandes discursos misioneros de Pedro (ver Hechos 2,14-36; 3,12-26; 11,34-43); de Pablo (ver Hechos 13,16-41) y de Esteban (ver Hechos 7,1-51).

Escucharemos todas las grandes historias que hemos visto en este curso –acerca de la promesa de Dios a Abraham, acerca de Moisés y el éxodo, los cuarenta años en el desierto, y más. Más que de ninguna otra figura, escucharemos acerca de David.



El Reino del Espíritu

En el centro de la predicación de Jesús después de su Resurrección acerca del Antiguo Testamento estaba David y el “reino de Dios” (ver Hechos 1,3).

En la Iglesia, Dios ha “restablecido el reino de Israel” (ver Hechos 1,6).

La Ascensión de Jesús a los cielos es descrita como una entronización real –Él es elevado al cielo para ser sentado a la derecha del Padre por toda la eternidad (ver Hechos 2,22-36).

Sentado en el trono de David, Jesús gobierna Su Reino (ver Hechos 13,22-37). Más que un rey celestial, Cristo es “un Sumo Sacerdote al frente de la casa de Dios” (ver Hebreos 10,21).

El Mesías Davídico, recordemos, se esperaba que fuera un “sacerdote por siempre” (ver Salmos 110,4). Y ahora Jesús es entronizado en el templo y santuario del cielo –“un Sumo



Sacerdote tal, que se sentó a la diestra del trono de la Majestad en los cielos” (ver Hebreos 8,1; también Hebreos 7).

Jesús reina ahora como Rey y Sumo Sacerdote sobre un reino que está tanto en la tierra como en el cielo –un reino que es tanto temporal e histórico como espiritual y eterno. Es un reino que se inició entre los hijos de Israel, pero ahora se extiende hasta los confines de la tierra.

Esto lo vemos ya desde Hechos de los Apóstoles. El desarrollo de Hechos muestra a la Iglesia extendiéndose desde Jerusalén (Hechos 1-7), hacia el norte para restaurar el anterior Reino del Norte (Hechos 8), y de ahí dispersarse a todas las naciones más allá de Israel (ver Hechos 10-28).

Conforme leamos Hechos, notemos que “el Reino de Dios” es un tema constante en la predicación de los Apóstoles (ver Hechos 8,12; 14,22; 19,8; 20,25; 28,31).

El Reino es la Iglesia. Y la Iglesia es el destino de la familia humana. Al enviar Su Espíritu sobre María y los Apóstoles en Pentecostés (ver Hechos 1,14; Hechos 2), Dios anuncia la coronación de todos Sus actos poderosos de la historia de la salvación.

La fiesta judía de Pentecostés llamaba a los devotos judíos a Jerusalén para celebrar su nacimiento como el pueblo elegido de Dios, según la Ley de alianza dada a Moisés en el Sinaí (ver Levítico 23,15-21; Deuteronomio 16,9-11).

El Espíritu dado a la Iglesia en Pentecostés sella la nueva ley y la nueva alianza traídas por Jesús –escrita no en tablas de piedra sino en los corazones de los creyentes, tal como prometieron los profetas (ver Jeremías 31,31-34; 2 Corintios 3,2-8; Romanos 8,2).

Al principio, el Espíritu vino como un “viento poderoso” que se cernía sobre la superficie de la tierra (ver Génesis 1,2). Y en la nueva creación en Pentecostés, el Espíritu de nuevo viene como una “ráfaga de viento impetuoso” (ver Hechos 2,2) para renovar la faz de la tierra.

Dios creó a Adán, el primer hombre, del barro y lo llenó con Su Espíritu (ver Génesis 2,7).

Jesús es “el Nuevo Adán” (ver Romanos 5,12-14; 17-19).

Jesús experimentó una tentación del demonio, tal como Adán lo hizo. Él fue tentado por última vez, en un jardín (ver Lucas 22,39-46), en la “hora” de “el poder de las tinieblas”, esto es, en el tiempo del último desafío del demonio (ver Lucas 22,53).



El primer Adán, por su desobediencia, trajo el pecado, la división y la muerte al mundo.

Por su obediencia a Dios, al voluntariamente despojarse a sí mismo para venir a nosotros como hombre y ofrecerse él mismo en sacrificio en la Cruz, Jesús restauró nuestra relación con Dios (ver Filipenses 2,6-11).

Esto lo vemos en la Cruz. ¿Qué le dice Jesús al buen ladrón? “Yo te aseguro: hoy estarás conmigo en el Paraíso” (ver Lucas 23,42).

El paraíso, como aprendemos más tarde en el Nuevo Testamento (ver Apocalipsis 2,7), es el “Jardín de Dios”, el lugar donde la historia de la salvación empieza y termina –con la familia humana siendo digna, una vez más, de comer del “árbol de la vida” (ver Apocalipsis 22,2.14.19).

“Pues del mismo modo que en Adán mueren todos, así también todos revivirán en Cristo”, dijo Pablo (ver 1 Corintios 15,22).

Así como Adán fue hecho un ser viviente por la infusión del Espíritu de Dios, el Nuevo Adán fue hecho un Espíritu dador de vida (ver 1 Corintios 15,45.47).

Él infundió Su propia vida y poder a los Apóstoles después de la Resurrección (ver Juan 20,22-23). Y empezando en Pentecostés, como un río de agua viva, Él derramará Su Espíritu sobre Su cuerpo, la Iglesia (ver Juan 7,37-39).



Sacramentos de la Niñez

Los Apóstoles a su vez derraman ese Espíritu sobre el mundo –a través del ministerio divino de los sacramentos.

Los sacramentos, según los explicaron los Apóstoles, continuaron las labores poderosas de Dios en la historia de la salvación –situándolas, haciéndolas personales, asegurándose de que todas las personas pudieran unirse a la labor salvadora de Jesús hasta el final de los tiempos.

Los sacramentos –como todo en la Nueva Alianza- fueron ocultos en el Antiguo y revelados en el Nuevo.



El Bautismo consuma la alianza de Dios hecha con Noé. Ya nunca más el agua destruirá al pecador. Ahora salva al pecador, destruye el pecado (ver 1 Pedro 3,20-21). Pero mientras el diluvio y el arca salvaron solo a ocho personas, en las aguas salvíficas del Bautismo, en el arca de la Iglesia, toda la humanidad puede encontrar salvación.

Las aguas del Bautismo también están ligadas al milagro de la partición de las aguas del Mar Rojo. Cuando Moisés guió al pueblo a través de las aguas del Mar Rojo, los alimentó con comida y bebida espiritual, fue para mostrarnos un “ejemplo” de nuestra vida en la Iglesia.

Nosotros seremos salvados en las aguas del Bautismo, guiados por el Espíritu, nutridos por la Eucaristía en el desierto del mundo (ver 1 Corintios 10).

Al recibir el Espíritu en el Bautismo, cada hombre y mujer son hechos una “nueva creación” (ver 2 Corintios 5,17; Gálatas 6,15). De acuerdo a Santiago: “Nos engendró por su propia voluntad, con Palabra de verdad, para que fuésemos como las primicias de sus criaturas” (ver Santiago 1,18).

Este nuevo nacimiento es celebrado a lo largo del Nuevo Testamento: “Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios” (ver 1 Juan 3,1).

Es por esto que los Apóstoles, como Pablo, se llamaron a ellos mismos “padres” espirituales (ver Filemón 10) y se referían a sus nuevos convertidos como “hijos” (ver 1 Tesalonicenses 2,11) e inclusive “niños recién nacidos” (ver 1 Pedro 2,2).

Recordemos, éste era el propósito de la historia de la salvación desde el principio. El significado y trayectoria de cada alianza –hacernos hijos de Dios. Este designio es cumplido en Jesús y la Iglesia. En la Iglesia, todos son hechos parte de lo que Pablo llama “hermanos en la fe” (ver Gálatas 6,10).



Completando la Palabra de Dios

En Jesús, vemos la revelación total del “designio eterno” de Dios. Su plan desde “antes de la fundación del mundo” –hacer de todos los hombres y mujeres sus hijos por “adopción” divina (ver Efesios 3,11; 1,4-5).



A cada uno de los bautizados le ha sido dado el ser “partícipes de la naturaleza divina” (ver 2 Pedro 1,4). Cada uno ha recibido “un Espíritu de hijos adoptivos”, haciéndolos “hijos de Dios. Y, si hijos, también herederos” (ver Romanos 8,15-16) –herederos de las bendiciones prometidas en los albores de la historia de la salvación.

Bebiendo del Espíritu en la Eucaristía (ver 1 Corintios 10,4), los creyentes en la Iglesia son las primicias de una nueva, mundial familia de Dios –conformada de cada nación bajo el cielo, sin distinciones de riqueza o lengua o raza, un pueblo nacido del Espíritu.

La Iglesia, el Reino restaurado, “da[r] cumplimiento a la Palabra de Dios, al Misterio escondido desde siglos y generaciones” (ver Colosenses 1,26).

En el Reino, en la Iglesia, los gentiles, los no judíos, “ya no sois extraños ni forasteros” sino que han sido hechos ahora “conciudadanos de los santos y familiares de Dios” (ver Efesios 2,19; 3,5-6).

Mucho del drama de Hechos de los Apóstoles, la tensión de romanos y gálatas, gira en torno a el crecimiento y significado de este Reino, cómo el designio salvífico de Dios era incluir a los pueblos no judíos, cómo el Evangelio debe ser predicado “a los gentiles para que se salven” (ver 1 Tesalonicenses 2,16).

Y a lo largo del Nuevo Testamento vemos a la Iglesia creciendo como una institución visible:

- bajo el liderazgo de Pedro, enseñando e interpretando las Escrituras con autoridad definitiva e inapelable, guiado por el Espíritu Santo (ver Hechos 15,24-29);
- escribiendo cartas inspiradas y transmitiendo tradiciones orales (ver 2 Tesalonicenses 2,15);
- bautizando y celebrando la Eucaristía y otros sacramentos (ver Hechos 10,44-48; 2,42);
- creando instituciones permanentes –sacerdotes, obispos y diáconos –para llevar a cabo el trabajo en el futuro (ver Tito 1,5-9; 1 Timoteo 3,1-9; 4-14; 5,17-23).



Revelando el Final

El Nuevo Testamento promete que el Reino ahora visible en la tierra será consumado en el “reino celestial” (ver 2 Timoteo 4,18).



Y nosotros podemos ver un destello de este reino celestial en el último libro de la Biblia, el libro del Apocalipsis.

La Biblia empezó con la historia de la creación del mundo. Termina con el paso del cielo y la tierra y la venida de “un cielo nuevo y una tierra nueva” (ver Apocalipsis 21,1).

En el Apocalipsis, el Apóstol Juan cayó “en éxtasis el día del Señor” (ver Apocalipsis 1,10) –esto es, en un Domingo, posiblemente mientras celebraba la Eucaristía.

Lo que se le es revelado es el destino de la historia, la “meta” o final del plan de salvación de Dios.

Jesús es desvelado como “el León de la tribu de Judá, el Retoño de David” (ver Apocalipsis 5,5; 3,7; 22,16) –en otras palabras, el Hijo de David.

Él es “un Hijo varón, el que ha de regir a todas las naciones con cetro de hierro” (ver Apocalipsis 12,5), nacido de una Reina Madre –“vestida del sol, con la luna bajo sus pies, y una corona de doce estrellas sobre su cabeza” (ver Apocalipsis 12,1).

Él es revelado como “un cordero, como degollado”, ahora entronizado en el cielo (ver Apocalipsis 5,6-14). Él está vestido como sumo sacerdote y rey (ver Apocalipsis 1,13) y es llamado “la Palabra de Dios” (ver Apocalipsis 19,13) y “Rey de Reyes y Señor de Señores” (ver Apocalipsis 19,16; 11,15).

Jesús es visto llamando a la gente a adorar, a entrar a Su reino, a comer con Él, a ser entronizados con Él en el cielo (ver Apocalipsis 3,20-21).

La Iglesia es revelada como “un Reino de Sacerdotes para su Dios y Padre” (ver Apocalipsis 1,6).

Recordemos que éste era el propósito de Dios al traer a los israelitas de Egipto y convertirlos en una nación (ver Éxodo 19,6). El Reino de la Iglesia, nacido del nuevo éxodo de Cristo, ahora consume el propósito de Dios –hacer una familia santa de sacerdotes (ver 1 Pedro 2,9).

La Iglesia es fundada sobre “los doce apóstoles del Cordero” y abierta a las “doce tribus de los hijos de Israel” (ver Apocalipsis 21,12.14). Está compuesta tanto por judíos como por gentiles, según Juan la ve. Hay 144,000 “sellados, de todas las tribus de los hijos de Israel” más “una



muchedumbre inmensa, que nadie podría contar, de toda nación, razas, pueblos y lenguas” (ver Apocalipsis 7,7.9).

Todos están reunidos ante el gran trono y el Cordero, y el cielo está lleno de sonidos y actos de adoración. El Apocalipsis, de hecho, es un retrato de la liturgia eterna del cielo, una liturgia que se parece mucho a la Misa que la Iglesia celebra en la tierra.

A través de todos los registros de las visiones de Juan, hay escenas de tribulación y guerra, tal como la Iglesia lucha contra Satanás, la gran serpiente antigua “quien sedujo al mundo entero” al principio de la historia de la salvación (ver Apocalipsis 12,9).

La primera creación terminó con la frustración del plan de Dios por el pecado de Adán y Eva. La Biblia termina con imágenes de triunfo y victoria –“un cielo nuevo y una tierra nueva” (ver Apocalipsis 21,1).

Toda la Iglesia está cantando un gran “aleluya” ante el trono de Dios, uniéndose en celebración a “las bodas del Cordero” (ver Apocalipsis 19,6.7.9).

El Novio del banquete es el Cordero, Cristo. La Novia es la Iglesia –descrita como “Ciudad Santa, la nueva Jerusalén, que bajaba del cielo, de junto a Dios, engalanada como una novia ataviada para su esposo” (ver Apocalipsis 21,2).

A través del Nuevo Testamento, se le ha referido a la Iglesia en términos femeninos –como la “Señora elegida” (ver 2 Juan 1), como la novia hecha “una sola carne” con Cristo (ver Efesios 5,32), y finalmente como la “madre” de cada cristiano nacido del bautismo (ver Gálatas 4,26).

Al hacer estas comparaciones, Pablo en particular, siempre dirigió la atención de sus lectores a la historia de Adán y Eva. La Iglesia es “un cuerpo” con Cristo de la misma manera que Adán y Eva –y toda pareja casada- son unidas en “una carne” en matrimonio (ver Génesis 2,24; Efesios 5,30-31).

Recordemos que Cristo es presentado en el Nuevo Testamento como el “Nuevo Adán”. La Iglesia, Su Novia, es la Nueva Eva.

En el jardín del principio, con el “matrimonio” de Adán y Eva, Dios estaba dibujándonos una imagen de cómo se verían las cosas al final.



Él nos estaba mostrando que la relación que Él desea con la raza humana está llena de comunión, de amor íntimo. La única relación humana que se puede comparar a ésta es la de la unión del hombre y la mujer en la alianza del matrimonio.

De hecho, a lo largo de la historia de la salvación, Dios comparó Su Antigua Alianza a la alianza del matrimonio (ver Oseas 2,16-24; Jeremías 2,2; Isaías 54,4-8). Esto explica por qué Cristo se describió a Él mismo como el “novio” en los Evangelios y realizó su primer milagro en una boda (ver Juan 2; 3,29; Marcos 2,19; Mateo 22,1-14; 25,1-13).

La Nueva Alianza consuma los votos maritales de Dios con Su pueblo. Él se ha hecho “un cuerpo” con ellos en la Iglesia. Esta alianza es renovada en cada Eucaristía, al unirnos íntimamente con su Cuerpo.

Tal como prometió a través de Sus profetas (ver Ezequiel 27,26-27), Dios ha hecho Su morada con la raza humana: “Esta es la morada de Dios con los hombres. Pondrá su morada entre ellos y ellos serán su pueblo, y Dios, habitando realmente en medio de ellos, será su Dios” (ver Apocalipsis 21,3).

Esta es la realidad en la que vivimos ahora, de acuerdo al último libro de la Biblia.

Nosotros somos herederos de la victoria ganada por Cristo –una victoria prevista por Dios desde antes de la fundación del mundo.

Nosotros somos los hijos espirituales, nacidos del matrimonio del Cordero y la Iglesia, habiendo recibido el regalo divino del “agua dadora de vida” en el Bautismo, habiendo escuchado a Dios decir a cada uno de nosotros: “Yo seré Dios para él y él será hijo para Mí” (ver Apocalipsis 21,7).

Por su poder, se nos ha dado el derecho de “comer del árbol de la vida, que está en el Paraíso de Dios” (ver Apocalipsis 2,7), el árbol desdeñado por Adán y Eva.

Nosotros vivimos en espera gozosa esperando que el Señor venga de nuevo en gloria, venida que anticipamos en cada celebración de la Eucaristía (ver 1 Corintios 10,26).

Esta es la historia de la Biblia. Y la Biblia es ahora un libro, un oráculo de Dios, que podemos decir que hemos leído, con comprensión, de principio a fin.



VI. Preguntas de Estudio

1. Explica las cuatro referencias del Antiguo Testamento que aparecen en la primera línea del Nuevo Testamento (ver Mateo 1,1). ¿Por qué decimos que esta línea podría considerarse como un resumen de todo el Evangelio?
2. ¿Qué significado tienen las palabras de María cuando dice que el Niño Cristo consuma lo que Dios “había prometido a nuestros padres, Abraham y su descendencia para siempre” (ver Lucas 1,55)
3. ¿Cómo presenta el Nuevo Testamento a Jesús como el Mesías Davídico prometido en:
 - a) Su nacimiento y primeros años;
 - b) Su Bautismo, y
 - c) Su ministerio público?Da ejemplos y citas de la Escritura.
4. ¿Cómo presenta el Nuevo Testamento a Jesús como el nuevo Moisés en:
 - a) Su nacimiento y primeros años, y
 - b) Sus tentaciones en el desierto?
5. ¿De qué manera la muerte y resurrección de Jesús son un nuevo éxodo y una nueva pascua? ¿De qué manera la Eucaristía es un memorial de esta nueva pascua y éxodo?
6. Explica las similitudes entre el “sacrificio” de Abraham de Isaac y la Crucifixión de Jesús. ¿De qué manera el suceso en la Cruz consuma la promesa de Dios hecha a Abraham?
7. ¿Cuándo y cómo enseñó Jesús a los Apóstoles la manera en que debían interpretar las Escrituras del Antiguo Testamento?
8. ¿Cómo presenta el Nuevo Testamento a la Iglesia como el Reino restaurado de David y la familia mundial de Dios?